ALFONSO GUERRA

En conversación con
MANUEL LAMARCA

LA ROSA Y LAS ESPINAS

EL HOMBRE DETRÁS DEL POLÍTICO

ÍNDICE

Dedicatoria
Cita
Agradecimientos
Prólogo

PRIMERA PARTE
LA POLÍTICA

1. LOS INICIOS
Zoon politikón
Del teatro a *La trinchera*
Juventudes Socialistas: los tres Alfonsos
«¡Compañero, hasta la última bala!»
Felipe, una amistad complementaria
Andrés, el topo de Carmaux
El Instituto de Técnicas Electorales
El Congreso de Toulouse
De Jaizquíbel a Suresnes
2. LA TRANSICIÓN
«Nos equivocamos con el rey, afortunadamente»
La monarquía, a votación
Visita al ermitaño de San Saturio
Una Constitución para media España
El consenso
La obra del pueblo español
Reformar la Constitución
Las elecciones de 1979: ganarse la respetabilidad
El XXVIII Congreso del PSOE y el marxismo
«Decidí retirarme de la política»
Matar al padre
Un partido cohesionado y disciplinado
Moción de censura
3. EL 23-F
Golpecitos en la espalda
El truco del abrigo
«Lo siento, te ha tocado»
Una organización de opereta
El misterio de las grabaciones
El papel del rey
Un golpe de timón
Una vacuna contra el golpismo
4. EL GOBIERNO
Deber hacer y querer hacer
Por el cambio
La noche electoral de 1982
Una victoria como el España-Malta
El fin de la Transición

¡Que vienen los socialistas!
«La política es un poco aburrida»
¿Prioridades o a por todo?
La expropiación de Rumasa
La ley electoral de 1985
«OTAN, de entrada, no»
«En interés de España. Vota sí»
La incoherencia de la derecha
Una campaña innovadora
A Europa por la puerta grande
El error de Maastricht
La inyección ideológica
«Rezamos todos los días por usted»
Claridad con el Ejército
Sanidad, educación y pensiones
La reconversión industrial
Benegas, uno de los grandes
El socialismo de lo pequeño
Evitar las equivocaciones
5. SEGUNDA LEGISLATURA SOCIALISTA
La huelga general del 14-D
La moción de censura de 1987
El liderazgo
El buen político
Olof Palme y otros líderes de altura
Thatcher, Reagan y Gorbachov
Fidel Castro, déspota y seductor
6. ADIÓS AL GOBIERNO Y A LA DIRECCIÓN DEL PARTIDO
Mi salida del Gobierno
Quiebra de confianza
La Expo 92 y el AVE
«Para tumbarme, tuvieron que tumbar a Felipe»
«Guerrismo» y corrientes
Mentira y permisividad
Corrupción, presunción de inocencia y secreto de sumario
Izquierda reaccionaria, izquierda ignorante
El «régimen del 78»
¿La política? Degenerando, degenerando
El disparate del Gobierno de cuotas
Tribunal Constitucional: la tentación de la Tercera Cámara
La Ley de Violencia de Género
Frases propias y atribuidas
7. TERRORISMO
Terrorismo de ETA y de extrema derecha
Otro 23-F: el asesinato de Enrique Casas
En la mente del terrorista
Las conversaciones de Argel
«El terror borra todo lo demás»
Los GAL
El fin del terrorismo
8. NACIONALISMO
La traición nacionalista
Un proceso constituyente siempre abierto
La política del avestruz

Lengua y desigualdad
España como proyecto de convivencia
Ataque a la Constitución
Separatismo y federalismo
Del 23 de febrero al 1 de octubre
1-O: una sentencia ecuánime
Menosprecio de una élite europea
«¡No nos dejan votar!»
Independencia de boquilla
«España nos roba»
Un discurso real republicano
9. REPÚBLICA
Cuatro repúblicas en una
Una llama de ilusión
La guerra preparada
Besteiro, De los Ríos, Negrín
Monarquías y repúblicas
La república coronada

SEGUNDA PARTE
LA CULTURA

10. LAS LETRAS
Saber y orgullo
«En el teatro eres un Dios»
Shakespeare
Un discurso lleno de astucia
La firma y la obra
Librería Antonio Machado
Cierre de librerías
La colección Thyssen y las bibliotecas
Marcel Proust
El Quijote, ese desconocido
Guerra y Paz
La Regenta y cinco novelas más
Semprún, el mudo
¿Libro digital o en papel?
Redes sociales, redes criminales
Literatura y vida
¿La pluma Parker o los libros?
Pablo Iglesias a través de Machado
Censura comunista
Werther, de Goethe a Truffaut
11. EL CINE
Un fanático de Truffaut
La duquesa cinéfila
El cine «por de fuera»
Literatura y cine
Muerte en Venecia y *El Gatopardo*
Música escogida

TERCERA PARTE
LA VIDA

12. AMOR
- Ser humano, ser romántico
- La deshumanización de las relaciones
- Cruz y delicia
- Amores soñados
- Amor exclusivo
- Contemplación y posesión
- Amor femenino, amor masculino
- La roca de la rutina
- Amigos y amantes

13. FAMILIA
- Unos padres magníficos
- Infancia austera y feliz
- «Este niño os va a sacar de la pobreza»
- El tiempo robado a los hijos

14. VIDA
- Razón y emoción
- Sin pasión no hay vida
- Triunfar es intentarlo
- Mirar con ojos de niño
- Buena persona, mala persona
- La amistad traicionada
- ¿Víctima o verdugo?
- El pasado, el mejor profeta
- Andalucía, una fuerza incontenible
- Disfrutar la vida

15. MUERTE
- Aceptar la muerte para vencerla
- No hay otra vida
- La vida eterna, menuda hartura

16. FUTURO
- La semana laboral de cuatro días
- De las catedrales a los centros comerciales
- Vivir con menos
- Energía nuclear, dilema moral
- Voluntad política
- Ecología: revolución de pensamiento
- El que paga, no contamina
- Demografía y migración
- Neopuritanismo y revancha
- Feminismo y diversidad
- El lenguaje inclusivo
- Animalismo y veganismo
- El riesgo del voto electrónico
- Relaciones virtuales y vida social
- Lecciones de la pandemia
- Entregar las llaves de la democracia
- Un mundo desaparecido

Epílogo
Créditos

A Inés, con amor.

«El mundo se queja de que el rosal tenga espinas en vez de alegrarse porque tiene rosas».
THEODOR KALLIFATIDES

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a Ymelda Navajo porque tuvo la idea de transformar en libro una conversación de un documental cinematográfico y por su total apoyo a la edición, y a Berenice Galaz y a Mercedes Pacheco.

Mi gratitud también a Antonio Luis Hernández por su permanente colaboración. Y de manera particular a Manuel Lamarca, que está en el origen del documental que ha dado paso a este libro.

PRÓLOGO

No sabría establecer cuál es mi primer recuerdo de Alfonso Guerra. Para alguien nacido en 1974, el mismo año del mítico Congreso socialista de Suresnes, Alfonso Guerra se mezcla con mi infancia y referentes tan heterogéneos como puedan ser Arconada, *Mazinger Z*, Betty Missiego o *Starsky y Hutch*. Todos ellos personajes que marcaron mi niñez. Todos ellos, en cierta forma, héroes en mi memoria, de una España en la que nací y comencé a vivir, la de finales de los años setenta y principios de los años ochenta del pasado siglo. La de la generación de la EGB, como se conoce hoy en día.

La referencia a *Starsky y Hutch* me hace pensar que, lo mismo que los míticos policías encarnados por Paul Michael Glaser y David Soul siempre iban juntos, también la figura de Alfonso Guerra iba inequívocamente unida a la de otro compañero, en este caso, claro está, Felipe González. Y al igual que uno no puede pensar en Starsky sin Hutch, tampoco nadie puede pensar en Alfonso sin Felipe. Aunque algunos lo hayan intentado. No es mi caso. Lo que sí cabe es manifestar preferencias nunca excluyentes. Y si bien yo adoraba a Starsky, sin duda alguna mi favorito era Hutch. ¿Por qué razón? No sabría explicarlo, pero era así. De la misma forma, mi preferencia siempre fue Alfonso. Tampoco sé muy bien por qué. O puede que sí.

No hace mucho, un compañero profesor se sorprendía cuando yo le comentaba que, con apenas ocho años, me encantaba ver en Televisión Española *La clave*, el mítico programa de José Luis Balbín. Supongo que mi temprano interés por *La clave* radicaba en que los coloquios iban acompañados de la proyección de una película, sobre la que después se sostenía un debate. Sin duda, mi vocación cinéfila me acercó a dicho programa, aunque siempre me ha seducido todo lo que tenga que ver con el diálogo, la política y el intercambio cultural e intelectual. Tal vez ese sea uno de mis primeros recuerdos conscientes de Alfonso Guerra, su intervención como invitado en dicho programa a principios de los años ochenta.

El componente cultural, la pasión común por los libros, la poesía, el cine, además de la política, algo mucho más presente sin duda en su biografía que en la mía, ha creado una corriente íntima e invisible que al menos a mí me ha acercado a Alfonso Guerra. Esa unión se ha ido forjando a fuego lento con esos recuerdos de mi infancia y con el conocimiento del personaje público a lo largo de su densa trayectoria política. Sus tres volúmenes de autobiografía me acercaron al Alfonso Guerra privado. Como después he podido comprobar personalmente, en Alfonso, lo público y lo privado confluyen hasta formar una esencia indisoluble.

En noviembre de 2014 se publicó mi segundo poemario, *Mezcolanzas, fruslerías y otros poemas* (Ediciones Carena). La dedicatoria del libro era la siguiente: «A Alfonso Guerra González (Sevilla, 1940), por sus ideas socialistas que siento tan cercanas, y por su amor por las letras y la poesía en particular. Por ser inspiración y dedicación perpetua, mi gratitud». Imbuido de entusiasmo, decidí enviar un ejemplar del libro con una carta manuscrita a la Fundación Pablo Iglesias para que se lo hicieran llegar a Alfonso. Pocos días más tarde su secretaria, Olvido Camarero, me remitió un email confirmando la recepción del poemario y el agradecimiento en su

nombre. Lo que no podía esperar era que después, como extraordinario colofón, el propio Alfonso Guerra, de su puño y letra, me remitiese una carta amabilísima donde, además de su gratitud por el envío, compartía conmigo algunas valoraciones poéticas, ideológicas e incluso afectivas (como la devoción por Truffaut, al que dediqué un poema en el libro). Guardo esa carta como oro en paño. Pocos meses después se estrenaba en cines *Los odiosos ocho* de Quentin Tarantino. Me sentí profundamente identificado con la carta de Lincoln en esa película.

El cine es una cuestión de amor y de corazonadas. Hay algo que te nace y que sientes que debes rodar. La idea de un documental cinematográfico sobre Alfonso Guerra va cogiendo forma en mi mente después de esa carta. Pero no será hasta la primavera de 2019 cuando empiece las gestiones para contactar con el entorno de Alfonso Guerra y así proponerle ser el protagonista de un documental que aborde tanto su faceta política como humana. Su título: *Guerra, Alfonso. El hombre detrás del político*. Tras un primer contacto con Olvido Camarero, continúo las conversaciones con Antonio Luis Hernández, director de su oficina, quien, en nuestra primera conversación telefónica en junio de 2019, me sorprende con esta pregunta: «¿Y cómo es que se plantea usted un documental con alguien que es ya un expolítico? ¿Realmente su propuesta puede tener interés para alguien?». Curiosamente, cuando nos reunamos por primera vez en persona, en Sevilla, el 11 de enero de 2022, Alfonso Guerra me preguntará lo mismo. La verdad es que la única respuesta sincera que un cineasta puede dar a esa pregunta es: «No lo sé, lo único que sé es que mi corazón dice que debo hacer esta película». Creo que en ambas ocasiones adorné un poco más la respuesta, pero el fondo, entonces y ahora que la película ya está terminada, sigue siendo el mismo. Como le confesé a Alfonso Guerra durante el rodaje, mi película era una declaración de amor.

A pesar del interés de la propuesta, o eso creía yo, lo cierto es que apenas obtuve respuesta de productoras interesadas en el proyecto. Y las que obtuve, o bien nunca se concretaron o se malograron por diferentes cuestiones que ahora no vienen al caso y que además serían muy dolorosas de recordar. En el libro-entrevista *Brian de Palma por Brian de Palma* (Alba Editorial), el director de *Scarface* (1983) comenta que se puede reconocer a un cineasta vocacional porque siempre hará todo lo posible por rodar la película en la que cree, aunque tenga que buscar el dinero él mismo. Con esa frase de De Palma en mente y con la película de Tim Burton *Ed Wood* (1994) en el corazón, decidí autofinanciar y producir por mí mismo el documental.

Asumí por tanto no solo las funciones de dirección y de argumento y guion, sino además todo lo relativo a la producción, que en el cine no es simplemente una cuestión económica, sino más bien una labor de logística agotadora, que incluye preproducción, rodaje y posproducción, con todo lo que implica de búsqueda de técnicos, localizaciones de rodaje, gestión de desplazamientos, tramitación de licencias para archivos audiovisuales y sonoros y un largo etcétera. El desembolso económico total estaría alrededor de los veinte mil euros, siendo el coste de los derechos de archivo de las imágenes de RTVE lo que me resultó más oneroso.

En contraprestación, la libertad creativa ha sido plena. No cabe duda de que, para bien o para mal, me reconozco en la obra final resultante. El documental se ha hecho tal y como yo quería. Y eso sí que no tiene precio.

No obstante, de haber contado con mejores medios económicos, hubiera podido disponer de mayores recursos en lo que a imágenes de archivo se refiere, lo cual sin duda hubiera revertido en beneficio de la obra. Tal vez, donde más se ha dejado notar mi limitación económica ha sido en la distribución del documental: al no disponer de la liquidez suficiente para ampliar el alcance

de los derechos de las imágenes de RTVE, solamente pude licenciar las mismas para su exhibición en festivales de cine nacionales e internacionales. Pero nunca se sabe si más adelante llegará el día en que *Guerra, Alfonso. El hombre detrás del político* pueda verse de manera más amplia en cines, plataformas o televisiones. Al fin y al cabo, esta película tendrá aún más valor dentro de cincuenta años. Al menos eso creo yo.

De momento, el recorrido por festivales ha sido provechoso. En enero de 2023, *Guerra, Alfonso. El hombre detrás del político* obtuvo el premio al mejor largometraje documental (*Best Documentary Feature*) en el Pacific International Film Festival de Vancouver, Canadá. En febrero obtuvo una mención honorífica (*Honorable Mention*) en el London International Film Festival y fue elegido finalista en la categoría de mejor largometraje documental en el Blackboard International Film Festival, en Kerala (India). En abril, fue seleccionado en el Golden Leaf International Film Festival de India. Y esperemos que aún queden más premios o selecciones por venir.

Estoy profundamente agradecido a todos los que han contribuido a que este documental sea una realidad. En primer lugar a Alfonso Guerra, que participó desinteresadamente, y con quien me une ya un vínculo especial. En el diario *ABC*, Aristóteles Moreno me hizo una estupenda entrevista en enero de 2023, donde me preguntaba si después de hacer la película me había hecho «guerrista». Mi respuesta fue: «Ya lo era». Ahora quiero añadir «y lo seguiré siendo». También quiero agradecer al reducidísimo equipo técnico y todos los que de una forma u otra colaboraron, y, aunque no quiero aburrir con la nómina de esas personas que ya están convenientemente acreditadas en el documental, sí quiero nombrar especialmente a Teo Martínez.

La iniciativa de publicar este libro ha sido un regalo inesperado. Inesperado y prodigioso. Como se filmaron más de nueve horas de metraje —de las cuales apenas se usaron 140 minutos para el metraje total del documental, cuya duración final es de 155 minutos— tener la posibilidad de que el contenido casi íntegro de nuestras conversaciones filmadas sea editado en formato libro, me parece una idea maravillosa. Sería una pena malgastar ese material único e irrepetible. Realmente el testimonio de Alfonso Guerra es un legado para la historia de España. Y al mismo tiempo, libro y documental forman un díptico diverso y complementario. Ante lo cual solo me cabe dar las gracias a La Esfera de los Libros por esta oportunidad.

Mi recuerdo personal más intenso de toda la etapa vivida con Alfonso Guerra lo tiene de protagonista secundario. Con dicho recuerdo quiero terminar este prólogo. Y es el recuerdo de mis padres, cuando me esperaban en casa la noche del 11 de enero de 2022 tras mi primera reunión personal con Alfonso en Sevilla. En ese momento compartí con ellos el entusiasmo que me había producido conocer por fin en persona a alguien a quien adoraba en la distancia, mis estupendas primeras impresiones sobre él (corroboradas e incrementadas después en el rodaje y con nuestra relación actual) y, sobre todo, la confirmación de que el documental se iba a filmar. Fue un momento de intensa felicidad y plenitud personal y familiar.

Lamentablemente hoy mis padres ya no están. Mamá se fue el 15 de febrero de 2023. Y papá, pocos días después, el 5 de marzo. La primera llamada telefónica cuando mi madre falleció fue la de Alfonso. Eso da muestra de su gran bonhomía. Algo que nunca olvidaré y que siempre le agradeceré.

Una vez un amigo me preguntó que, de todo lo que había logrado en mi vida, qué era lo que prefería o consideraba mejor. Y contesté: «Cualquier cosa que haya hecho que mis padres se sientan orgullosos de mí». Espero que mi documental y este libro ahora os hagan sentiros orgullosos de mí. Gracias, papá. Gracias, mamá.

MANUEL LAMARCA ROSALES

PRIMERA PARTE

LA POLÍTICA

1

LOS INICIOS

Zoon politikón

Recientemente se ha estrenado un documental del cineasta Manuel Lamarca, en el que repaso momentos de mi vida y doy mi punto de vista sobre hechos históricos y de actualidad. Se titula *Guerra, Alfonso. El hombre detrás del político*, un título polisémico; me parece interesante que se pueda interpretar de diversas maneras. Por un lado parece decir: vamos a descubrir lo que no se ha podido ver, porque la política lo dominaba todo y detrás había un hombre con estas y otras características. Esa puede ser una interpretación, y la otra podría ir en esta otra dirección: el hombre va por detrás, siguiendo al político. En este último caso se trata de una interpretación que yo no comparto: el hombre no ha estado detrás del político, ha estado siempre delante.

El hombre es un *zoon politikón*, un ser político, porque es un ser sociable. El hombre aislado existe en ocasiones; puede ser un anacoreta, un eremita, que es una cosa pintoresca dentro del conjunto de la humanidad, pero es fundamentalmente un animal social. El ser humano quiere compartirlo todo y, de hecho, el lenguaje articulado es el efecto de la necesidad de comunicarse con los demás. Por lo tanto, el hombre es en esencia político, aunque en muchos casos nunca llegue a entrar en la actividad de los partidos. Es político en el sentido de que vive en la *polis*, se encuentra inmerso en la ciudad, no desea estar solo, no quiere vivir aislado; consecuentemente, el individuo y el político se funden, se confunden, se suman. En mi caso particular, soy un hombre que ha tenido que ir a la política por circunstancias del momento, porque había una dictadura que no permitía la libertad; pero yo no tenía vocación política. Y luego, una vez que te metes ahí, en la vorágine moral del compromiso que contraes, no acabas de salir nunca. Al final, en resumen, el hombre siempre está delante del político.

Del teatro a *La trinchera*

Yo era un joven, muy joven, de dieciséis o diecisiete años, apasionado de la poesía y el teatro. Empecé a hacer teatro; con dieciocho años ya dirigía obras. Y además me relacionaba en la universidad con los estudiantes que estaban en contra de la dictadura. Y yo, ¿por qué estaba en contra de la dictadura? Pues porque, de jovencito, cada vez que quería representar una obra de teatro tenía que pedir permiso a la censura: había un señor que se dedicaba a autorizar las obras de teatro que se podían representar. Era un teniente coronel que se apellidaba Molina, un señor que no sabía nada de nada, y que era muy autoritario. Yo me presentaba ante él y solicitaba representar una obra, por ejemplo *Eurídice* de Jean Anouilh; es decir la adaptación del mito griego por un autor burgués, francés. ¿Eso qué tenía que ver con la dictadura, verdad? Pues el teniente coronel decía: «No, no, prohibido». Y además se enfadada porque el autor era francés.

Yo no llegaba a comprender el motivo de la prohibición y le preguntaba al tal Molina dónde residía el problema. «No, no, tiene que ser español», replicaba. Después ponía encima del mostrador dos archivadores de mesa y ordenaba: «Todo eso está autorizado, coja de ahí». Y yo

empezaba a revisar: Álvarez Quintero, Álvarez Quintero, Álvarez Quintero… todo era de los hermanos Álvarez Quintero, que a mí no me interesaban, la verdad. Así fue como me di de bruces contra el muro de la dictadura.

Dentro de nuestro afán por la cultura, también creamos una revista de poesía: en 1962, José Batlló, José Barrera y yo lanzamos *La trinchera,* que también contaba, entre los miembros del consejo de redacción, con figuras de la talla de Carlos Barral, José Agustín Goytisolo y Jaime Gil de Biedma, entre otros. El primer número salió sin mayores problemas, pero el segundo lo prohibieron porque era un homenaje a Vicente Aleixandre que, como todo el mundo sabe, era un peligrosísimo revolucionario y no un enorme poeta.

Juventudes Socialistas: los tres Alfonsos

Este hecho, el toparme con el muro de la dictadura, me hizo comprender que había que derribarlo. Y eso me condujo a relacionarme con otros jóvenes que compartían las mismas ansias de libertad. Siendo un estudiante veinteañero de la Escuela de Peritos Industriales, entré en contacto con Alfonso Fernández Malo, un estudiante de Derecho, con el que mantenía largas conversaciones sobre literatura y política. De repente, de buenas a primeras, un día me lanzó el siguiente reto: «¿Estarías dispuesto a organizar las Juventudes Socialistas?». Y le contesté que sí, sin dudarlo. «Pues vamos a ver a mi padre», dijo.

Su padre, Alfonso Fernández Torres, era un abogado socialista que había sido presidente de la Diputación de Jaén. Cuando estalló la guerra, lo detuvieron, lo metieron en la cárcel y lo condenaron a muerte; afortunadamente al final se conmutó la pena. Una vez que volvió a salir a la calle, le prohibieron ejercer como abogado. De este modo, el hombre tuvo que ganarse la vida como vigilante de un garaje en la calle San Vicente de Sevilla. A mí él me enseñó muchísimo. Así, los tres Alfonsos empezamos a fraguar las Juventudes Socialistas. Al primero que captamos fue a Luis Yáñez; después vinieron Guillermo Galeote, Rafael Escuredo, Felipe González… Poco a poco el proyecto fue tomando forma y creciendo: viajábamos por toda Andalucía buscando a personas que sabíamos que habían pertenecido al Partido Socialista, que habían sido encarceladas; y así, paso a paso, fuimos reconstruyendo la organización. Para mí fue una etapa extraordinaria, porque pude entrar en contacto con personas que habían vivido mucho. Aunque también pasamos algunos malos tragos: a veces nos despedían con cajas destempladas, pensando que éramos policías de la Brigada Político-Social y queríamos hacerles picar. Aún recuerdo, una vez en Úbeda, mi encuentro con un hombre que se llamaba José Gámez: cuando fui a visitarlo, él creyó que yo era policía y, ni corto ni perezoso, me tiró escaleras abajo. Años después, cuando España recuperó la democracia, Gámez fue candidato del PSOE a la alcaldía de Úbeda en las elecciones de 1979. Me llamó para pedirme que lo presentara en un mitin y aproveché para recordarle: «Hombre, tú me tiraste por la escalera hace años».

«¡Compañero, hasta la última bala!»

Fue una etapa apasionante, de recorrer infinidad de lugares de Andalucía y hablar con viejos que habían pasado por tantas y tantas vicisitudes. Recuerdo especialmente una situación muy emocionante, la primera reunión que tuve en el campo con un grupo de veteranos del partido. Al despedirse me daban la mano y decían: «¡Compañero, hasta la última bala!». Claro que ya no tenían balas, ni fusiles, ni nada, pero fue un momento de gran emotividad que a mí me

impresionó hondamente. Y así fue como empezamos a levantar la organización a principios de los años sesenta.

Luego en 1966, aunque no estábamos invitados, viajé a Toulouse para asistir a un curso de formación organizado por la dirección del PSOE en el exilio, que encabezaba el secretario general, Rodolfo Llopis. Allí se me hizo saber que no nos reconocían como parte de la organización. ¿Por qué? Porque Rodolfo Llopis y Alfonso Fernández Torres no se llevaban bien, estaban enfrentados. Ante mi amenaza de marcharme, insistieron en que permaneciera en el curso. Fue de esa forma como realizamos el entronque con el partido nacional, aunque por entonces nosotros estábamos como independientes, porque Llopis no nos quería aceptar como la organización socialista de Andalucía.

Felipe, una amistad complementaria

Felipe González y yo nos conocimos en Sevilla, en la universidad. La universidad era el centro de numerosas actividades contra la dictadura. Recuerdo, por ejemplo, la visita en 1962 de Manuel Fraga Iribarne, recién nombrado Ministro de Información y Turismo, a la Facultad de Derecho. Este hecho fue el catalizador para que entráramos en contacto con diversos movimientos estudiantiles. Fue el caso también de Felipe González, que por entonces se situaba en la órbita de los grupos católicos de contestación al franquismo. La visita de Fraga a Sevilla —venía con motivo de un proyecto de unos estudios de cine y televisión que querían montar en Alcalá de Guadaira— fue sonada. Los estudiantes preparamos una contestación muy dura, hasta el punto de que Fraga tuvo que abandonar el Aula Magna de la Facultad de Derecho, mientras, a la salida, se producían enfrentamientos con grupos de apoyo al régimen.

Y fue entre esos quehaceres que Felipe y yo nos encontramos; éramos amigos antes de estar en la política, pero siempre muy ligados a la actividad política. Nació así una amistad en la que los dos aceptamos que éramos complementarios: él era una persona fuerte y yo una persona resistente; él tenía una enorme capacidad de improvisación, y yo era muy minucioso trabajando. Felipe y yo teníamos aspectos muy compatibles, algo que nos sirvió mucho en nuestra actividad política. Además, la gente posteriormente creó una imagen, casi mítica, de la pareja González-Guerra: la del Jano con dos caras distintas. Ese cuadro cuajó y lo dejamos correr, a pesar de la cantidad de cosas absurdas que se decían de nosotros, porque la cosa funcionaba e iba bien.

Andrés, el topo de Carmaux

Algunos historiadores han afirmado que el régimen de Franco propició la transición desde dentro y que abría la mano en ocasiones para que los contrarios al régimen pudiéramos pasar a Francia. Eso no es cierto. Yo llevaba ocho años sin pasaporte; me las arreglaba como podía para cruzar la frontera. A esos que inventan estos cuentos, me hubiera gustado verlos pasando la frontera por el monte, por el río Bidasoa, por el mar o con documentos falsos, que era lo más peligroso. Y yo crucé muchas veces; iba todos los fines de semana a Francia, pasaba clandestinamente la frontera. La Policía controlaba, pero no podía abarcar todo, afortunadamente.

Hay una anécdota sensacional de 1966, cuando yo acudí a Toulouse a aquel curso de formación al que no nos había invitado la dirección del PSOE en el exilio. El curso finalmente se celebró en Carmaux, una localidad cercana Toulouse, un pueblecito minero donde nació el histórico dirigente socialista Jean Jaurès. Ahí redacté un documento, solicitando a la dirección

del partido algunos cambios para futuros cursos. Pedí firmas y fueron numerosos los compañeros que firmaron. Pero hubo uno, que se llamaba Andrés, que no quiso suscribir el documento y además convenció a otros muchos para que no firmaran. Después, de vuelta en España nos detuvieron a todos. El responsable de aquello fue Andrés, que era un topo de la Policía.

Curiosamente, ya siendo yo vicepresidente, hubo un acto en Madrid y el ministro del Interior, entonces José Barrionuevo, me fue presentando a las personas que estaban allí, entre ellas al jefe superior de la Policía en Madrid: se trataba del topo Andrés. Increíble. Esa es la paradoja de este país. Y aún hay gente que piensa que el régimen de Franco iba a acabarse solo. No. Si no se hace la operación de la Transición, seguro que habría habido veinticinco años más de dictadura. Y no estaba la cosa para aguantar cinco lustros más.

El Instituto de Técnicas Electorales

En 1972, cuando yo manifesté mi intención de crear el Instituto de Técnicas Electorales (ITE), todo el mundo se reía de mí. «Pero qué dices, si aquí no hay elecciones», me replicaban. «Bueno, pero las habrá y quiero estar preparado», les respondía. Por entonces, cada vez que había elecciones en Europa me iba para allá, a vivirlas, a verlas en vivo y en directo. Hablaba con el partido socialdemócrata del lugar, me incrustaba en el equipo electoral y participaba con ellos en la campaña. Lo hice en Francia, en Alemania, en Suecia, en Inglaterra. La experiencia que más me gustó fue la de Suecia; allí aprendí muchísimo. Y así, cuando aquí en España aún no había comicios, yo ya había vivido y olfateado eso que eran las elecciones. Probablemente por entonces yo no era un experto electoral: pero ese poquito que conocía era mucho más que cualquier otro español, porque aquí nadie sabía nada de nada.

Entonces, en 1977, cuando comencé a dirigir por primera vez unas elecciones, yo estaba seguro de que íbamos a tener un buen resultado. Nadie se lo creía; me decían que sacaríamos entre diez y doce diputados. «No, no —les respondía—, serán en torno a cien o más bien más de un centenar». Y se reían y contestaban: «¡Anda ya!». Por entonces hice una rueda de prensa en la sede del Club Internacional de Prensa, en la calle Pinar de Madrid. Durante la comida los corresponsales extranjeros me preguntaron cuántos diputados pensaba yo que sacaría el PSOE, y respondí que cien o alguno más; y, de nuevo, erre que erre, todos riéndose. Les pregunté: «Pero ¿por qué se ríen? ¿Ustedes tienen datos? Yo tengo datos, porque estoy estudiando esto desde hace mucho tiempo». Pues sí, al final fueron 118 escaños para el PSOE en esas primeras elecciones libres de 1977. Acerté plenamente porque yo estaba un poco más informado, no mucho, que los demás. Ahora veo que todos los expertos me sobrepasan; todos son sabios, todos son doctores en la cosa electoral. Quizá yo no sepa gran cosa, pero lo hice antes que los demás: fui el primero.

El Congreso de Toulouse

Rodolfo Llopis había convocado, tal y como le correspondía como secretario general del PSOE, el XXV Congreso del partido —el XII Congreso en el exilio— para el año 1972 en Toulouse. Resulta que un año antes había habido un congreso de la UGT, en el que se había exigido a la dirección exterior el control del sindicato. Llopis temía que en el Congreso del PSOE en Toulouse fuera a ocurrir lo mismo. Entonces decidió que no se celebraría el congreso, ya convocado, si no se le entregaba la cabeza del autor de un artículo sin firma publicado en *El*

Socialista, titulado «Los enfoques de la praxis». En él se abogaba por una renovación de las estructuras del partido. Llopis sabía perfectamente que lo había escrito yo, y quería a toda costa que se me sancionara.

Nosotros seguimos adelante con los preparativos, pues así lo decidió la dirección del interior, que incluso me encomendó la organización del congreso. Me fui a Francia y estuve un mes preparándolo. Entonces Llopis, cuando finalmente tuvo lugar el Congreso de Toulouse en agosto de 1972, decidió crear su propia organización, el PSOE Histórico, que celebró su congreso en diciembre del mismo año. Llopis intentó atraerse a importantes dirigentes socialistas para su nuevo partido, entre ellos a Enrique Tierno Galván. El profesor Tierno Galván asistió al congreso, pero al ver en primera persona lo que había ahí —que no había nada— decidió marcharse. Al final, prácticamente todos los miembros del PSOE Histórico retornaron al Partido Socialista original, que algunos empezaron a llamar Partido Socialista Renovado. En este camino de la renovación, después vendría Suresnes; Llopis ya no estaba, había pasado su época.

De Jaizquíbel a Suresnes

Yo pertenecía a la ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español desde el año 1972, pero dimití en 1973. En aquel entonces era responsable de la publicación del periódico *El Socialista*, del que redactaba gran parte de los textos; algunos dirigentes del exterior —la publicación se imprimía en Francia— practicaron censura: yo mandaba unos artículos y ellos los recortaban como les venía en gana, o directamente no los publicaban. Entonces yo, como protesta, dimití en enero de 1973. Coincidió esa época además con la muerte de mi madre, un hecho que me afectó profundamente y también pesó en mi decisión.

Y luego en octubre de 1974, en el Congreso de Suresnes, volví a estar en la Comisión Ejecutiva, donde los vascos y andaluces fuimos mayoría. En aquel entonces había una fuerte implantación del Partido Socialista en Asturias y en el País Vasco, regiones que contaban con muchos militantes. Mientras, en Andalucía nos encontrábamos los que teníamos un conocimiento más moderno del comportamiento político; estábamos al tanto de las nuevas tendencias, y eso nos hizo tener un papel preponderante. El norte del país eran los «pies» del partido, las raíces, la base; mientras que el sur éramos la «cabeza», las ideas.

En la primavera de 1973, dos meses después de mi renuncia a la dirección también dimite Felipe González. Nosotros ya no estábamos en la Comisión Ejecutiva cuando se convoca el XXVI Congreso (el XIII en el exilio), el de Suresnes, fijado para octubre de 1974. Coincidió que en julio de 1974 Franco sufrió una flebitis, que apuntaba un fin próximo del dictador y abría la interrogante del futuro del régimen. Pero Suresnes no se convocó por la enfermedad de Franco. El partido tenía entonces una regla estatutaria que fijaba un congreso cada dos años; se habían celebrado en 1970, en 1972 y tocaba en 1974, al margen de que Franco se hubiera puesto enfermo. Pero sí es cierto que la flebitis del dictador aventuraba un final de ciclo.

En ese mes de julio de 1974 yo me encontraba en París: había acudido a un gran congreso paneuropeo de solidaridad con Chile —Solidarité Chili—, donde había dado un discurso, y tenía previsto quedarme un mes en la capital francesa. En cuanto se anunció que Franco sufría una flebitis, tomé la decisión de regresar inmediatamente a España. ¿Por qué? Pues porque todos pensábamos que Franco podía morir, estaba muy grave. Aunque hoy puede parecer una broma, estaba la idea de que Franco era eterno. Se contaba aquel chiste que decía que en una fiesta en el Palacio de El Pardo a Franco le habían regalado un galápago y que él había preguntado: «¿Y este

bicho cuánto vive?». Y a la respuesta de que unos doscientos años más o menos, el dictador había respondido: «Ah, no, no, lleváoslo, que después se muere y da mucha pena». Esa era la idea que se tenía de la longevidad de Franco.

Pues es en ese momento de la flebitis cuando la oposición democrática clandestina se pone en marcha, al igual que lo hicieron los que pretendían, desde dentro de la dictadura, una salida democrática. O sea que realmente la Transición empieza ahí, en el instante en que el dictador parece que se va morir. El Congreso en Suresnes está previsto para unos meses después, y en septiembre el partido nos convoca a Felipe González y a mí, que ya no formábamos parte de la dirección, a una reunión en el Hotel Jaizquíbel, en la localidad guipuzcoana de Fuenterrabía. Nos reunimos allí y elaboramos un documento conocido como la «Declaración de Septiembre» donde dábamos la pauta y principios que debían regir el Partido Socialista a la vista de que la dictadura iba a terminar con la muerte del dictador.

Nosotros acudimos al Congreso de Suresnes como militantes, pero la dirección le encargó a Felipe González que hiciera el discurso de gestión de la Ejecutiva; y a mí me pidieron que hiciera lo mismo en el comité nacional del sindicato UGT, que se celebraba el día antes. Es curioso que dos personas que ya no estábamos en la dirección fuimos los encargados de la rendición de cuentas, tanto del partido como de la UGT. Fue allí, en Suresnes, donde entramos de nuevo en la Ejecutiva, con Felipe como secretario general, un cargo que se llamó «primer secretario» siguiendo el modelo francés. Y fue así como se aseguró la renovación del partido; aunque a Suresnes todo el mundo fue con la idea de que el secretario general iba a ser Nicolás Redondo. Pero como él no quiso, se echó mano de Felipe. Y yo creo que fue un acierto.

2

LA TRANSICIÓN

«Nos equivocamos con el rey, afortunadamente»

En el PSOE recibimos con enormes reservas al rey Juan Carlos I: temíamos que iba a ser la continuidad de Franco; pero nos equivocamos, afortunadamente. Porque hizo todo lo contrario de lo que se esperaba. Erramos, como erró toda la oposición democrática: fuimos muy críticos, aunque los comunistas destacaron aún más por su dureza con el entonces príncipe Juan Carlos. Existía el convencimiento firme de que él iba a significar la continuidad del régimen; Franco le entregó el poder al monarca para que este mantuviera su legado, pero él decidió seguir otro camino. Junto con Adolfo Suárez, el rey diseñó el cambio de régimen y la Transición, un proyecto al que nos unimos los demás y finalmente organizamos conjuntamente.

En el año 1976 el nombramiento como presidente del Gobierno de Adolfo Suárez, entonces ministro-secretario general del Movimiento, fue una decisión personal del rey: generó una gran oposición e incomprensión, pues toda la prensa española, absolutamente toda, publicó editoriales calificándolo como un inmenso error. No hubo ningún medio que no afirmara que esa decisión implicaba volver al búnker y dar carpetazo al sueño de la democracia. Todos, salvo un periódico, *El Socialista*, un periódico clandestino, que publicó un editorial, escrito por mí, que decía: «Adolfo Suárez puede ser una oportunidad para la democracia». Nadie resalta el hecho llamativo de que solo un periódico, además ilegal, planteara el nombramiento de Suárez como una opción. Mientras que con el rey me equivoqué, con Suárez acerté.

Juan Carlos I apoyó decididamente la democracia en dos momentos clave: en la Transición y cuando frenó a los militares que querían volver a un sistema de dictadura con la intentona golpista del 23 de febrero de 1981. El rey también jugó un papel destacado como gran embajador de España en el mundo. El rey fue recibido en todas partes con agasajos y con admiración: había hecho una apuesta por la democracia cuando tenía todo el poder y eso había sido muy considerado internacionalmente. Y luego aquí, en España, era muy prudente en las relaciones políticas, que es lo que tiene que hacer un rey, porque su papel en la democracia es puramente representativo. El rey reina pero no gobierna, y eso también lo hizo muy bien.

Ahora el rey emérito tiene otros problemas, y somos testigos de cómo hay gente que intenta que la situación actual opaque y eclipse todos sus logros históricos. Por supuesto no estoy de acuerdo con esa actitud injusta. El rey Juan Carlos merece un reconocimiento; no ha habido un monarca en la historia que ceda todos los poderes y diga: «Yo no los quiero para mí, deseo la democracia».

La monarquía, a votación

El momento en el que en el PSOE somos conscientes de nuestra equivocación con el rey se produce en agosto de 1976, cuando tiene lugar el encuentro secreto entre Adolfo Suárez y Felipe González en casa de Joaquín Abril Martorell. Ahí ambos expusieron sus puntos de vista y lo que

querían hacer, y Suárez le confió a Felipe todo lo que ya estaba avanzando con el rey. Fue entonces cuando vimos que había otro camino, que el monarca estaba en otra posición, claramente a favor de la democracia. El PSOE no tuvo encuentros con Juan Carlos I hasta que estuvo aprobada la Constitución. Nos parecía algo obligado, porque nosotros planteábamos que se debatiera y se votara entre república o monarquía. No nos entendió nadie; ningún periódico, ningún partido, ni siquiera el Partido Comunista. Todos nos acusaron de irresponsables por proponer ese voto particular sobre la forma del Estado. Pero en el PSOE estábamos firmemente convencidos de que si no se votaba, esa monarquía sería la del dictador. En cambio, si se sometía a votación sería una monarquía democrática, la de la soberanía nacional. El 11 de mayo de 1978 se votó en la Comisión Constitucional en el Congreso de los Diputados y salió por trece votos a favor de la república, veintidós en contra y una abstención. En consecuencia la monarquía quedó recogida tal y como estaba en el texto constitucional y después se llevó a referéndum. De modo que se trata de la única monarquía del mundo que ha sido ratificada en el parlamento y después mediante referéndum popular.

Visita al ermitaño de San Saturio

Fue en las fechas en las que se produciría el voto particular sobre la forma del Estado cuando se dio una situación pintoresca. Yo era responsable por parte del Partido Socialista de llevar la negociación para sacar adelante la Constitución. Presentamos un voto particular en defensa de la república y sufrí muchísima presión: presión de los otros partidos, presión del Gobierno y presión de los míos. El propio Gregorio Peces-Barba, que era ponente, me insistía todos los días: «Hay que retirar el voto particular, hay que eliminarlo». Y yo le respondía: «No, no se puede retirar porque entonces la monarquía no será legítima, será la monarquía de Franco; y yo quiero que se vote, que decidan los que tienen la soberanía popular».

Ese voto particular se iba a debatir un lunes y yo era consciente de que me iban a bombardear ese fin de semana: todo el mundo me llamaría para que retiráramos aquello, los contrarios y los míos también. Decidí refugiarme el fin de semana en un sitio donde no me conociera nadie, ni nadie me pudiera localizar. Viajé a un lugar que a mí me gusta mucho y al que iba con frecuencia: un paseo que hay en Soria, a orillas del Duero, entre el monasterio de San Polo y la ermita de San Saturio. En San Saturio vivía un anacoreta, un santero solitario que se hacía llamar fray Pablo, con el que yo acostumbraba a conversar. Y fui a visitar a fray Pablo en San Saturio. Conversamos de esto y de aquello, y, en un momento dado, le pregunté si sabía que estábamos redactando una Constitución. «Sí, claro que lo sé. Pero yo no la voy a votar», respondió. «¿Cómo que no la va a votar?», inquirí. A lo que el ermitaño respondió con firmeza: «Porque ustedes no van a elegir entre monarquía o república; y mientras no se decida eso, yo no voto». Entonces me dije: «Si hasta un anacoreta, un ermitaño que vive solo y apartado, lo tiene claro, ¿cómo voy a retirar yo ese voto particular?». Volví con mucha fuerza a Madrid de mi visita a Soria. Se realizó la votación y ganaron los que estaban en contra de la república. Y allí se terminó el problema: se había votado.

Una Constitución para media España

Tras la formación de las nuevas Cortes en 1977 se abrió un proceso constituyente que concluyó con la aprobación de la Constitución de 1978. Los ponentes redactaron un borrador, que llegó a

la Comisión Constitucional el 5 de mayo de 1978. Empezaron entonces los debates y las votaciones. Todos los artículos se aprobaban con el apoyo de Unión de Centro Democrático (UCD), de centro derecha, y de Alianza Popular (AP) —lo que hoy en día es el Partido Popular —, la derecha, por entonces bastante más conservadora. Y el resto, socialistas, comunistas y nacionalistas, votábamos en contra. Así se aprobaron veinticinco artículos. Siempre por una diferencia de dos votos. Yo era consciente de que por esa vía la historia de España se iba a repetir. España ha tenido muchas constituciones que duraban muy poco, desde la de 1812 a la de 1931. Entonces llamé a Fernando Abril Martorell, de la UCD, y le dije: «Entre UCD y AP vais a hacer una Constitución para media España; y la otra media, cuando gane las elecciones, la va a abolir; y después vamos a tener que hacer otra… Ojalá que no cometamos nosotros el mismo error. ¿No crees que podríamos intentar que el texto no sea la conclusión de media cámara y por tanto de media España?». «Bueno, te llamo», me respondió. Tenía que consultarlo con Adolfo Suárez. Lo conversó con el presidente, me llamó y me propuso que fuéramos a cenar al restaurante José Luis, al lado del estadio Santiago Bernabéu. Asistimos, por el PSOE, Gregorio Peces-Barba, Enrique Múgica, Luis Gómez Llorente y yo; y, por la UCD, Fernando Abril Martorell, Gabriel Cisneros, José Pedro Pérez-Llorca y Rafael Arias-Salgado. Allí pactamos varias cosas: ¿por qué no intentamos los dos grandes partidos hacer por consenso la Constitución? De acuerdo. ¿Por qué no invitamos a todos los partidos a que vengan a hacer ese consenso? De acuerdo. ¿Por qué, ya que estamos aquí, no le damos un repaso a los veinticinco artículos que ya se han aprobado para intentar reconducirlos a una posición de acuerdo? Y lo hicimos todo. Después convocamos a todos los partidos; vinieron todos, salvo la Alianza Popular de Manuel Fraga Iribarne. Y así fue que pudimos evitar una Constitución que habría dividido el país.

El consenso

¿Qué manera teníamos de resolver los asuntos en los que no nos poníamos de acuerdo durante la elaboración de la Constitución? La Comisión Constitucional se reunía a las nueve de la mañana y estaba hasta las ocho o las nueve de la noche trabajando. Si al final de la jornada no habíamos llegado a un acuerdo en la Comisión en un artículo, le pedíamos al presidente que no lo sometiera a votación, que lo pasara al día siguiente. Entonces, ¿qué manera teníamos para ponernos de acuerdo? La noche: nos reuníamos, cada vez en un despacho, para negociar los artículos que no habíamos logrado pactar en el debate de comisión. Ese proceso duraba toda la noche, hasta por la mañana.

Abril Martorell y yo hemos pasado a la historia como los que llegamos a más acuerdos. ¿Por qué? ¿Éramos los que más sabíamos? No. ¿Éramos los más inteligentes? No. Es que él era hipotenso, y de noche se animaba mucho. Y yo desde la infancia he controlado muy bien las horas de sueño, de manera que a las cuatro y media o las cinco de la madrugada, mientras los demás estaban dormidos sobre la mesa, Fernando y yo seguíamos. Así, hasta las siete de la mañana, que decíamos, «hemos llegado a un acuerdo». Y de esta manera, trasnochando, fuimos haciendo la Constitución.

Todo el mundo dice que la Constitución se hizo por consenso. ¿Y consenso qué es? Cada uno tiene una versión de lo que significó. La más exacta es afirmar que consenso es la nómina de las renuncias que tuvimos que hacer todos para lograr el acuerdo. De tal manera que cada uno llevaba su plan preestablecido, y finalmente tenía que renunciar a una parte, y el otro a otra parte,

y así sucesivamente… Si todos desisten de algunas de sus pretensiones siempre se puede llegar a un acuerdo. Algunos hoy ven eso como si fuese una traición: ceder cada uno frente a la otra parte con el objeto de entenderse todos. Pero en mi opinión no es así; más bien lo veo como una gesta, una renuncia de cada uno para que podamos vivir todos juntos en esta Constitución. Y así es que hoy tenemos este texto, que cumple ya cuarenta y cinco años, y que debería durar otros cuarenta y cinco, por lo menos.

La obra del pueblo español

La Transición no fue la creación de un grupo de dirigentes; los políticos colaboramos mucho, pero fue la obra del pueblo español. Los españoles empujaban para que los dirigentes nos pusiéramos de acuerdo. En aquel entonces, cuando salía a la calle, siempre se me acercaba alguien a decirme: «Esta vez tiene que cuajar esto, no podéis volver a fracasar, tenéis que sacarlo adelante». Teníamos una presión tremenda para lograr pactos. La Transición nace de abajo, y arriba hay una capacidad de negociar que antes no existía: se impulsa desde abajo y se negocia arriba. ¿Y quiénes eran los protagonistas de esta negociación? Yo diría que Adolfo Suárez, Felipe González, Santiago Carrillo, Fernando Abril Martorell, el cardenal Vicente Enrique y Tarancón y el rey Juan Carlos. Esos componen realmente el factótum que lleva adelante la Transición, dando cumplimiento a la presión que venía de abajo. A mí me tocó estar en el vórtice del huracán, por casualidad, aunque trabajé duramente por el éxito del proceso.

Pululan por ahí indocumentados, ignorantes que no saben nada, que afirman que se produjo una desmovilización de los trabajadores de izquierdas. Eso es mentira: en los años 1976 y 1977 en España se perdieron más horas por huelga que en el conjunto de Europa. También alegan que hubo un pacto de silencio para que no se hablara de la dictadura y de la Guerra Civil. ¡Pero si se han escrito más libros de la Guerra Civil que de la Segunda Guerra Mundial! Continuamente se ha estado hablando de ella. También está otra falacia, que lanzan algunos: «¡La ley de amnistía fue una cosa que le hizo tragar la derecha a la izquierda!». Falso; en los últimos años de la dictadura todas las manifestaciones portaban pancartas que decían: «Libertad, amnistía y estatuto de autonomía». Es la izquierda quien reivindicó la amnistía y, por cierto, en el Congreso fue votada por toda la cámara menos por el grupo de «los siete magníficos» de Fraga Iribarne (el propio Fraga y Cruz Martínez Esteruelas, Federico Silva Muñoz, Laureano López Rodó, Enrique Thomas de Carranza, Gonzalo Fernández de la Mora y Licinio de la Fuente). Se trataba del grupo más de derechas de toda la cámara —todos exministros de Franco— que fundó Alianza Popular. Siempre se inventan cosas por hacer daño, pero hay afirmaciones que no tienen base alguna.

Reformar la Constitución

No hay duda de que la Constitución necesita retoques. Pero yo no soy partidario de la reforma «de» la Constitución sino de reformas «en» la Constitución. Se trata de una diferencia sustancial: no veo la necesidad de adentrarnos en un proceso constituyente, que no llevaría a ninguna parte, aunque sí la conveniencia de modificar algunas cosas. La sociedad ha cambiado; ayer tenía una sensibilidad y hoy, otra. Por ejemplo, cuando se redactó la Constitución, a las personas con discapacidad —y que hoy algunos denominan como «personas con capacidades especiales»— se las llamaba «disminuidos físicos y psíquicos». Hoy nadie cree que ese sea un buen término para

calificar a estas personas, pero en la Transición nadie levantó la voz, porque la sociedad no tenía esa sensibilidad. Ahora es algo que se debería modificar.

Y hay otra cosa que debería cambiarse: el artículo 57 dice que en la sucesión de la Corona de España el varón está por delante de la mujer, y eso es una clara discriminación. Pero curiosamente nadie dice que en el artículo 58 existe una discriminación contra el hombre; porque la mujer que casa con el rey es reina consorte, pero el hombre que casa con la reina no es rey consorte, es consorte de la reina. Ambos artículos habría que actualizarlos; seguro que habría bastante unanimidad para hacerlo. Pero si uno no se sienta en una mesa no puedes saber si es posible ponerse de acuerdo o no. La Constitución de 1978 ha sido el mejor documento que han hecho los demócratas en la historia de España. Sin duda, el más perfecto.

Las elecciones de 1979: ganarse la respetabilidad

Tras la aprobación de la Constitución de 1978, en el año 1979 se producen elecciones municipales y generales. En contra de lo que se ha dicho repetidamente, nosotros, en el PSOE, no creíamos que fuéramos a ganarlas: obtuvimos 121 diputados frente a los 168 de la UCD. Visto desde hoy, menos mal que no vencimos, porque en 1979 no teníamos la preparación que tuvimos en 1982. Yo fui el encargado de dirigir la campaña de 1979, que estaba basada en ganar respetabilidad. En 1977 hicimos una campaña muy juvenil; una foto en color de un Felipe González joven, con una camisa a cuadros desabrochada. Yo decía en términos metafóricos, como broma: «En 1977 hicimos una campaña de amante y en 1979 tenemos que hacer una campaña de marido». Y así, en 1979, pusimos a Felipe en una foto en blanco y negro, con camisa blanca, corbata y americana. Como una persona «respetable»; necesitábamos ganarnos la respetabilidad. En 1977 ofrecíamos la idea de unos jóvenes valientes que han luchado contra la dictadura. Inmediatamente después lo lógico era plantearse la pregunta: «Pero ¿qué competencias tienen?». Y en 1979 se transmitía: «Son competentes y son personas respetables». Pero no creíamos que íbamos a ganar.

La prensa dijo que habíamos sufrido una decepción muy grande porque nos creíamos vencedores, y no es verdad. Obviamente había alguna gente del partido que sí confiaba en ganar, y que se tiraba de los pelos, quejándose por no haber salido victoriosos. Pero nosotros, los que dirigíamos el partido, no compartíamos esa idea. Y, al final, el resultado de las elecciones nos dio una respetabilidad que, junto con la autodestrucción de UCD que llegó después, hizo que los españoles vieran el Partido Socialista como el único que vertebraba la nación, un proyecto al que había que unirse. De esto se deriva que en 1982 el partido obtiene 202 diputados, lo que no había ocurrido nunca en España, ni tampoco ocurrirá nunca más. Es un caso bastante excepcional. La UCD se desplomó desde 165 a 12 escaños, un hecho también sin precedentes en la historia de la democracia europea. Un partido de Gobierno que se queda en 12 diputados es un desastre, una auténtica maniobra de autodestrucción. Recientemente hemos visto otros ejemplos en otros partidos; entre ellos mismos parece que buscan la autodemolición por cuestiones de ego personal.

El XXVIII Congreso del PSOE y el marxismo

El año 1979, el del XXVIII Congreso del partido, es una fecha trascendental en la historia del PSOE. Pero también convulsa. Un año antes, en mayo de 1978, el secretario general, Felipe

González, en una rueda de prensa en Barcelona, se descolgó con la afirmación de su voluntad de eliminar la definición del carácter marxista del PSOE. Eso no se había tratado en la dirección del partido, y produjo una convulsión muy fuerte. Si se hubiera decidido en concertación con la dirección no habría ocurrido nada, pero como fue una cosa muy personal de Felipe, que la ejecutiva no había estudiado, en el partido se levantó una protesta muy grande. Y así fue que en mayo de 1979 fuimos a un congreso en el que muchos dijeron que había que mantener la definición del marxismo.

Es curioso, porque a nosotros se nos pregunta con frecuencia: «¿Tú eres marxista?». Pero nadie me plantea: «¿Tú eres galileano?» o «¿Tú eres copernicano?». Marx era un científico, Galileo y Copérnico también; entonces, ¿por qué no me preguntan por estos últimos? Hoy todo el mundo es marxista en cierta manera, en el sentido de que alguna aportación científica de Marx ya forma parte intrínseca de la cultura universal. Otras no, porque eran errores garrafales. Pero en el XXVIII Congreso la gente mantuvo la posición de que había que seguir conservando el carácter marxista del Partido Socialista, y eso desde el punto de vista electoral era un hándicap muy grande.

Nosotros éramos marxistas, como todo el mundo lo es en la teoría del valor de Marx. Eso hoy en Wall Street también se admite; pero en ese XXVIII Congreso la gente estuvo en contra de la propuesta de Felipe, que dimitió como secretario general con la famosa frase de «Hay que ser socialistas antes que marxistas». Es una frase que seguía el camino de Indalecio Prieto cuando dijo: «Yo soy socialista a fuer de liberal». Porque ¿qué es más importante: ser socialista de un partido concreto o ser demócrata? Ser demócrata, por supuesto. En ese sentido, fue una frase bastante realista.

Tras la dimisión se nombró una comisión gestora y se preparó un congreso extraordinario para septiembre en el cual se recuperó el poder, el poder dentro del partido. Y todas esas cosas que en sí mismas supusieron pequeños dramas, vistas desde la perspectiva de un tramo grande de la historia, fueron un acierto. En el tramo corto se vivió como una debacle, pero a largo plazo supuso un éxito.

«Decidí retirarme de la política»

Con todo aquello que rodeó el XXVIII Congreso, decidí retirarme de la política. Entonces, como ocurre siempre que quieres dar un paso atrás, empiezas a recibir presiones y te vienen a decir que desde el punto de vista moral no les puedes dejar tirados. Yo ya había decidido dejar la política en 1977. Cuando dirigí la primera campaña, en la dirección del partido se preguntaban cuántos diputados iban a sacar; con los cálculos que realicé, les respondí que en torno a cien. Acerté, sacamos 118, y dije: «Ahora me retiro». Una vez más replicaron que «ahora no puede ser, que se prepara una Constitución». Y me quedé. De nuevo me quise ir en 1979 y otra vez arreció la presión moral. También me quise ir en 1982; ¡qué mejor momento para retirarse que tras dirigir una campaña que saca 202 diputados y te sitúa en la gloria! Pero tampoco pude. Estuve discutiendo un mes y medio con Felipe González, que deseaba que yo entrara en el Gobierno. Al final, erre que erre, tuve que aceptar. Pero siempre he querido hacer otras cosas lejos de la política; yo tenía otros entusiasmos e ilusiones: me gustaban la literatura, el teatro, el cine… Pero bueno, ya a la hora que es, he hecho la mili tres o cuatro veces.

Matar al padre

La vuelta a la dirección, en el congreso extraordinario de septiembre de 1979, fue triunfal. Matar al padre te da satisfacción. Pero después te toca llorar. No puedes arrepentirte y decir: «Ay, ¿por qué he hecho yo esto? ¡No quería llegar tan lejos!». Y todo el mundo ansiaba que volviera Felipe. Incluso allí, en el propio XXVIII Congreso en el que Felipe presentó la dimisión, la gente lloraba por los pasillos, con sensación de orfandad, de vértigo, incluso de pánico. Allí mismo se hizo una recogida de firmas, con el 80 por ciento de los delegados, para que yo me hiciera cargo de la Secretaría General hasta el próximo congreso en el que volviera Felipe. Yo me negué, ya que eso se podía interpretar como apuñalar al secretario general. Finalmente se hizo el congreso extraordinario, donde todo el mundo estuvo de acuerdo y se recondujo la situación, con Felipe de nuevo como secretario general.

Un partido cohesionado y disciplinado

Desde cierta prensa se ha afirmado que yo impuse una política de «mano dura» en el PSOE para acabar con las disidencias internas. Habría que comparar lo que hoy son los partidos políticos en España y lo que era el PSOE entonces. Ahora no hay disidencias, ni puede haberlas, en ningún partido. Se han inventado eso que llaman «primarias», que no son primarias sino un plebiscito, en el que aquel que resulta elegido jefe hace lo que le da la gana. Y esto ocurre hoy en todos los partidos. Antes los comités federales duraban tres días, ahora no, ahora duran media hora. Había que pelear todas las decisiones, pero una vez que se llegaba a un acuerdo, ese era vinculante para todos.

Es cierto que intenté que el PSOE fuera cohesionado, disciplinado, democrático. El partido empezó a funcionar muy bien —era necesario que funcionara así si queríamos gobernar—, y también muy democráticamente. Hay que considerar que nosotros giramos sobre el referéndum de la OTAN, cambiamos la posición, y hubo que ir al Comité Federal y pelearlo muy duramente con los militantes. En la actualidad eso es inconcebible; ahora las decisiones se toman arriba y sanseacabó. En aquellos años cuando se reunía el Comité Federal o se celebraba un congreso, no se permitía a nadie defender a la dirección del partido; el que saliera y dijera algo bueno de la gestión de la dirección se le expulsaba del estrado. No se podía hablar «bien», solo críticamente; ahora es todo lo contrario. Lo de mi «mano dura» son leyendas que se crean y se difunden. Entonces el PSOE era un partido muy democrático —quizá un poco excesivamente democrático en algunas cosas— pero estuvo bien así.

Moción de censura

En 1980 el PSOE presentó una moción de censura contra el Gobierno —la primera en democracia y que se celebró entre el 28 y el 30 de mayo—, que tuvo su origen en un debate parlamentario ocurrido dos semanas antes. Ese día vinieron a verme a mi despacho en el Congreso dos diputados del PSOE que iban a presentar una interpelación en defensa de la película de Pilar Miró *El crimen de Cuenca*, cuya licencia de exhibición había sido suspendida por el Gobierno. Además, se había emprendido un proceso contra Miró por parte de la Justicia Militar. Estos dos diputados habían preparado las preguntas que iban a dirigir al ministro de Cultura, pero resultó que Pilar Miró estaba en la tribuna de invitados, y ellos consideraron que, por una cuestión de representatividad, debía ser yo quien asumiera la labor. Aunque les repliqué que no podía hacerlo, que no conocía el expediente, al final tuve que encargarme del alegato en

favor de la libertad de expresión. Durante mi interpelación, el ministro de Cultura, Ricardo de la Cierva, contestó diciendo diversas barbaridades. Y en un momento dado empezó una frase que decía textualmente: «Si hiciéramos caso de la Constitución, que no lo hacemos…».

Eso dio lugar a la presentación en el acto de un debate específico sobre el cumplimiento de la Constitución. Y de ese debate, derivó finalmente la moción de censura. En ella yo me iba a encargar del discurso de la moción, y Felipe González del correspondiente al candidato. Pero al final el texto de Felipe también lo tuve que escribir yo, aunque yo nunca escribí sus discursos. Resulta que por esas fechas, Willy Brandt, que era presidente de la Internacional Socialista, llamó a Felipe para pedirle que lo acompaña, junto al canciller austríaco, Bruno Kreisky a Teherán, en una visita al nuevo Gobierno de los ayatolás. El viaje coincidía con los días previos a la moción y Felipe no podía redactarlo.

Fue así que me vi preparando el discurso, que luego leyó Felipe. Él no es un gran lector de discursos; donde sí se crece es en la réplica, ya que improvisa excelentemente. Leyó mi texto como pudo y luego, ya en el debate, estuvo brillantísimo. Fue un caso insólito de moción de censura, en la cual el que la presenta es el mismo que escribe el discurso del candidato. La magnífica intervención de Felipe nos dio una visibilidad muy grande en la sociedad española porque el debate lo retransmitió Televisión Española. Los ciudadanos pudieron comprobar que había un candidato fuerte que, por decirlo en términos coloquiales, toreó a todo un Gobierno. Salieron todos los ministros para ver si le pillaban en un renuncio en sus respectivas materias, y él respondió con una faena fantástica. Finalmente la perdimos por 152 votos a favor, 166 en contra, 21 abstenciones y 11 ausencias. Esta moción de censura, que surgió de manera casual, fue muy importante para que la gente confiara masivamente en el Partido Socialista dos años después.

3

EL 23-F

Golpecitos en la espalda

Recuerdo el 23 de febrero de 1981 con mucha viveza, como si hubiera ocurrido ayer. En el Congreso de los Diputados se celebraba la votación de investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo como presidente del Gobierno. Faltaban pocos minutos para las seis y media de la tarde, cuando el presidente de la cámara llamó a votar al diputado Manuel Núñez Encabo; en ese momento apareció un señor que parecía de guardarropía, de una zarzuela, con un tricornio, una pistola y un bigote enorme gritando: «¡Quieto todo el mundo!». Obviamente se trataba de un golpe de Estado. Se produjo una gran confusión en la cámara, en medio de disparos de metralleta.

Posteriormente los golpistas decidieron sacar a varias personas del hemiciclo. Todos pensaban que si había saca de diputados y miembros del Gobierno era para terminar con ellos. Los elegidos fueron el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, el vicepresidente, Manuel Gutiérrez Mellado, el ministro de Defensa, Agustín Rodríguez Sahagún, Felipe González, Santiago Carrillo y yo. A Suárez lo recluyeron en la zona de portería y a los cinco restantes en el salón conocido como Sala del Reloj. Nos colocaron a cada uno en una esquina y al ministro de Defensa en el centro de la estancia, junto a una mesa circular. Y todos teníamos enfrente a un guardia civil, con una metralleta apuntándonos a la cara.

Hubo un momento muy tenso porque uno de los guardias que estaba vigilando, uno joven que sudaba muchísimo y que estaba frente a Carrillo, daba muestras de un gran nerviosismo y no paraba de manipular la metralleta. Pasó un teniente de la guardia civil y le dije: «Creo que deberían hacer ustedes relevos de menos tiempo, porque los hombres se ponen muy nerviosos». Afortunadamente, lo relevaron; creo que de no haber sido así, se podría haber producido la primera desgracia, que habría desembocado en una situación imposible.

Durante la noche —estuvimos toda la noche allí— yo tenía en la mente el pensamiento de mi hijo, que entonces era muy pequeñito. Me había acostumbrado a tenerlo en brazos, mientras él, con la manita, me daba golpecitos en la espalda. Y es curioso lo que hace la mente, que aquel 23 de febrero de 1981, en la Sala del Reloj, yo sentí durante toda la noche los golpecitos en la espalda, como si estuviera con el niño.

El truco del abrigo

En un momento de la noche del 23-F oí cómo unos aviones sobrevolaban el Congreso de los Diputados. Por pura lógica me dije: «Si este golpe está triunfando en los cuarteles, no hay motivo para que pasen aviones por encima del Congreso; tienen que ser los leales a la Constitución». Y efectivamente así era. Pero la noche fue bastante angustiosa. En el hemiciclo todos pensaban que a nosotros, a los que nos sacaron de la cámara, nos podían haber matado. Con el objeto de eliminar ese pensamiento entre los que se encontraban en el hemiciclo, se me ocurrió un pequeño truco que a la postre salió muy bien.

Aproveché el hecho de que un ujier pasaba por la Sala del Reloj y le pedí: «Mire usted, tengo frío. ¿Podría usted hacerme el favor de llegarse a mi escaño y decirles a mis compañeros que le den mi abrigo?». Realmente aquel 23 de febrero yo no llevaba abrigo; lo que quería era mandar un mensaje a los que estaban en el hemiciclo de que seguíamos vivos, que estábamos bien. Y así ocurrió. Además, al final me hicieron llegar un abrigo —nunca supe de quién era— que me vino muy bien porque aquella noche hizo frío en el Congreso de los Diputados.

«Lo siento, te ha tocado»

Era bastante lógico pensar que existía la idea de matar a las personas a las que nos sacaron del hemiciclo. Eso pasó por la cabeza de todo el mundo. Y hay una anécdota que lo confirma. Antonio Jiménez Blanco, de la UCD, que por entonces no era diputado —en aquel momento presidía el Consejo de Estado—, había acudido al Congreso al conocer por la radio que se había producido un golpe de Estado. Había venido a dejarse «encarcelar», quería estar también ahí. Igualmente solidario fue un diputado socialista, Pepe Vidal Soria, que se presentó también en el parlamento para dejarse «secuestrar» cuando supo lo ocurrido.

Jiménez Blanco se había sentado junto al escaño del presidente Suárez, quien estaba aislado fuera del salón de sesiones. Cuando los guardias me sacaron del hemiciclo, pasé por delante de él. Entonces Jiménez Blanco me miró con tristeza y se despidió susurrando: «Lo siento, te ha tocado». Con lo cual estaba indicando sin duda el trágico final que él intuía para mí. Pasado el golpe, le dije: «Hombre, Antonio, podías haberme dicho algo más esperanzador». Pero no fue solo él; todo el mundo pensaba que iban a darnos el tiro en la nuca.

Lo que tuve durante esa noche no fue tanto miedo, sino más bien la sensación desalentadora de que se acababa el ciclo democrático, de que otra vez habría que empezar en la clandestinidad, a rehacer todo lo que estábamos construyendo. Esos eran mis pensamientos, además de sentir la presencia de mi hijo dándome golpecitos en la espalda. Lo que tenía en mente no era la certeza del final, sino una aproximación bastante sólida a la posibilidad de la muerte.

Una organización de opereta

¿Pensábamos aquella noche que podría prosperar el golpe? Tal como se veía allí dentro, en el Congreso, parecía que estaban muy determinados a completar su plan, muy decididos. Pero bien es verdad que, por otro lado, estaban muy enredados en sus propias palabras. «¡Ahora va a venir la autoridad, por supuesto militar!», repetían. Pero allí no se presentaba nadie; el famoso «elefante blanco» que no apareció. Se percibía que estaban confusos, faltos de organización. Por su organización parecía más un golpe de opereta que una realidad. Por eso yo abrigaba bastantes esperanzas de que fracasara, como de hecho ocurrió. Allí no se veía un jefe que tomara las riendas. De hecho, después se supo que había sido una improvisación: había tres grupos que andaban trabajando para dar un golpe, pero se adelantó el teniente coronel Antonio Tejero y los dejó desconcertados a todos.

El misterio de las grabaciones

Del 23-F se conoce bien lo que sucedió, salvo la implicación de algunas personalidades civiles no ligadas a la Guardia Civil ni al Ejército. ¿Por qué sigue habiendo esas incógnitas? Pues

porque desaparecieron las cintas magnetofónicas que se grabaron —esa noche se «pincharon» los teléfonos del Congreso de los Diputados—. Se habló de 125 cintas, pero se ignora dónde están. Cuando el PSOE llegó al Gobierno en 1982, yo las busqué y no aparecieron; en el ministerio del Interior nadie sabía de su paradero. Yo sostengo que esas cintas podrían aclarar la participación de figuras civiles en el golpe. A mí se me ha contestado, reiteradamente, que esas cintas no existen, que no habían existido jamás.

Cuando se da el golpe, todo el Gobierno se encuentra dentro de la cámara y, por lo tanto, no hay Gobierno. ¿Quién se erige en Gobierno en esta situación? Los secretarios de Estado y los subsecretarios y, entre ellos, el de Interior como jefe de ese Gobierno subsidiario. En aquel entonces el director de la Seguridad del Estado era Francisco Laína. Él me ha contestado a mí directamente, afirmando que no había cintas. No obstante, en una entrevista en *ABC*, siete días después del golpe, Laína afirmó que tenían grabaciones de Juan García Carrés, abogado ultraderechista implicado en la matanza de Atocha y único civil condenado por el 23-F. O sea que las estaban grabando. Laína murió en 2022; desgraciadamente ya no nos va a poder contar nada más sobre el asunto. ¿Dónde están esas cintas? Pues probablemente las destruirían. ¿Quién? ¿Cómo? No lo sé. Ojalá salieran a la luz esas cintas algún día. Igual están perdidas en la caja de seguridad de algún banco.

El papel del rey

Un hecho indubitado, absolutamente indubitado, es que si el rey se pasa al otro lado, el golpe del 23-F triunfa. Eso está clarísimo, con lo cual no se puede negar que él fue quien garantizó la continuidad de la democracia. Muchos han especulado con la tardanza en la difusión del mensaje del rey. Él era el jefe de los militares; cuando estos se sublevan él pasa toda la madrugada llamando a unos y a otros para que depongan cualquier actitud belicosa. Para ello necesitó tiempo y, además, Televisión Española estaba ocupada. Hubo que montar una operación para enviar dos equipos de televisión y grabar doblemente el discurso por si acaso interceptaban uno de ellos. La operación no fue fácil. Es injusto no reconocer el papel crucial de don Juan Carlos esa noche.

Un golpe de timón

Los rumores y las teorías rocambolescas siempre han rodeado el 23-F. Incluso se ha llegado a afirmar que se trató de un golpe desde dentro del sistema, un movimiento institucional cuyo objetivo era un nuevo pacto democrático para reforzar la monarquía. Eso ha dado muchas vueltas periodísticas. Incluso se ha intentado involucrar al PSOE y a miembros del partido, entre ellos a Enrique Múgica. Él era representante del PSOE en la comisión de Defensa y, como tal, decidió visitar a todos los capitanes generales de las distintas regiones militares para conocerlos. En una de las reuniones, una comida celebrada en Lérida en octubre de 1980, estuvieron también presentes Joan Raventós, líder de los socialistas catalanes del PSC, el alcalde socialista de Lérida, Antoni Siurana, y el capitán general Alfonso Armada. Según se afirmó, en esa conversación Armada hizo referencia a la necesidad de un golpe de timón. A partir de ahí un periodista hizo sus elucubraciones, dejando caer la supuesta complacencia de los socialistas con Armada. Y así se fue extendiendo el rumor. En esas entrevistas cada general daba su opinión, pero eso no quiere decir que se conociera que iba a producirse un golpe de Estado ni nada por el

estilo.

Una vacuna contra el golpismo

El 23-F funcionó como una vacuna. La ciudadanía se dio cuenta de que la democracia no es una cosa que se conquista y ya es propia y segura, sino que la fragilidad de la libertad es continua. Debemos cuidar las instituciones democráticas día a día; cuando menos lo esperas puede aparecer un loco que pretenda acabar con la libertad. El golpe supuso una poderosa advertencia al conjunto de la nación, hasta el punto de que inmediatamente se organizaron las manifestaciones más multitudinarias que ha habido nunca, que contaron además con la participación de todos los partidos.

Después del 23-F se abortaron otros intentos de golpe de Estado. Uno de ellos se había planificado para el 27 de octubre de 1982, la víspera de las elecciones generales en las que barrió el PSOE. Otra conspiración golpista que se pudo neutralizar fue la planeada para el 2 de junio de 1985 en La Coruña, durante el desfile del día de las Fuerzas Armadas. Se pensó volar la tribuna donde estaban las autoridades, pero afortunadamente se cogió muy a tiempo. Tras nuestra victoria en 1982 un objetivo fue asegurar la consolidación de la democracia, que no se produjera más ruido de sables, o dicho de otra manera, que no hubiera malestar en los cuarteles. A ello contribuyó muchísimo que nuestro triunfo fuera tan amplio, 202 diputados. Eso paralizó a muchos nostálgicos: al ver que teníamos un apoyo tan masivo fueron conscientes de que no se podía ir contra la voluntad de todo un país.

4

EL GOBIERNO

Deber hacer y querer hacer

En 1982, cuando el PSOE llegó al Gobierno, sabíamos a dónde queríamos ir y a dónde debíamos ir. Ahora ocurre que algunos saben a dónde se debería ir, pero no saben a dónde quieren ir. Vivimos una situación contradictoria, donde no coincide lo que se debe hacer con lo que se quiere hacer; existe un importante desconcierto sobre la actividad política. Y esto está sucediendo en todos, absolutamente todos, los partidos. En España nadie sabe hoy a ciencia cierta qué propone tal o cual partido. Vivimos rodeados de una densa mezcolanza de críticas, pero la mayoría de las veces carentes de una reflexión previa. Se critica mucho, pero se sabe muy poco. Así se producen numerosos cambios de grupo y amplios bandazos de acá para allá.

Por el cambio

Le dimos muchas, muchísimas, vueltas al lema de la campaña de las elecciones de 1982. Al final nos inclinamos por algo tan sencillo como «Por el cambio». En aquella época en Estados Unidos había una gran curiosidad por esas elecciones; existía mucha expectación porque se decía que iba a ganar las elecciones un partido socialista, algo que para ellos significaba casi un partido soviético. Vino a vernos uno de los principales directores de campaña estadounidenses, que ya había ganado muchas elecciones. Le expliqué nuestra campaña y el hombre me dijo con su sabiduría de tipo probado: «Con este eslogan no podéis ganar». Le pregunté en qué basaba su opinión. «Es que son tres palabras, y dos de ellas no tienen significación ninguna: “por” y “el”. Al final solo hay una palabra: cambio. Y con un solo concepto ustedes no van a ganar las elecciones», argumentó. «Creo que está usted equivocado», le respondí. Y aquel 28 de octubre de 1982 ganamos sobradamente. Debo decir, en honor a su dignidad, que poco después aquel experto en campañas me llamó para confesar que se había equivocado.

Hicimos una campaña muy tranquila, sin ninguna estridencia, porque sabíamos que íbamos a ganar el centro y queríamos atraer al máximo electorado posible. La recuerdo como una campaña bastante serena, plana y tranquila, sin elementos que crearan polémica. Yo se lo explicaba así a mis colaboradores: «Mirad, esto es como un dónut: la parte central ya la tenemos; ahora necesitamos la porción que rodea el hueco. Si no conseguimos hacernos con ella, no vamos a construir el dónut completo. Ahora que ya tenemos asegurados los del centro, tenemos que ganarnos a los otros». Fue una campaña de centroizquierda muy medida y también muy alegre, aunque no tanto como la de 1977, que fue una explosión de fiesta. En 1982 todo el mundo ya sabía que íbamos a ganar, aunque no por cuánto. Yo anuncié —porque tenía un sistema de control de los votos muy elemental, pero muy exacto— que obtendríamos 202 diputados; todos se quedaron sobrecogidos, parecía imposible llegar a esa cifra. Pero sí, fue posible: ganamos con 202 escaños, una mayoría absoluta holgadísima.

La noche electoral de 1982

Recuerdo perfectamente la noche electoral del 28 de octubre de 1982; y la mañana siguiente también. La fiesta del PSOE estaba organizada en el Hotel Palace; vino mucha gente extranjera de otros partidos, todos estaban eufóricos. Se respiraba un ambiente de enorme alegría. Cuando Felipe y yo nos asomamos a la ventana para saludar —en esa famosa foto en la que aparecemos los dos cogidos de la mano—, había una gran muchedumbre reunida en el exterior. Felipe me llamó la atención sobre la mucha gente que se había congregado, pero yo le respondí con escepticismo. Porque, ¿cuánta gente había allí en ese momento? ¿Serían 50.000, 60.000, 100.000 personas? En todo caso no eran tantos; en Madrid viven cuatro millones de personas.

Siempre hay que tomarse con incredulidad las cifras de esas congregaciones: nunca juntas a tantos individuos, aunque insistas en tu enorme poder de convocatoria. Nadie ha reunido mayores masas que Adolfo Hitler, y eso, en última instancia, no significa nada. Cuando, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial se realizó una encuesta para conocer cuántos alemanes habían pertenecido al partido nazi, casi nadie contestó afirmativamente. ¡Qué ironía! Resulta que al final nadie había pertenecido al partido nazi, a pesar de que se congregaban millones de gentes en torno al Führer. Claro, eso sucede cuando pierdes. Algo parecido ocurrió en España, donde tras la dictadura hubo mucha gente que afirmaba ser demócrata de toda la vida. No; eran franquistas de toda la vida que se habían hecho «demócratas» en un cuarto de hora. Yo siempre he sido muy escéptico y he querido ver las cosas con distancia. Cuanto más natural es un hecho para el común de la gente, más distancia tomo yo, y más pongo en cuarentena el asunto en cuestión.

Y sí, es cierto, aquella celebración de la victoria electoral fue espectacular: duró toda la noche, todos brindando con champán y de fiesta. A la mañana siguiente me di una ducha y me fui al Museo del Prado. Recuerdo que había una exposición sobre Murillo; di un paseo fugaz por sus cuadros y me fui a ver a Brueghel y a El Bosco —*El triunfo de la muerte*, el *Tríptico del carro de heno*—, a ver las grandes dramatizaciones de la existencia. Necesitaba distanciarme, para no creer que habíamos logrado la mayor hazaña de la historia. Nuestro mundo es más sencillo, más humilde. Fue, sobre todo frente a Brueghel, donde entendí que la muerte triunfa sobre todos los seres y que no debemos ponernos tan contentos por los logros obtenidos. Hay que tomarse las cosas con calma.

Una victoria como el España-Malta

La victoria de las elecciones de 1982 se asemeja a aquel partido de España contra Malta, disputado el 21 de diciembre de 1983, en el que nuestra selección arrasó con un 12-1. El PSOE había presentado una oferta clara y convincente que agradó a la gente. Pero además el de enfrente, la UCD, se había despeñado mortalmente: pusieron de candidato al pobre Landelino Lavilla, que no había visto un mitin en su vida, y lo echaron al ruedo. Yo lo ayudé como pude porque era una buena persona.

En esas elecciones ocurrió como cuando llega una riada: te tienes que agarrar al primer tronco que pasa, y no había otro más que el del PSOE. Y todo el mundo se aferró a él. Para darle un poco de continuidad y seriedad a la incipiente democracia no quedaba más que el PSOE, y el partido triunfó de una manera avasalladora, con 202 escaños. ¿Fue mérito del PSOE? En parte sí, pero también consecuencia directa del desplome de la UCD, que de 165 diputados pasó a 12.

Esos escaños se los tenía que llevar alguien, y se los adjudicó el PSOE. Conseguimos una victoria espectacular que sirvió mucho a la consolidación democrática. Los nostálgicos del franquismo y algunos miembros de las Fuerzas Armadas que todavía comulgaban con las ideas de la dictadura, comprendieron que no había vuelta atrás cuando se vieron confrontados con los diez millones de votantes que apoyaron al PSOE.

El fin de la Transición

Hay determinados historiadores que mantienen que la victoria del PSOE de 1982 marca el fin de la Transición española. Yo comparto esa idea. El anuncio de que Franco está gravemente enfermo, cuando se comunicó la flebitis de julio de 1974, da inicio a la Transición, porque se ponen en marcha las fuerzas implicadas, tanto desde dentro como desde fuera de la dictadura, para organizarse. ¿Y por qué considero que el triunfo del partido socialista en 1982 es el fin de la Transición? Se podría elegir otra fecha y sería igualmente válida, pero ¿por qué me parece la mejor? Pues porque es el triunfo de un partido derrotado en la guerra. Pasan cuarenta y dos años sin elecciones y al cabo de muy pocos años, de solo un lustro, triunfa un partido que fue vencido en la Guerra Civil. Eso supone un cambio fenomenal. Con ello no afirmo que la UCD no fuera democrática, pero era un partido que procedía de la gente de la dictadura, de los que habían ganado la contienda. El PSOE, por el contrario, representaba a los que habían perdido la guerra. Y su llegada al Gobierno representa ese final de ciclo desde la dictadura a la democracia.

¡Que vienen los socialistas!

Había sectores muy pequeños que temían que la llegada de los socialistas al Gobierno iba a significar un terremoto: algunos alarmaban con frases incendiarias como «los socialistas van a quitar las pensiones, van a nacionalizarlo todo». Pero eso no se correspondía con la realidad ni con lo visto hasta entonces: habíamos hecho una campaña bastante serena y tranquilizadora. No creo que existiera pánico en el país, que realmente se pensara que iba a haber cambios violentos. Hubo anécdotas, como la ocurrida en una emisión del programa de Televisión Española, *La clave*, a la que asistí. En el plató había un señor —probablemente sería un pequeño accionista de alguna empresa—, que estaba asustado y se preguntaba si se le pagarían sus acciones en caso de nacionalización. Le di una respuesta tranquilizadora y ahí quedó la cosa.

«La política es un poco aburrida»

Me costó mucho aceptar ser parte del primer Gobierno socialista, que se formó en diciembre de 1982. Esta decisión se me hizo muy cuesta arriba porque yo tenía la idea de abandonar la política desde hace tiempo y dedicarme a otra cosa más ligada a asuntos culturales, que es lo que siempre me ha gustado. No quería acabar en el Gobierno, hice todo lo posible por evitarlo. Pero Felipe González se empeñó, insistió muchísimo y al final no me quedó otra que aceptarlo. Y así fue como me metí a fondo con las responsabilidades gubernamentales durante casi diez años.

Pero formar parte del Gobierno, ser vicepresidente, incluso ser político, nunca fue algo vocacional. En el fondo, la actividad pública me cansaba bastante: la política es un poco aburrida, muy repetitiva. Aunque por otro lado es una labor muy noble; si trabajas bien puedes hacer cosas muy buenas por millones de personas, lo que supone una satisfacción muy grande.

Con la política puedes conseguir que muchas personas estén más cerca de su propia felicidad.

¿Prioridades o a por todo?

Cuando llegamos al Gobierno el contexto socioeconómico y político era muy complicado. Teníamos que agarrar el toro por los cuernos con rapidez y decisión. En la primera conversación que mantuvimos Felipe González y yo después de llegar al Gobierno repasamos la situación de España. Nos reunimos y planteamos así el asunto: «Tenemos todos estos retos; ¿qué hacemos, los atacamos todos a la vez o fijamos una lista de prioridades y hacemos lo que se pueda?». Tomamos la decisión de ir a por todo, intentar enfrentar todos los problemas a la vez para no despertar el desencanto entre los ciudadanos.

La democracia no estaba consolidada: aún no hacía dos años del 23-F, y para la víspera de las elecciones del 28 de octubre de 1982 había preparado otro golpe de Estado, que afortunadamente se consiguió abortar a tiempo. La economía estaba muy mal: la inflación era del 14 por ciento, el paro había crecido de una manera extraordinaria, el país carecía de infraestructuras, no había carreteras para el desplazamiento del producto industrial que permitiera la expansión económica. Todo eso había que atacarlo. Y luego teníamos un problema por encima de todos, que era el del terrorismo: ETA no paraba de asesinar. Le echamos valor y decidimos afrontar todos los problemas de una tacada; al final creo que sacamos adelante algunas cosas importantes. Puede ser que con unas prioridades bien fijadas habríamos avanzado más en algunas cosas, pero probablemente nada o muy poco en otras.

La expropiación de Rumasa

El 23 de febrero es un día que siempre he tenido muy presente: ese día cumple años Olvido, mi secretaria de toda la vida. Además, en los 23 de febrero se han producido hechos muy relevantes. En 1983 le tocó el turno a la expropiación de Rumasa, el enorme *holding* del empresario José María Ruiz-Mateos, que se encontraba en una situación económicamente insostenible.

En el momento de plantear la decisión sobre Rumasa se estudió en detalle qué debía expropiarse. La estructura del grupo era muy compleja; además de empresas de diversos sectores, Rumasa tenía una vinculación con toda una serie de bancos. Ello obligaba también a la expropiación de estos. Hubo que estudiar todas las consecuencias, que eran muchísimas, y nos llevó mucho tiempo. Tuvimos que dar muchas puntadas para que aquello no se nos fuera de las manos. El Consejo de Ministros se prolongó y, tras la cena volvimos a trabajar, hasta que, poco antes de la medianoche, se hizo pública la expropiación.

La verdad es que quien puso sobre la mesa la decisión de expropiar no fue el ministro de Economía, Hacienda y Comercio Miguel Boyer, sino el de Industria y Energía, Carlos Solchaga. Pero los golpes se los llevó Boyer. Esta decisión tan compleja fue recibida favorablemente entre los ciudadanos. Lógicamente hubo críticas por parte de algunos medios y dudas entre las entidades bancarias, y algunos grandes empresarios, que querían despertar el fantasma de la nacionalización.

La expropiación de Rumasa en realidad fue una medida de autodefensa; si no se tomaba esa decisión, el crac de las empresas iba a ser brutal. Se iban a caer todas las empresas del *holding* y se perderían 150.000 puestos de trabajo. Era una operación que teníamos que llevar a cabo antes de que aquello pudiera explotar. No es que tuviéramos ganas de hacernos con Rumasa, que

poseía empresas hoteleras y bodegas. El Estado no quiere poseer bodegas y hoteles, eso no es su función. Si el Estado tiene que ser propietario de empresas, estas han de pertenecer a sectores importantes, estratégicos. El petróleo, por ejemplo, sí es una industria que puede nacionalizar, pero ¿una fábrica de pantalones vaqueros? ¡¿Para qué quiere vaqueros el Estado?!

La ley electoral de 1985

En junio de 1985 se aprobó la Ley Orgánica de Régimen Electoral General (LOREG). Hubo una gran unanimidad en el Congreso de los Diputados: 239 votos a favor, dos en contra y dos abstenciones. No hay ninguna ley electoral en el mundo que se haya aprobado con tantísimo apoyo y consenso; todos estábamos de acuerdo. Pero en cuanto hubo elecciones, los partidos que obtuvieron un peor resultado que antes, optaron por ponerse en contra de la misma ley que habían apoyado. Sobre esta ley electoral se ha dicho una gran cantidad de tonterías. Por ejemplo, se culpa de la desproporcionalidad a un señor que se llama d'Hont y él no tiene la culpa de nada. Victor d'Hondt fue un jurista y matemático belga que desarrolló un sistema de reparto de escaños. Lo que desproporcionaliza es que existen cincuenta y dos circunscripciones electorales, que se corresponden con las cincuenta provincias y las dos ciudades autónomas de Ceuta y Melilla. De tal manera que si un partido tuviera los votos distribuidos homogéneamente en todo el país, obtendría más escaños que si no fuera así. Es decir, en una provincia que cuenta con pocos diputados para elegir se necesitan menos votos a la hora de obtener un escaño que en una circunscripción con muchos diputados.

En los comicios en los que solo existe una circunscripción —como por ejemplo las elecciones europeas, en las que todo el territorio nacional es una única unidad— la proporción es absolutamente pura. Lo curioso es que al final se reproduce la misma distribución de partidos que en las elecciones legislativas. Ello demuestra que en España está muy consolidado el afecto hacia un partido u otro: los electores son muy firmes y la tendencia del voto no es tan volátil como se piensa. La ley electoral es buena, ha sido avalada por los mejores teóricos que hay en Europa, pero en este país algunos creen que se gana o se pierde, no en función de los votos, sino en función de la ley, y eso no es verdad. Nuestra norma ha otorgado estabilidad y proporcionalidad; ambas cualidades juntas son el ideal para una ley electoral.

A este respecto recuerdo que en Francia, durante la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing, se cambiaron los distritos electorales, haciendo lo que se llamaba entonces «longanizas», que beneficiaban a la derecha. Los compañeros socialistas estaban muy preocupados y me consultaron qué podían hacer ellos para ganar las elecciones con este cambio de distritos. «Mirad, lo que hay que hacer es trabajar para tener votos», fue mi respuesta. Resultó que en las siguientes elecciones, ya con esa nueva ley que tanto les asustaba, el partido socialista francés obtuvo mayoría absoluta. «Lo veis —les dije— no es solo cuestión de los distritos, sino de tener votos».

«OTAN, de entrada, no»

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Comunidad Económica Europea (CEE), antecesora de la actual Unión Europea, eran dos cuestiones que estaban ligadas entre sí. No para nosotros, pero sí para los demás socios europeos, que no favorecían un fácil ingreso en la CEE si nosotros no dábamos algún paso de aproximación a la organización militar. El

problema de la OTAN residía en que se tomó la decisión de entrar sin consultar a nadie. El presidente del Gobierno de entonces, Leopoldo Calvo-Sotelo, solicitó la entrada el 2 de diciembre de 1981 sin contar con nadie.

A nuestra solicitud de explicaciones por tamaña decisión, Calvo-Sotelo respondió simplemente con que había que hacerlo. Entonces Felipe González, que siempre ha tenido sus prontos —lo mismo ocurrió con el asunto del marxismo en el PSOE—, respondió: si ustedes nos meten sin contar con nadie, nosotros haremos un referéndum. Esta reacción de Felipe nos sorprendió a todos, porque no habíamos hablado de ello.

Ello nos obligó a diseñar una campaña de propaganda a favor del referéndum contra la OTAN. Hice la campaña junto con Guillermo Galeote, pensé y repensé el lema, le di todas las vueltas del mundo. Al final resultó una frase muy sutil, que decía: «OTAN, de entrada, no». No decía: «OTAN no», sino «OTAN, de entrada, no». Esta formulación permitía una coartada, una vía de escape, una válvula de salida; incluía un doble juego intencionado. Cuando llevé esta propuesta a la dirección del partido me encontré con su rechazo: no les parecía un mensaje claro, pensaban que había que optar por «OTAN no». Mi respuesta fue: «Permítanme ponerlo así, porque dentro de un tiempo ustedes van a cambiar de parecer. ¿Y qué hacemos entonces? Dejen abierta una salida».

Curiosamente, los que más se opusieron al lema propuesto fueron el propio Felipe González, Enrique Múgica, habitualmente moderado, y Javier Solana, que llegó a ser secretario general de la OTAN. Cuando, una vez en el Gobierno, llegó el momento de plantear el referéndum, la mayoría de los ministros rechazaban la idea; pensaban que no había que convocarlo. «Pero vamos a ver —pensaba yo—, si este Gobierno nuevo, después de cuarenta y dos años sin libertad, le ha dicho a los ciudadanos que va a preguntarlos por su parecer, si nosotros fallamos y no consultamos, nuestro crédito queda por los suelos. No nos queda más remedio que hacerlo».

«En interés de España. Vota sí»

Y claro, convocamos el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN para el 12 de marzo de 1986. Del lema de «OTAN, de entrada, no», de 1982, habíamos pasado al «En interés de España. Vota sí.». Lo curioso es que nadie quería hacer los mítines; Felipe solo intervino en uno, el último, y lo hizo muy bien, por cierto. Recuerdo un mitin mío en Asturias, que era una plaza muy dura; los mineros eran muy radicales y coreaban «OTAN no, OTAN no». Pero yo mantenía una muy buena relación con los mineros asturianos; a mí me querían mucho. Aunque el sindicato UGT les prohibió que asistieran a mi mitin en un polideportivo de Oviedo, los mineros organizaron secretamente unos autobuses y vinieron.

Cuando vi el polideportivo abarrotado de mineros, me dije: «Aquí va a ser muy difícil sacar un aplauso en favor de lo que vamos a decir». Y, efectivamente, a los compañeros que me precedieron los aplaudieron muy tímidamente. Justo cuando iba a iniciar mi intervención, se organizó una bronca tremenda, no de los mineros, sino por parte de un grupo de estudiantes de arquitectura, que estaban en pie de guerra por una ley de atribuciones que les disgustaba.

Fue entonces cuando los mineros —que veían que los que ellos consideraban unos «señoritos» estaban abroncándome— saltaron con el puño en alto al grito de «OTAN sí, OTAN sí». Cuando vi aquello, pensé: «Esto está ganado. Si los mineros están con el puño en alto coreando lemas a favor de la OTAN, la victoria en el referéndum está hecha. Vamos a ganar, seguro». Vaticiné que tendríamos una ventaja de diez puntos o más y finalmente ganamos por más de trece puntos de

diferencia: un 56,85 por ciento por el «sí» a la OTAN, frente a un 43,15 por el «no».

La incoherencia de la derecha

Ganamos en absoluta soledad el referéndum de la OTAN, cosa que en parte nos ayudó. Porque la izquierda radical estaba en contra, pero es que la derecha también: el líder de un partido proatlantista como Alianza Popular, Manuel Fraga, optó por la abstención, en la confianza de que este referéndum podía tumbarnos. La sociedad, que tiene una intuición y un olfato especiales, cuando vio todo aquello se dijo: «Si la derecha, que siempre ha sido "otanista", ahora se vuelve en contra del sí, eso no es por la OTAN, sino por otros intereses». Estoy convencido de que esa incoherencia, esa muestra de falta de principios de Alianza Popular, nos ayudó. La derecha española cometió ahí un error gravísimo, que nunca le perdonó la derecha europea. El triunfo en la OTAN nos dio al Gobierno una seguridad tremenda, porque nos habíamos enfrentado a la adversidad máxima, con todos en contra, la derecha, la izquierda; y ganamos. Aquello nos fortaleció muchísimo.

Por otro lado, sabíamos que en la Unión Africana se había tratado dos veces el tema de Canarias como territorio independiente de España, y Estados Unidos no había dicho una sola palabra; todo estaba ligado a si nosotros íbamos a permanecer en la OTAN o no. Y además había otro dato muy importante: Mijaíl Gorbachov ya era secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética y el escenario cambió mucho con la *glasnost* (transparencia) y la *perestroika* (reestructuración), que acabarían en última instancia con la URSS y el Pacto de Varsovia.

Una campaña innovadora

En las jornadas electorales en mi despacho montábamos un conjunto de ordenadores para seguir los comicios. Siempre, en torno a las once o las doce de la mañana, el presidente del Gobierno venía a mi despacho para ver el procedimiento. Pero el día del referéndum de la OTAN Felipe no quiso acercarse. Fui a buscarlo varias veces para que se acercara y solo aceptó venir a las siete de la tarde, cuando faltaba una hora para cerrar los colegios. Le dije que estuviera tranquilo, que ganaríamos por diez o más puntos. Al final fueron trece y pico.

La del referéndum de la OTAN fue una campaña muy buena, muy bien hecha. Incorporé algunas innovaciones en los mítines, que hoy en día ya son moneda común porque las utiliza todo el mundo. Hasta entonces lo habitual era situar en el escenario una mesa muy larga, en la que se sentaban todos los oradores, y de ahí se levantaban para hablar. Yo decidí retirar la mesa y mantener solo al orador sobre el escenario; algunos criticaron este concepto, tildándolo de «faraónico». Quise introducir más novedades, pero no se adoptaron. Puse el micrófono volante para que nadie se agarrara al atril. Quité el atril y empecé a hablar paseándome: eso causó mucho impacto, pero no me siguieron. Incluso pedí una pasarela que se metiera entre el público, como en los conciertos de *rock*, pero no se atrevieron.

A Europa por la puerta grande

La entrada en la Comunidad Económica Europea no fue un camino de rosas. Estando ya nosotros en el poder, la adhesión de España no parecía muy clara, sobre todo por la actitud de Francia. En ese momento su presidente era Valéry Giscard d'Estaing, que puso bastantes obstáculos,

fundamentalmente para proteger a sus agricultores. Por aquel entonces era habitual que grupos de campesinos galos pararan los camiones españoles en su paso por territorio francés y vaciaran la carga sobre el asfalto. Tuvimos bastante más apoyo por parte de Alemania.

La posición de Francia cambió con la llegada del presidente François Mitterrand que también nos respaldó, y así nos incorporamos a Europa por la puerta grande. Entramos exhibiendo una manera de gobernar y hacer que nuestros nuevos socios apreciaron muchísimo; contamos con un gran prestigio. Muchas de las cosas que implementó la Comunidad Económica Europea en estos comienzos se debieron a nosotros: los grandes recursos o los fondos de cohesión fueron una aportación nuestra que benefició enormemente a algunos países, muy especialmente a España e Irlanda.

Los fondos de cohesión fueron de gran importancia: trajeron muchos recursos en muy poco tiempo. Eso permitió afrontar a partir de 1986 una operación de cambio de infraestructuras poderosísima. Ahora mismo España es el primer país de Europa en kilómetros de vía de tren de alta velocidad, porque entonces se hicieron unos esfuerzos extraordinarios que hay que continuar. Con la entrada en la CEE España cambió, cambió bastante.

El error de Maastricht

El Tratado de Maastricht, firmado el 7 de febrero de 1992, fue un error, porque estableció un máximo de déficit presupuestario para los países del 3 por ciento. Yo discutí mucho esta decisión. ¿Por qué los países tienen que sufrir castigos y sanciones si en un momento determinado superan ese límite de déficit? Se trata de una medida arbitraria, hay que mostrar cierta flexibilidad. Lógicamente no se puede aceptar un déficit del 15 por ciento, porque entonces los países se arruinan, pero la autoridad tiene que ejercer un control flexible.

También me pareció un gravísimo error, más grave todavía, la ampliación de la Unión Europea a veintisiete miembros. No existía capacidad en Europa para incorporar a los países del Este: venían en unas condiciones de desarrollo medievales y todos se incorporaron prácticamente de una tacada.

Pero soy un gran admirador del proyecto europeo. En Europa hubo guerras continuamente, durante siglos y siglos, casi siempre protagonizadas por Alemania y Francia, siempre hablaban los cañones, nunca hablaban las personas. Y cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, en 1950 se da a conocer el proyecto de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, por una vez se empieza a hablar entre europeos sobre materias de producción, de compra, de venta. El pasar de hablar de cañones a hablar de hortalizas y del precio de los pepinos podría parecer muy poca cosa, pero fue muy importante. Tanto en España como en Europa, todas aquellas generaciones habían conocido la guerra. Ninguno de nosotros ha vestido el uniforme con una metralleta en la mano; es un regalo magnífico de Europa. El proyecto europeo es lo mejor que se ha hecho entre regiones en el mundo: unir a tantos países con una moneda común, sin fronteras, todo eso es maravilloso. Luego hay cosas concretas con las que no estoy de acuerdo, pero eso no eclipsa el gran proyecto europeo.

La inyección ideológica

Yo daba mítines verdaderamente gloriosos. La reacción de la gente siempre ha sido extraordinaria. Solía utilizar la misma técnica: empezaba la intervención diciendo las cosas en

tono de humor para que la audiencia se relajara y no estuviera tensa. Y una vez que estaban distendidos, entonces metía lo que llamo «la inyección ideológica», que entraba muy bien. Se trataba de una mezcla de estilos que le gustaba mucho a la gente, que además se divertía. A mí, en el fondo, no me agradaban los mítines. Con frecuencia me han preguntado: «¿Cómo es que no te gustaban esas arengas que entusiasmaban tanto a la gente?». Pues porque lo que yo decía en los mítines ya había pasado por mi cabeza varias veces. La gente se sorprendía de lo que yo inventaba, pero a mí no me llamaba la atención lo más mínimo. Sin embargo, sí funcionaba para el público que me escuchaba.

«Rezamos todos los días por usted»

Cuando a mí me nombraron presidente de la Comisión Iglesia-Estado, el cardenal Tarancón, que era muy astuto y una persona con gracejo, comentó: «¿Cómo es posible que el presidente de la Comisión sea Alfonso Guerra? Es como si a mí se me estropea un grifo y me mandan un carpintero para que lo arregle». Con ello quería expresar, en tono de broma, que yo estaba muy alejado de los asuntos de la Iglesia; y llevaba razón, no creo en ninguna religión. Otro día, con anterioridad a mi nombramiento como presidente de la Comisión recibí una llamada de un obispo, que quería hablar con un representante del PSOE. Le indiqué que ya contábamos con dos portavoces, Gregorio Peces-Barba y Reyes Mate. Ni corto ni perezoso el obispo respondió: «Sí, pero esos son de los nuestros, y nosotros queremos hablar con el enemigo».

Así me encontré presidiendo la Comisión, con los ministros de Educación y de Justicia, por nuestra parte, y el presidente de la Conferencia Episcopal y dos o tres obispos más, en representación de la Iglesia. Desde el primer momento puse las cartas sobre la mesa y advertí: «Miren, aquí estamos para ponernos de acuerdo el Estado y la Iglesia, y nosotros tenemos la voluntad de hacerlo. Las cuestiones que afecten a la condición social y humana de los componentes de la Iglesia, nosotros vamos a atenderlas siempre. Si ustedes, pongamos por caso, tienen un problema con un convento en el que hay cincuenta monjas que no disponen de Seguridad Social, les garantizo que en un día se lo arreglamos. Ahora bien, no cuenten con recursos del Estado para altares e imágenes. En este punto no vamos a ceder; esos gastos que los cubran sus feligreses».

Los obispos apreciaron mucho esa sinceridad. A la postre todos ellos hablaron muy bien de aquellas conversaciones. Yo tuve mucha relación con el secretario de la Conferencia Episcopal, Fernando Sebastián, con el que llegué a entenderme muy bien. Desgraciadamente, en un momento dado él se enfrentó conmigo de manera muy virulenta por asuntos relacionados con la financiación de la Iglesia. Tuvimos un intercambio de cartas muy duro, pero pasados unos años él me escribió rectificando. Ciertamente, tuve muy buena relación con los obispos. Me hacía mucha gracia, porque yo bromeaba con ellos, y me respondían: «Rezamos todos los días por usted». A lo que yo replicaba: «Entonces ya debo de tener indulgencia plenaria; si mato a un obispo, no me pasa nada, ¿no?». Y se reían.

Claridad con el Ejército

Desde el Gobierno tuvimos mucho temple con los poderes fácticos para ir apaciguando el ambiente y normalizando las relaciones. Conseguimos cambiar las cosas, siempre con buen talante; con espíritu de acuerdo, no de confrontación. La primera visita de Felipe González como

presidente a los miembros de las Fuerzas Armadas fue a la División Acorazada Brunete, cerca de Madrid. Aquel encuentro fue muy importante: los militares se dieron cuenta de que el Gobierno tenía interés en que el Ejército estuviera bien y funcionara. Pero cometimos un error por falta de práctica, del que me di cuenta enseguida. Todos los generales, jefes y oficiales asistieron acompañados de sus esposas, y el presidente del Gobierno no fue con la suya. Eso creó un cierto malestar entre las esposas y jefes. Tenemos que arreglarlo, dije; debemos invitar a la plana mayor del Ejército con sus esposas a comer a La Moncloa y que esté la mujer del presidente. Eso engrasó mucho la relación. Pero sobre todo lo que funcionó con los militares fue nuestra claridad; y eso no lo digo yo, me lo transmitían ellos. Me confiaron que con los Gobiernos anteriores, por su forma de explicarse, acababan no sabiendo qué tenían que hacer. Porque el Ejército tiene una línea de mando que debe ser clara, sin ambigüedades.

Y luego, otro momento muy importante en nuestra relación con las Fuerzas Armadas fue en enero de 1984, cuando ETA asesinó al capitán general Quintana Lacaci. A mí me tocó ir al Cuartel General del Ejército de Tierra, situado en el palacio de Buenavista, en la plaza de Cibeles, para ver cómo se organizaba el funeral. Al llegar allí, les sugerí a los generales presentes que debíamos situar el coche fúnebre en Cibeles para sacar el féretro. Me respondieron: «Por Cibeles no, lo sacamos por la calle de la ONCE». «No. ¿Vamos a sacar a escondidas a un militar que ha dado su vida por la defensa de la democracia? De eso nada, lo hacemos por Cibeles», contesté. Me explicaron que en la salida de la plaza se situaban grupos de extrema derecha para insultar al Gobierno; y por eso buscaban un lugar más discreto. «Pues que nos insulten», respondí. Esta situación cambió radicalmente todo.

Ese día vino a dar el pésame el que había sido ministro de Defensa, Agustín Rodríguez Sahagún, y me vio departiendo tranquilamente con los generales. Me cogió del brazo y me preguntó: «Oye, ¿pero esto qué es? Yo cuando he tenido funerales había mucha tensión con los jefes, y resulta que te veo departiendo con ellos». Le conté lo sucedido y respondió: «No sé si sois unos valientes, o muy inteligentes». A lo que añadí: «Oye, podríamos ser las dos cosas».

Cuando iba al País Vasco tras un atentado, los guardias civiles me transmitían: «Ustedes se meten en el fango con nosotros, antes eso no era así». Eso engrasó mucho las relaciones con los militares. Y la OTAN también ayudó. Hizo que los militares españoles viajaran al extranjero y conocieran a militares de otro tipo. Recuerdo que la primera vez que tuvieron una reunión en Viena los llevaron a escuchar la Orquesta Filarmónica y volvieron encantados. Eso aquí no se hacía. También aprendieron idiomas. Todo este cúmulo de cosas, toda esta apertura, facilitó mucho la relación del Gobierno con las Fuerzas Armadas.

Sanidad, educación y pensiones

El Estado del bienestar fue otro de nuestros objetivos. Comprobamos que en España había tres millones de personas que no cobraban ningún tipo de pensión. Había seis millones de españoles que no tenían derecho a la Seguridad Social, y había casi un millón y medio de niños en edad escolar que no tenían plaza asegurada. Nos propusimos acabar con estas situaciones. Establecimos la universalización de la educación, obligatoria y gratuita, hasta los dieciséis años. Mandamos a la escuela al millón cuatrocientos mil niños sin escolarizar, lo que costó un gran esfuerzo. De una vez dimos derecho a la Seguridad Social a los seis millones que no la tenían, y tres millones de españoles que no tenían pensiones empezaron a cobrar las no contributivas. Eso se hizo en el plazo de tres años y consumió un montante de recursos muy elevado. Para ello

tuvimos que retrasar un par de años nuestros proyectos en infraestructuras, carreteras y ferrocarriles. En los años ochenta del siglo XX por primera vez todos los españoles tenían derecho a la educación, a la sanidad pública y a una pensión, aunque no hubieran cotizado nada. Supuso una heroicidad que a los países europeos les costó cincuenta años; nosotros lo conseguimos en tres años. Fue muy arriesgado y costoso, pero ¿para qué hacer muchos palacios de congresos y edificios singulares si la gente no tiene médicos, si no cobra nada cuando llega a la edad de jubilarse, o si hay niños que no tienen escuela?

Durante la dictadura, en mi tierra, en un pueblo de Sevilla, Carmona, el gobernador visitó el pueblo y le explicaron que tenían cuarenta niños sin escuela. Y el gobernador, en su discurso dijo: «Ya sé que tenéis problemas, y que aquí sobran cuarenta niños». No, no sobraban cuarenta niños, faltaban cuarenta pupitres. Nosotros lo hicimos al revés, aquí no sobraba nadie. Las tres grandes reformas —sanidad, educación y pensiones— supusieron un cambio fenomenal para la gente.

Recuerdo una ocasión en que se me acercó una señora para decirme: «Ustedes me han dado una pensión. Yo nunca he cobrado nada, y ahora puedo comprarme un bolso que llevo muchos años queriendo tener». ¡Un bolso! Lo que para nosotros eran decisiones políticas, a los ciudadanos les cambiaba la vida; fue estupendo poder comprobarlo y yo estoy muy satisfecho de haber contribuido a la felicidad de algunas personas. En otra ocasión un señor mayor me dijo: «Mire, ustedes pueden equivocarse en algunas cosas, pero cuando los critiquen no hagan mucho caso, porque mi nieto ha roto ya más zapatos que yo en toda mi vida. Yo nunca he tenido, siempre he llevado alpargatas».

En el año 1982 España estaba dividida en dos: la España rural y la urbana. La diferencia era brutal, se trataba de dos Españas completamente diferentes. Eso se borró cuando empezamos a hacer estas reformas. Ahora en casi todos los pueblos de cierto tamaño hay un lugar para los ancianos, un polideportivo, una piscina abierta y algunas cubiertas con agua caliente, una casa de cultura, una biblioteca… Todo eso se ha construido en muy poco tiempo y eso es lo que cambia la faz de un país. Hoy en día existe mucha gente que se establece voluntariamente en los pueblos, porque se vive mejor que en la ciudad: no hay tráfico, no hay angustias, no hay estrés, y cuentan con todos los servicios de los que hasta entonces se carecía. Antes esto era imposible e inimaginable: en los pueblos no había nada.

La reconversión industrial

La reconversión industrial fue muy difícil, pero también un gran acierto. Se trató del primer choque que tuvimos con grupos amplios de trabajadores. Hasta el punto de que cada mañana a las nueve delante de mi balcón se reunían cien o doscientos trabajadores gritando: «Felipe, Guerra, Sagunto no se cierra». Y así todos los días. La metalurgia española estaba produciendo mucho y vendía a un precio por debajo de su coste. Era imposible sostenerla; era una subvención encubierta que pagaban todos los españoles.

Llegamos a la conclusión de que no había más remedio que actualizar absolutamente toda la industria del acero. Suponía poner en la calle a un número importante de trabajadores, pero con la perspectiva de que, una vez renovado el sector, volverían a trabajar. Y eso fue lo que ocurrió: aquellos puestos de trabajo, que estaban en riesgo porque eran deficitarios, al poco tiempo, tras la reconversión industrial, pasaron a ser puestos fijos asegurados, produciendo a un precio muy inferior a aquel que obtenían vendiéndolo después. Sagunto se pudo salvar: se cerró y se abrió tal

y como habíamos previsto. Pero tener enfrente a los trabajadores, oírlos decir «ustedes no me echan a mí, no me quitan mi trabajo», fue muy duro.

La reconversión industrial produjo enfrentamientos dentro incluso del Gobierno. Era necesaria alguna contraprestación para los trabajadores que se quedaban sin empleo y en el ministerio de Economía no eran partidarios. Se produjo una reunión de la dirección del partido con los ministros, en la que hubo una gran discusión entre José Luis Corcuera, sindicalista entonces, y el ministro de Economía, Carlos Solchaga. Yo apoyé a Corcuera; al final se impuso nuestra opinión y aprobamos unas contraprestaciones que aliviaban un poco la situación de los trabajadores. Fue un momento muy complejo, pero que a la postre se resolvió bastante bien.

Benegas, uno de los grandes

En la etapa de Gobierno yo seguía siendo también el vicesecretario del PSOE. Pero quien llevaba de verdad las riendas de la organización del partido era Txiki Benegas. Él se instaló en la sede del partido, en el despacho del secretario general, y desde allí dirigía la organización. Tengo que añadir que Benegas es para mí uno de los mejores políticos españoles del siglo XX.

Era una persona con una extraordinaria capacidad de comprensión para los problemas y con una fabulosa mano izquierda a la hora de tratar con la gente. Supo esquivar con habilidad los grandes conflictos y tenía una visión política fantástica. En el parlamento protagonizó algunos debates de enorme nivel: tuvo uno con Fraga Iribarne sobre el título octavo de la Constitución, sobre el asunto del territorio, en el que estuvo magistral. Posteriormente, con el ministro del interior de UCD, Juan José Rosón, sostuvo un debate sobre el terrorismo verdaderamente extraordinario. Era un político muy bueno y no tan bien valorado por los medios como debiera. Un gran político, uno de los grandes.

El socialismo de lo pequeño

Siempre debe primar la acción del Gobierno sobre la del partido. En un partido se administra a voluntarios; desde el Gobierno se administra a todos, a los que apoyan al ejecutivo y a los que no. Para entendernos: en el partido te ocupas de tu tribu, mientras que en el Gobierno te ocupas de todas las tribus. Has de pensar en los intereses colectivos, en los de la nación, del Estado, de cada uno de los ciudadanos.

Es muy importante ocuparse de las pequeñas cosas. Recuerdo que a veces me criticaban por asuntos increíbles, como que yo me empecinaba en que no subiésemos el precio de la bombona de gas butano. «Oiga, es que eso afecta a millones de españoles de una manera muy seria. Subir veinticinco pesetas en el precio del butano es un drama para mucha gente», les respondía. O sea hay que estar en lo pequeño. Txiki Benegas lo expresaba así: «El socialismo de lo pequeño». Los grandes números son esenciales: hay que tener un presupuesto equilibrado, controlar la inflación, etcétera. Pero yo pretendo ocuparme también de las pocas pesetas que tiene la gente para calentarse y comprar butano.

Evitar las equivocaciones

Estoy más orgulloso de lo que evité que se hiciera que de aquello que hice. Hay infinidad de tareas que realizar desde un Gobierno, si se tienen ideas y se sabe lo que se quiere hacer. Es muy

importante lo que se construya. Pero evitar o deshacer las cosas que consideras equivocadas en la acción del Gobierno, eso es aún más importante. Yo presidía la Comisión de subsecretarios y secretarios de Estado, que era la reunión que daba paso al Consejo de Ministros. Los documentos llegaban a la Comisión y lo que no veíamos bien, no desembocaba en el Consejo. Había cosas que no funcionaban, que debían modificarse o directamente se eliminaban.

Nosotros enviábamos los documentos con carpetas de colores, como un semáforo: verde, para aquellos asuntos sobre los que no había conflicto y se podían llevar directamente al Consejo; amarillo, para las cuestiones que requerían de una discusión; y rojo, para los temas descartados. De esta manera sorteamos muchos problemas, evitamos que se hicieran cosas que a mí me parecían una barbaridad, un despropósito. Es por eso que afirmo que estoy más orgulloso de los errores que no cometimos que de los aciertos que tuvimos.

5

SEGUNDA LEGISLATURA SOCIALISTA

La huelga general del 14-D

Las dificultades con la Unión General de Trabajadores arrancaron en 1985 cuando se redactó una nueva ley de pensiones que el sindicato no aceptaba. El Gobierno tuvo el buen criterio de permitir a los trabajadores que se jubilaban que eligieran entre el método de cálculo antiguo y el método nuevo; todos se decantaron por el nuevo, lo que demostró que el ejecutivo había acertado en su reforma. La UGT quedó en una situación incómoda, porque mantenía que se trataba de una rebaja en las condiciones de la prestación, y se puso totalmente de frente al Gobierno. Es entonces cuando empezaron los choques con la UGT. Y luego, en política, cuando dos personalidades colisionan, ya se convierte en un enfrentamiento cuasi personal. Había una gran dificultad de entendimiento entre el Gobierno y el sindicato.

El 14 de diciembre de 1988, Comisiones Obreras y la UGT convocaron una huelga general contra la reforma del mercado laboral. Fue un gran éxito para ellos. Hay que tener en cuenta que la víspera, a las 12.00 de la noche, la señal de Televisión Española fue a negro y eso supuso una señal inequívoca de que la huelga iba a triunfar. Yo se lo había advertido al presidente del Gobierno: «Van a ir a por la televisión, hay que controlar las instalaciones de Guadarrama, vigilar el repetidor». Me respondieron que no me preocupara, que eso lo tenía bajo control la directora general. Ella aseguró que lo iba a hacer y no fue así. Y cuando vi que la pantalla se fue a negro, a las 12.01, hablé con el presidente del Gobierno para trasladarle que la jornada de huelga iba a ser un éxito total para los sindicatos: cuando a la gente le quiten la televisión en su casa, todo quedará paralizado. Y así fue.

Cuando un sindicato planta batalla y gana la partida, después tiene que negociar. Inicialmente no quisieron sentarse a la mesa: nos costó muchísimo; hasta finales de enero no estuvieron dispuestos a reunirse. Era una actitud arrogante: el triunfo por el triunfo. Pero el sindicalismo no es así: si tuerces el brazo al Gobierno tienes que arrastrarlo a la mesa para exigirle una contraprestación. Pero eso les costaba mucho, pensaban más en el éxito conseguido que en qué ganar para los trabajadores. No supieron aprovechar el tirón y la cosa quedó en mucho menos de lo que había sido.

La moción de censura de 1987

Un año antes de la huelga general, Felipe González se tuvo que enfrentar a una moción de censura, presentada por Alianza Popular (AP) el 23 de marzo de 1987. Fue una defensa muy fácil, porque el candidato, Antonio Hernández Mancha, sucesor de Fraga, era un hombre que no tenía mucha experiencia política; no era diputado, sino senador, y no era conocido en el parlamento. Yo hice una intervención contra él muy dura, oponiéndome a la moción, que lo dejó muy desarbolado. Aquella moción fue un error porque después cayó el líder: Hernández Mancha era un cordobés nacido en Badajoz, una buena persona, pero no tenía el bagaje para llevar

adelante una moción de censura; desapareció de la política casi inmediatamente.

El liderazgo

El liderazgo es un bien muy escaso y muy difícil de obtener; no hay tienda donde comprarlo. O se tiene o no se tiene. Felipe González era un líder nato, no cabe ninguna duda. Pero lo importante es la distinción entre el líder cooperativo y el no cooperativo. Existe el líder que, como ya es líder y se ve como tal, desea hacerlo todo él solo; a eso se llama el síndrome de *hybris*, término griego que significa desmesura. Se trata de un líder muy negativo; siente que nadie vale nada más que él. Una de las enfermedades más frecuentes de los líderes es la soberbia, el creerse mejor y más listo que los demás.

El líder ha de ser cooperativo, tiene que reunir a gente muy buena —a ser posible y, en algunos aspectos, mejor que él—, que posea los conocimientos de los que él carece. «Si de esto no entiendo, pues me traigo al que sabe», ha de ser su forma de razonar. Ese es el líder que hace el bien a su país. ¿Cómo se mide la acción del liderazgo? El verdadero líder es el que logra cohesionar a su nación; es lo fundamental desde mi punto de vista. Si ha dividido la sociedad, ese líder, por mucho carisma que tenga, no me interesa. Para cohesionar el país tiene que ser un líder cooperativo, escuchar mucho y establecer una asociación, una negociación. Toda conversación es una negociación en la que se tiene que ceder algo a cambio de que el otro te respete, que reconozca tu liderazgo; esos son los líderes que funcionan.

El buen político

Un buen político debe poseer cierto carisma, poder de atracción en relación a las ideas que explica, una personalidad fuerte. Eso es lo que se ve, lo que se percibe desde fuera. Pero lo más importante es que debe tener oficio y convicciones. Si carece de creencias firmes, de unas ideas que quiera plasmar en una acción política, de Gobierno, de lo que quiere hacer con su país, ¿a dónde nos lleva ese líder? A ninguna parte.

Si no tiene oficio va a ser un incompetente. Las dos características son necesarias para el buen político. Y, por supuesto, contar con un espíritu cooperativo: que no crea que es el único entendido, que asuma que sus colaboradores pueden saber más que él y que eso le beneficia. Hay personas que tienen enormes conocimientos, pero que carecen de la capacidad de exponerlos a la sociedad.

Como político puedes tener de colaborador a una persona que es mejor que tú, tanto en sabiduría como en conocimientos, pero que no va a estar nunca en un primer plano porque carece de esa atracción personal. Eso ocurre incluso en la vida ordinaria: hay personas que sin conocerlas, nada más verlas, transmiten una gran empatía, y otras que carecen totalmente de ella.

También me ha ocurrido a mí, concretamente respecto a dos actos inconscientes con los que yo sembraba, según me dijeron, el desconcierto en los demás. Yo desconocía este extremo del que me he enterado al cabo del tiempo. En una conversación con Adolfo Suárez, cuando él ya no era presidente, me dijo que ellos, en la UCD, se desconcertaban, se asustaban mucho, cuando yo desde la tribuna me pasaba la mano por el cabello. ¡Qué cosa más curiosa! Respondí a Suárez, bromeando, que a partir de ese momento iba a utilizarlo con más frecuencia. Suárez también me confesó que cuando él estaba en la tribuna, y yo fijaba mi mirada en él, le era imposible retirar la vista de mis ojos.

La otra situación se produjo en una reunión en mi despacho. Estaba en una conversación con una persona y, de repente, en un momento determinado, se puso en pie, se despidió y se fue. Consulté a mi secretario si había ocurrido algo, a lo que él me respondió, preguntando si me había quitado las gafas poco antes del final de la conversación. Le respondí que quizá. «Es que cuando te quitas las gafas todo el mundo entiende que la reunión se ha terminado», me explicó. Yo no tenía ni idea de la existencia de esta creencia. Era una cosa absurda.

O sea, que el poder depende mucho del que te otorgan los demás, no tanto del que tú tienes. Si los demás deciden que quitarse las gafas es una actitud conminatoria, eso funcionará aunque tú no lo sepas. Son leyendas que se crean y que al final producen sus efectos, incluso sin que el actor principal sea consciente de ello.

Olof Palme y otros líderes de altura

He conocido a muchas personalidades políticas de gran altura, pero quien me impactó más como líder, como responsable político, como hombre que orientó la cultura de su país, fue el primer ministro sueco Olof Palme. Era una persona de una humanidad y una categoría extraordinarias. Sencillo, muy sencillo, con una sabiduría y un carisma fantásticos. Lo asesinaron en 1986, cuando volvía del cine con su mujer. Yo lo traté, y realmente era un hombre fantástico.

El canciller alemán Willy Brandt era otra gran personalidad. Con Bruno Kreisky, canciller austríaco, que a mí me entusiasmó, descubrí a un hombre de una gran humanidad. Una persona muy sabia, pero que era un poquito más frío, era el canciller alemán Helmut Schmidt. Y por su frialdad aún mayor destacaba François Mitterrand, que tenía una cualidad de liderazgo nata. Parecía un condotiero, un monarca de una ciudad-estado italiana, distante, pero con una cabeza y una pluma extraordinarias. He conocido muchos buenos líderes. El panameño Omar Torrijos era otra gran personalidad. Fue un dictador que se dio cuenta de que no quería seguir siéndolo. Era un tipo con una cabeza muy buena: hablaba muy poco, pero cuando lo hacía se acababa la discusión.

Thatcher, Reagan y Gorbachov

La primera ministra Margaret Thatcher era una persona con mucha personalidad, pero de una soberbia insoportable. En mi opinión, no hizo bien para su país: su política económica se apreció mucho por parte de ciertos sectores, pero el país perdió valores muy fundamentales. El *bobby*, el policía de la calle, era algo que se respetaba absolutamente y ella hizo que eso ya no fuera así. Los ferrocarriles, que eran magníficos, fueron víctimas de la política privatizadora: las vías, los vagones, todo el sistema ferroviario, sufrieron una decadencia tremenda, sin mantenimiento, con muchísimos accidentes y numerosos muertos. Thatcher hizo las cosas aparentemente muy bien, pero al final fue muy perjudicial para su país.

El presidente de Estados Unidos Ronald Reagan fue también un político singular. No llegué a conocerlo, porque yo tenía una intervención con Tierno Galván en el Instituto Nacional de Industria, el mismo día y a la misma hora en la que Reagan daba una conferencia en Madrid. Algunos me han encuadrado en el bando antiamericano dentro del Gobierno: eso son chorradas. Estados Unidos tiene cosas maravillosas y he viajado mucho allí. Varias veces he dado cursos en la universidad de Middlebury, cerca de la frontera con Canadá. Allí fueron como refugiados muchos de los grandes profesores e intelectuales españoles al finalizar la guerra: Fernando de los

Ríos dio muchas clases allí, Pedro Salinas también. Soy un admirador de muchas cosas de Estados Unidos, aunque hay otras que no me gustan nada. Es un gran país; realmente son muchos países, porque depende de donde vayas, las gentes y el paisaje son muy diferentes. Yo no soy nada antiyanqui, pero claro, cuando en los países latinoamericanos Estados Unidos montaba un golpe de Estado contra la democracia, yo estaba en contra.

El líder de la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov fue un gran tipo. Yo lo defendí todo lo que pude. Lo conocí, hablé mucho con él, y me parecía una persona muy injustamente tratada por un alcohólico infame como Boris Yeltsin, que era al que apoyaban todos los Gobiernos del mundo. Yo hice una declaración contraria a Yeltsin porque bombardeó el parlamento cuando unos diputados comunistas se encerraron en él. Fueron palabras muy duras, que me valieron muchos insultos. La democracia hay que respetarla, sin subterfugios de ningún tipo.

Fidel Castro, déspota y seductor

Fidel Castro era un gran tipo. Tenía una curiosidad tremenda, sobre todo por España. Lo sabía todo y lo leía todo sobre nuestro país. He tenido extensas conversaciones con él —él siempre hablaba muy largo— y he podido expresarme con una claridad y una sinceridad con la que creo que nadie le ha hablado. Hay anécdotas extraordinarias. Yo le decía: «Fidel, tú tienes que hacer una cosa parecida a lo de España, una transición pilotada por ti, tienes que traer la democracia a Cuba sin que haya conflicto violento». Y él, que tenía la costumbre de darte con el dedo en el pecho, decía: «Sí, sí, pero antes esperasteis a que se muriera el monstruo». Y yo replicaba: «O sea que el monstruo eres tú, hay que esperar a que tú mueras».

Era un tipo muy inteligente, pero llevaba casi cuarenta años en un entorno que le decía a todas horas del día «eres el mejor, eres el más guapo, eres el más listo»; y eso no lo soporta nadie. Era una persona muy lúcida, pero cuando la vanidad te la alimentan todos los días, a todas horas, pues acabas creyéndote el no va más.

Fidel trataba despóticamente a sus colaboradores; ese fue el motivo por el cual tuve un enfado con él. En una ocasión los estadounidenses me pidieron que hiciera de mediador entre él y la administración Clinton. Para ello tuve una reunión con él, una cena en el palacio del Consejo de Estado en La Habana. Estábamos reunidos todo su Gobierno, él y yo. Como tenía que decirle una cosa en privado le hice un gesto como de ir al cuarto de baño. Fuimos los dos, no al baño, sino a una estancia que se llama Salón de Portocarrero, y entonces hablamos y hablamos. Me habían citado para la cena a las nueve, y cuando nos levantamos, después de haber cenado, eran las once. Terminamos la conversación privada a las tres y media de la madrugada. Y, para mi sorpresa, cuando volvimos al salón de la cena, allí seguía sentado todo el Gobierno, cuatro horas y media después. Enojado, le dije a Fidel: «¡Pero hombre, Fidel, no seas así! Son tus colaboradores, ¿cómo no les has dicho que se fueran a casa?». Y él respondió sin dudarlo: «No, no, aquí tienen que aguantar lo que yo diga, lo que yo haga». Esas cosas yo se las afeaba mucho.

Pero era un tipo que sabía mucho, muchísimo, y además era un seductor: uno a uno seducía a cualquiera. Cuando los Gobiernos de cualquier parte del mundo nombraban embajador en Cuba, Fidel invitaba al embajador, lo cogía del brazo, lo envolvía, lo seducía y el embajador se iba defendiendo más a Cuba que a su país. Se los trajinaba de una manera extraordinaria, era un seductor. Fue un tipo de mucha categoría, que se convirtió en un dictador.

6

ADIÓS AL GOBIERNO Y A LA DIRECCIÓN DEL PARTIDO

Mi salida del Gobierno

A pesar de lo que afirman algunos, mi salida del Gobierno en 1991 no tuvo ninguna relación con el escándalo que se quiso crear alrededor de mi hermano Juan. No hubo tal escándalo: fue un invento de los enemigos políticos —UCD, Izquierda Unida y el PP—, que encontraron a un juez dispuesto a hacer cosas fuera de la ley. Así sometieron a persecución a mi hermano Juan y le abrieron dieciocho procedimientos. Al final no hubo ni una sola condena, hubo absolución o archivo en los dieciocho procesos; fue una cosa escandalosa y eso no lo dice nadie. Pero mi dimisión no tuvo ninguna relación con esto, absolutamente ninguna, como ya expliqué más de una vez.

Yo dejé la vicepresidencia cuando noté, por una carta que recibí del presidente, que él creía que yo debía abandonar el Gobierno. Y abandoné el puesto con toda tranquilidad, porque yo siempre he pensado que en el ejecutivo el que tiene la atribución de decidir es el presidente. El presidente es aquel al que nombra el parlamento, y luego él elige a una serie de gente para su Gobierno. Pero los demás no tenemos inferido el poder como sí lo tiene el presidente.

Recuerdo una anécdota al respecto. La primera vez que se reunió el Consejo de Ministros el 7 de diciembre de 1982, hubo un ministro que preguntó: «¿Y aquí cómo se vota?». Entonces yo pedí la palabra y le aclaré: «Señores, aquí no se vota, esto no es una asamblea. Aquí se habla, se establecen argumentos, se oponen a los argumentos de los demás y, luego, el presidente del Gobierno, que es quien tiene la atribución porque se le ha investido, es el que decide». Los gobiernos son solidarios, pero la última palabra la tiene el presidente.

Quiebra de confianza

Volviendo a mi salida como vicepresidente, dimití en cuanto leí la carta y comprendí que Felipe, el que me nombró, no quería que yo siguiera. Si el presidente piensa que ya no debe estar una persona que él nombró, pues hay que irse, con toda naturalidad, no pasa nada. En mi caso, además, como ya afirmé repetidamente, nunca quise formar parte del Gobierno. Me fui porque existía una pérdida de confianza. Y no lo recuerdo como un día duro para mí, fue más bien un día feliz; yo tenía ganas de dejarlo.

Algunos meses después, Felipe tuvo la deferencia de llamarme porque iba a hacer una crisis de Gobierno. Tenía que formalizar un ejecutivo nuevo y quiso contar con mi ayuda. Le dije que no tenía por qué, pero él quiso tener mi consejo. Al final resultó que, después de llegar a un acuerdo, él hizo otro Gobierno distinto al hablado. Yo estaba de viaje en Australia y lo llamé cuando me enteré: «Pero si habíamos quedado en esto otro», le dije, a lo que contestó: «Sí, sí, pero ahora no…». «Pues bueno, tú verás», fue mi respuesta. Ahí se produjo una quiebra de confianza. Yo he ganado muchas batallas en el Gobierno y en el Partido Socialista y he perdido otras. Y eso no cambia los afectos de las personas, no debe cambiarlos. En mi caso no los ha cambiado.

La Expo 92 y el AVE

El año 1992 supuso un hito para Sevilla, Andalucía y toda España, con la Expo 92 y el AVE. La elección de Sevilla como candidata para la Expo 92 no fue una decisión nuestra. Cuando llegamos al Gobierno ya había un compromiso firmado por el ejecutivo de UCD para hacer una Exposición Universal conjuntamente entre Chicago y Sevilla. Al poco de llegar nosotros, tuvimos que confirmar ese compromiso en función de la capacidad técnica y económica para hacerlo: Chicago se retiró y quedó solo Sevilla. Obviamente no podíamos decir que no; era una oportunidad extraordinaria, y nos comprometimos.

En cuanto al AVE, la idea era hacer un tren de alta velocidad a Sevilla por la Expo. Sin embargo, algunos ministros insistían en que era una equivocación: «¡Quieren ustedes que hagamos un tren a África, cuando nosotros tenemos que hacerlo a Europa, que es nuestra ligazón, nuestra opción de desarrollo!», decían. Después de muchas discusiones, yo propuse: «Es seguro que si construimos un tren a Sevilla, posteriormente haremos uno a Barcelona, ¿verdad? En cambio, si se hace uno a Barcelona, no tengo ninguna seguridad de que después haya otro a Sevilla». Esa fue la conversación, y quien estaba al otro lado era catalán. Efectivamente, ocurrió como dije: se construyó el AVE a Sevilla, después vino Barcelona, y siguieron otros muchos más.

«Para tumbarme, tuvieron que tumbar a Felipe»

En la sociedad moderna, cuando se quiere desautorizar a alguien se dice: «Este es un leal». Pero eso es lo más grande que se puede decir: la lealtad es una virtud extraordinaria. Yo siempre procuro ser leal a las personas, a las instituciones y a los principios. Después de mi salida del Gobierno se creó un grupo, que se llamaba a sí mismo los «renovadores», que tenía como objetivo acabar conmigo en el partido y no lo consiguieron. Para tumbarme a mí tuvieron que tumbar a Felipe primero. Cuando él dejó la Secretaría General del PSOE el 21 de junio de 1997, yo lo acompañé, nos fuimos los dos. Un dato curioso es que él había preparado un discurso de despedida y yo también. Él lo dio, y a mí no me lo permitieron. En mis memorias recogí ese discurso que quise haber dado y no me dejaron. Pero bueno, el mundo es así y hay que entender que los seres humanos interpretan la vida de maneras muy diferentes. Y tengo claro cómo la interpreto yo: soy una persona modesta y no me sulfuran los momentos complicados; puedo asimilarlo todo.

«Guerrismo» y corrientes

Como oposición a los «renovadores», siempre se habló de «guerristas». Yo nunca di autorización para crear una corriente. Pero guerristas, como se decía antes, haberlos, haylos. Siempre he tenido muy presente algo que no viví, que es la Guerra Civil. En consecuencia, he dicho que no a todo lo que en la actividad política nos acercara, aunque fuera mínimamente, a una confrontación entre españoles. Yo no podía levantar una bandera contra la dirección del partido: eso significaba una guerra civil dentro del PSOE, y esas confrontaciones han tenido unas consecuencias bastante graves en el conjunto de la nación. Porque en la época de la Guerra Civil había dentro del PSOE unos enfrentamientos de corrientes muy fuertes, que no deberían haber existido. Por eso nunca favorecí ni favoreceré un centímetro de actividad política que conduzca en esa dirección.

En el partido y en el Gobierno siempre fui el segundo; nunca ansié ser el número uno. Me lo

ofrecieron en el XXVIII Congreso y lo rechacé. Yo disfruto trabajando, cambiando las cosas y hablando con unos y con otros. Es una parte muy bonita de la vida. Y para ello no se necesita ser el número uno de nada.

Mentira y permisividad

Actualmente, en la política existe una pérdida de valores morales; se han instalado la mentira y la aceptación de la contradicción. Ahora se admite sin pestañear que una persona se comprometa con un principio, con una acción o con una idea, y que a los tres días diga exactamente lo contrario. Hay una permisividad tremenda al respecto: se dice «bueno, sí, ha cambiado de opinión». Pues no; en el terreno político antes esto era una pieza clave.

La mentira se castigaba más que el crimen. La mentira del político no se aceptaba jamás. «Usted ha mentido, pues fuera», era la consecuencia lógica del engaño. Ahora no, ahora puedes mentir con toda tranquilidad, que nadie te pide cuentas. Lo cual indica el declive de la escala moral de la sociedad. «Bueno, tendrá sus razones», es la justificación habitual en nuestros días. En épocas anteriores la mentira en un representante público se valoraba como algo extremadamente grave; suponía el entierro político, y ahora no, ahora no pasa nada.

Corrupción, presunción de inocencia y secreto de sumario

En España, como ocurre en todos los países, existen personas que, cuando se asientan en el poder, quieren aprovecharse de esa posición privilegiada para hacer dinero. Y ha habido algunos casos que han sido escandalosos, como fue el del director general de la Guardia Civil Luis Roldán. No tanto el caso de Filesa, que ya he explicado alguna vez, pero hay gente que no quiere oír. Lo de Filesa no fue un caso de corrupción, sino que, como en la campaña electoral de la OTAN el PSOE corrió con todos los gastos, algunas personalidades de empresas y de bancos consideraron dar una cantidad en compensación por aquellos desembolsos. Y lo justificaron con una empresa que se llamaba Filesa, que yo no conocía en absoluto y sigo sin conocer, pero no se trató de un caso de corrupción.

Sí se produjeron otras corrupciones, y eso hace un daño terrible en la opinión pública: estar en un cargo público para enriquecerse es un ejemplo espantoso de cómo entender la vida política al revés de como debe hacerse. Es un acto criminal. Enriquecerse por tener una posición preeminente en un cargo público —y eso ha ocurrido en todos los partidos, desgraciadamente— es un cáncer que hay que erradicar con toda la fuerza que se pueda.

En relación con esto, hay que decir también que en España la presunción de inocencia ha desaparecido. Ahora nadie la respeta, absolutamente nadie. Igual que nadie respeta hoy el secreto de sumario, que ha saltado por los aires en nuestro país. Son dos principios básicos de la democracia para garantizar el mantenimiento de la justicia. Pero aquí ya nadie tiene ningún reparo en dar a conocer un sumario secreto y en condenar antes de que se juzgue a nadie. Y ahí tienen mucha responsabilidad los medios de comunicación y el fuego cruzado de los partidos.

Izquierda reaccionaria, izquierda ignorante

Ahora en España existen grupos, supuestamente de izquierdas, que llaman facha a cualquier persona que defienda la Constitución. No saben lo que es un facha. La ignorancia los lleva a

proferir una serie de improperios que ni siquiera saben lo que significan. En España se ha puesto de moda eso por parte de los más indocumentados, la gente más ignorante, esos pequeños grupos radicales que creen que son de izquierdas, pero que a mí más bien me parecen conservadores.

Se trata de una izquierda retardataria, algo que podría parecer una contradicción. Pero es que hay una izquierda progresista y una izquierda reaccionaria, retardataria, una izquierda que impide el avance progresista de la sociedad porque está siempre en el limbo, afirmando cosas que nada tienen que ver con la realidad. Dicen grandes frases, se sienten muy orgullosos y felices, y se dan con el codo, diciendo: «¡Joé, lo que he dicho, qué cosa más maravillosa!». Absurdos, ignorantes es lo que son. Porque no entienden nada. Pero eso es lo que hay.

El «régimen del 78»

Ahora está de moda hablar del «régimen del 78» en tono despectivo. Yo tengo la piel dura y estos que mantienen ahora esas tesis están ocultando su ignorancia, hoy son hijos de Putin. ¿Cómo es posible que jóvenes que han nacido en la democracia, que han tenido a su alcance todos los libros del mundo —no como en nuestra generación donde todo estaba prohibido—, que viajan por todas partes, sigan con esos planteamientos tan absurdos de intentar identificar la época de la Transición con el franquismo? Son gente con una capacidad mental de muy poca talla, de muy poca categoría. ¿Qué es lo que ocurre? Pues que la vanidad es el único peso que el ser humano no soporta sobre los hombros. El engreimiento acaba con cualquiera. Estos jóvenes son pocos, pero son muy ruidosos, son extremadamente soberbios y presumidos y, cuando rascas un poco, debajo no tienen nada, no tienen consistencia ninguna. En realidad, buscan la disolución del sistema porque así ellos consiguen sobresalir más.

¿La política? Degenerando, degenerando

En la vida pública se ha perdido empatía. La política se ha convertido en un territorio hostil. El mal hacer de algunos políticos y de ciertos medios de comunicación ha ido deteriorando la vida pública. Hace años hubo un torero al que le preguntaron cómo veía la situación del toreo. Y él respondió: «¿El toreo? Degenerando, degenerando». Pues con la política ha pasado un poco eso.

Hoy en día la calidad de los responsables políticos ha bajado alarmantemente. Si se pone en un folio los líderes de la Transición —Manuel Fraga Iribarne, Adolfo Suárez, Felipe González, Miguel Roca, Santiago Carrillo— y al lado los nombres de los representantes de esos partidos ahora, se comprobará que el nivel ha bajado mucho. ¿Qué pasa? ¿Es que esta generación es peor que la anterior? No, es mejor. Pero las mejores cabezas de la generación de la Transición —las que estaban en las cátedras, en las fábricas, en los despachos, en los bufetes— se propusieron ayudar a traer la democracia y se dedicaron a la política. Hoy la gente más lúcida de cada una de las promociones no se compromete con la cosa pública. Es por eso que a la política llegan los de segunda fila. Se ha bajado mucho el listón, de tal manera que se ha producido un notable deterioro de la vida política. Creo que va a costar mucho recuperarla, porque la política tiene que atraer a las mejores gentes, y hoy por hoy no es el caso.

El disparate del Gobierno de cuotas

En la actualidad vivimos una situación no deseable, en la que se producen contradicciones dentro

de un Gobierno, y estas además se hacen públicas. Es un disparate. En verdad, lo que en este momento en España se denomina «Gobierno de coalición», es, desde mi punto de vista, un Gobierno de cuotas. A uno le corresponde esto, al otro lo de más allá, etcétera. Es decir, que si el ministro de Universidades dimite, no es el presidente del Gobierno quien nombra al sucesor, es el grupo al que pertenecía, en este caso Cataluña En Común, quien decide. Eso no es una coalición, es un Gobierno de cuotas, de tal manera que el presidente renuncia a ser presidente en algunos aspectos de sus funciones.

Tribunal Constitucional: la tentación de la Tercera Cámara

El riesgo de todo Tribunal Constitucional es que quiera convertirse en una Tercera Cámara; que tenga la tentación de legislar. Y de algún peligro de esos hemos sido testigos ya. No es su misión la de indicarle al legislador si tiene que poner esto o lo otro. Su función es fijar un calibre y decir esto pasa o no pasa, esto está de acuerdo con la Constitución o no. No tiene por qué meterse en opinar si el legislador tiene que incorporar esto y quitar aquello. Usted diga qué es constitucional y qué no, y arguméntelo. Y ya está. Yo creo que los magistrados son gente seria y evitarán la tentación de la Tercera Cámara, pero el peligro existe.

La Ley de Violencia de Género

En la Ley de Violencia de Género el mismo delito se castiga con distintas penas en función del sexo. Desde mi punto de vista eso está en contra del artículo 14 de la Constitución, que dice que no puede haber discriminación por razón de sexo. Los favorables a esta ley argumentan que hay muchos más casos de hombre a mujer que en el otro sentido. De acuerdo, eso es así, pero qué tiene que ver: si el delito es el mismo, el reo debe tener la misma pena. No parece compatible con el artículo 14 de la Constitución, eso lo sabe el Tribunal Constitucional. Pero como hay una opinión pública y publicada que arremete contra el que diga algo contra esa ley, pues los magistrados callaron, pero no llevan razón.

Frases propias y atribuidas

Yo estoy en la cocina y me dedico a cocinar, después Felipe añade las especias y sirve los platos.

En una ocasión se puso en mi boca esa frase; fue en una entrevista con un periodista italiano. Lo que yo dije textualmente fue que el que está en el puesto de mando es Felipe González y yo me encuentro en la sala de máquinas. Y el periodista lo interpretó a su manera, haciendo una metáfora que le parecería más divertida. Eso hizo mucho daño, y a Felipe le afectó muchísimo. Le enseñaba la entrevista a la gente y decía: «Mira lo que ha dicho Alfonso».

La política tiene una parte de escenificación.

Esta frase sí es mía, y es que hay una parte teatral en esta actividad. Todo lo que sea exposición al público tiene algo de teatro. No me refiero a hacer teatro, en el sentido de fingir o mentir sobre las cosas, sino que la escenificación es muy importante, es una parte que aportas al valor de lo que vas a decir. Yo he tenido experiencia teatral y sé lo que es eso. He tenido más éxito que otros en los mítines, porque he pasado muchas horas sobre las tablas.

A este país no lo va a conocer ni la madre que lo parió.

Esa frase sí la dije. Y, efectivamente, fue una especie de profecía que se cumplió; en pocos años España cambió radicalmente, a mejor. La expresión se sigue repitiendo constantemente. Ahora algunos la utilizan en el sentido contrario, que el país ha cambiado, pero en la dirección opuesta, hacia atrás. Es una frase muy popular, de gente sencilla, que tuvo un enorme éxito.

Montesquieu ha muerto.

No, eso no lo dije yo. Se trata de una maldad de periodistas, que además se copian unos a otros. Yo lo he desmentido muchas veces, pero da igual, siguen insistiendo con ello; no solo los periodistas, sino también los políticos, aunque saben que es falso. Surgió a partir de una conversación con un grupo de periodistas a raíz del recurso planteado contra la primera ley del aborto. Entonces se rumoreaba en los periódicos que el Tribunal Constitucional lo iba a rechazar. Y me dijeron que si el tribunal echaba abajo la ley del aborto, y la consideraba inconstitucional, todas las mujeres que estaban incursas en un procedimiento tendrían que ir a la cárcel. Les respondí que no, que en el caso de que fuera así, haríamos una operación de indulto. Las mujeres no pueden ir a la cárcel por abortar.

Entonces alguien indicó que eso suponía romper la relación de los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial. Aclaré que estaban equivocados, porque el Tribunal Constitucional no es exactamente el poder judicial: se trata de un tribunal de garantías. Montesquieu no podía ni imaginar que fuera a haber un tribunal de garantías. Y dije algo así como que su muerte tuvo lugar antes del nacimiento de los tribunales de garantías. Y de ahí sacaron lo de «Montesquieu ha muerto», lo que es una maldad y no tiene nada que ver con lo que dije. Pero da igual. No importa que lo desmienta una y mil veces, me siguen atribuyendo la frasecita. Por cierto, últimamente los Gobiernos de muchas partes están actuando como si Montesquieu no hubiera existido.

El que se mueva no sale en la foto.

Tampoco es una frase mía, nunca la dije y lo he desmentido en numerosas ocasiones. La frase existía, pero no era mía, sino de Fidel Velázquez, un político y sindicalista mexicano. La frase que pronunció era más completa: «El que se mueve no sale en la foto, y al que se aflige lo aflojan». Yo no la conocía, pero cuando empezaron a atribuírmela, investigué y así supe de dónde procedía. Pero la vida da tantas vueltas y la gente es tan ignorante, y copia tanto sin investigar e ir a las fuentes, que hace unos años el decano de una Facultad de Información mexicana escribió un artículo afeando a Fidel Velázquez que me hubiera copiado a mí la frase. Lo cual ya es el colmo de los colmos.

7

TERRORISMO

Terrorismo de ETA y de extrema derecha

El proceso de la Transición se intentó paralizar desde los terrorismos de ETA y de la extrema derecha. Se cometieron muchos crímenes para impedir el camino a la democracia. Si en 1977 ETA hubiera entregado las armas habría pasado a la historia como un grupo a favor de la democracia. Ningún acto terrorista tiene justificación. Los atentados contra una dictadura, contra un régimen que impide la libertad de los ciudadanos, tienen otro carácter que cuando hay democracia, y uno se puede expresar libremente; pero eso no cambia el carácter inmoral del crimen.

Pero cuando llega la democracia, ETA no solo no se disuelve, sino que aumenta sus crímenes. Asesinaba mucho más que durante la dictadura, lo cual indica que era un grupo claramente contrario a la libertad, una banda de matones. Y la extrema derecha, con los asesinatos de los abogados laboralistas de Atocha y de otras personas en manifestaciones, quiso acabar también con la Transición. Afortunadamente no fue así, pero la tensión era palpable, terrible. Los momentos duros de verdad durante la Transición fueron los crímenes de ETA, que además alentaban a la extrema derecha.

Otro 23-F: el asesinato de Enrique Casas

El 23 de febrero de 1984, dos terroristas de los Comandos Autónomos Anticapitalistas asesinaron a Enrique Casas, senador y diputado del parlamento vasco. Era una gran persona y un muy buen amigo; recuerdo aquello como un día terrible. Yo acababa de llegar a Bilbao porque se celebraba el congreso del Partido Socialista de Euskadi y quería apoyar a mis compañeros. Estábamos en el Hotel Ercilla esperando la llegada de Enrique y de Txiki Benegas que venían de San Sebastián, cuando nos llamaron por teléfono para darnos la noticia.

Fue una hecatombe; y aquello destrozó moral e intelectualmente a todo el mundo. Yo estaba muy dolorido, pero como vi que se hundían todos, intenté consolarlos. Aunque en aquel momento yo también necesitaba que me animaran. Fue un día diabólico, muy desagradable; aún me pone mal cuerpo recordarlo, y eso que hace ya mucho tiempo de aquello. Yo tenía mucha relación con Bárbara, su mujer, y con los hijos, especialmente con el mayor, Ricardo, médico de profesión, que es un gran pianista y que hace sesiones de acompañamiento de piano para películas de cine mudo. Yo lo sigo mucho. En fin, el asesinato de Enrique me llegó muy hondo, fue desolador.

En la mente del terrorista

A veces se ha planteado si la elección del 23 de febrero como fecha del asesinato de Enrique Casas tenía algún significado, al tratarse del aniversario de golpe de Estado. ¡Cualquiera sabe! Nunca se puede especular sobre qué hay en la mente de un terrorista, porque la lógica de un

asesino no tiene nada ver con la de una persona normal. Recuerdo que cuando aquel otro terrible crimen, el de Miguel Ángel Blanco, se reunieron multitudes en Bilbao y San Sebastián para protestar. ETA había dado un ultimátum para el acercamiento de sus presos a las cárceles del País Vasco; si no se cumplía, amenazaban con asesinar al joven concejal secuestrado.

La gente especulaba sobre el efecto que esas manifestaciones masivas podían producir en los terroristas: «Ahora, cuando los de ETA vean la cantidad de gente que está en las manifestaciones, eso seguro que les afectará», se decía. Pues no, la mentalidad de los terroristas no tiene nada que ver con la nuestra; cualquiera sabe cómo funciona la cabeza de una persona que con toda frialdad decide dar tiros en la nuca. No sirve para nada especular sobre cuáles son las motivaciones de un terrorista a la hora de matar.

Las conversaciones de Argel

Entre 1987 y 1989 el Gobierno buscó una salida dialogada con ETA a través de las así llamadas «conversaciones de Argel». La decisión de acudir o no a un intento de conversación con gente que ya no estaba en la actividad terrorista, pero que pertenecía al grupo y estaban en Argel, fue una decisión que se adoptó entre muy pocas personas. No fue algo que se viera asamblearíamente en el Consejo de ministros; yo estuve ahí con el presidente y, naturalmente, con el ministro del Interior. Se trató de un asunto al que hubo que darle muchísimas vueltas. Lo que figuraba en primer lugar era saber cuántas muertes se podían evitar, no si las conversaciones salían mejor o peor. Eso es lo que se jugaba allí. Se trataba de hablar con gente que pertenecía a un grupo terrorista, y eso cuesta mucho. En cuanto dudabas lo más mínimo te tenías que decir: «Si puedes evitar muertes, pues entonces inténtalo». Pero al final no salió.

Al principio había un consenso bastante amplio en ser implacable con los terroristas. Después ya no. La derecha se descolgó con esa famosa frase de Aznar, cuando llegó a la dirección del Partido Popular: «Aquí no hay nada fuera de la discusión y el terrorismo tampoco». Venía a decir que el terrorismo también entraba dentro de la polémica, algo que hasta entonces no había sido así. Existía un acuerdo general de que había que apretar a los terroristas e ir a por ellos. Con Aznar hubo que tener mucho más cuidado porque cualquier cosa se consideraba como que se estaba saliendo de los límites. Pero el conocimiento público de las conversaciones de Argel fue más tardío y no causó ningún problema: la gente deseaba que el terrorismo acabara.

«El terror borra todo lo demás»

El terrorismo consumía muchos recursos, sobre todo porque influía en los sentimientos. Un día cualquiera nos encontrábamos trabajando en la mesa sobre un proyecto y, de pronto, te llamaban al teléfono y te anunciaban: «Ha estallado una bomba en Barcelona, en Hipercor, y han muerto niños, mujeres, ancianos». En ese instante, todo lo demás desaparecía: ya no había Gobierno, ni acción… ante eso, todo lo demás no existía. Los asuntos en los que estabas trabajando los podías tirar porque no servían para nada. Pues hay que imaginarse eso repetido noventa veces en un año. Te destruye. De noche, de madrugada, sobre todo, cuando estabas durmiendo y te llamaban al teléfono para contarte que habían asesinado a dos guardias civiles… eso era horrible. En ese instante solo existía eso; y su secuela, claro está: porque después había que organizar un funeral, con militares o guardias civiles, y con grupos de gente de extrema derecha que abucheaban al representante del Gobierno.

Era todo muy duro, extremadamente complicado, y sobre todo, se convertía en algo exclusivo, no había lugar para otra cosa. Noventa noches en un año que te avisen con eso… y al año siguiente otra vez. Era horrible. Terminar con eso era el objetivo principal. Cuando ocurría un atentado —sobre todo aquellos en los que morían muchas personas, los atentados a casas cuartel, con niños entre las víctimas— ¿qué importancia podía tener la inflación u otros asuntos? Pensabas: «Pero qué me está contando, si eso no existe, no está aquí. Yo estoy en lo que estoy». En ese sentido, los atentados acaparaban una cantidad de recursos humanos tremendos; la atención estaba centrada solo en eso y te olvidabas de todo lo demás.

Cuando se produjo el atentado de Hipercor, en Barcelona, el 19 de junio de 1987, yo estaba de presidente en funciones, porque Felipe se hallaba de viaje oficial en Brasil. Fue horroroso. He pasado muchos momentos de esos terribles, cuando se ocasionan pérdidas de vidas en un atentado. O también en accidentes; recuerdo uno tremendo en junio de 1988. Íbamos a viajar en helicóptero a un acto en Aguilar de Campoo. Pero hubo un atentado y tuve que quedarme. Un amigo que estaba también en el mismo proyecto me pidió ocupar mi plaza en la aeronave. Durante el vuelo el viento golpeó el helicóptero contra un pico de la sierra madrileña de La Cabrera y murieron todos los ocupantes. Todas esas pérdidas de vidas, si además son personas que conoces, con las que tienes amistad, son terribles. Pero el terrorismo era lo que bajaba más la moral. Todo lo demás, si te equivocabas o no, pues podías rehacerlo, pero si perdías una vida, eso ya era irreversible.

Los GAL

El terrorismo era tan brutal que hubo gente cercana a la extrema derecha —y algunos desde dentro de las instituciones policiales, como el Batallón Vasco Español (BVE) en la etapa de la UCD— que empezó a tomarse la justicia por su mano y a matar a terroristas. En nuestra etapa, eso que era el Batallón Vasco Español cambió de nombre y se denominó GAL. Contó entre sus colaboradores con algunos policías como, de hecho, se pudo demostrar después. Los oponentes políticos quisieron implicar al Gobierno del PSOE. Pero no llevaban razón: estaban mintiendo y lo sabían. Pero como el terrorismo había sido tomado como un tema más para la polémica, pues incidieron en eso. Pero no era verdad.

Al final hubo una sentencia del Tribunal Supremo condenando a algunos miembros del Gobierno. Cuando la oscuridad lo tapa todo puede darse una sentencia que no es justa. Pero la sociedad democrática se defiende y tiene recursos, como es el indulto. Los indultos de Barrionuevo y Vera los firmaron nuestros oponentes, el Gobierno Aznar, no nosotros. Está muy bien que se sintieran generosos, pero un poco de mala conciencia sí podrían tener por lo que nos hicieron en la lucha del Gobierno en materia antiterrorista.

Barrionuevo y Vera ingresaron en la prisión de Guadalajara el 10 de septiembre de 1998; fue un día muy triste. Yo había optado por una fórmula que nunca triunfó: en mi opinión hasta la cárcel debía haber ido la dirección del partido y nadie más, y no concentrar masas de gente y hacer discursos, como ocurrió. No era eso lo que convenía, porque la situación era horrorosa, muy fea, desagradable. Yo fui a Guadalajara por sentido de lealtad, pero me habría gustado más que hubiese estado solo la dirección. Pero así es la vida; a veces se gana y a veces se pierde. Y yo he perdido muchas veces, pero no he sido vencido nunca.

El fin del terrorismo

Con el terrorismo hay que ser muy cauto; no se puede hacer grandes declaraciones de que se va a acabar con él mientras exista un movimiento terrorista en el país. Iba todo muy bien cuando el 30 de diciembre de 2006 ETA rompió la tregua con la bomba en la T-4 del aeropuerto de Barajas. Parecía que ETA ya se iba a acabar, pero pusieron la bomba y toda la política quedó en fuera de juego.

Las bases para el fin de ETA se pusieron desde la justicia, el Gobierno español, los Gobiernos extranjeros y, entre ellos, sobre todo Francia, que empezó a colaborar muy estrechamente. Recuerdo una conversación que tuve con el que era primer secretario del Partido Socialista francés, Lionel Jospin en marzo de 1984. Había habido un rifirrafe con unos pescadores españoles en el golfo de Vizcaya, cuyo barco fue ametrallado por una patrullera francesa. Nos encontrábamos en una reunión de la Internacional Socialista en Luxemburgo y al finalizar hubo una rueda de prensa de los dirigentes de todos los partidos. Yo tuve un agarrón con Jospin que, por otra parte, era gran amigo mío. Le recordé que en el Museo del Prado teníamos *Los fusilamientos del 3 de mayo*, de Goya: «Los problemas de la pesca no se resuelven con fusilamientos», le expliqué; si se había producido alguna irregularidad para eso estaban las multas. En fin, tuvimos ahí un rifirrafe, y la prensa internacional se puso de mi parte.

Jospin me propuso irnos a tomar un café; le expliqué lo que estaba pasando y cómo Francia no estaba colaborando en el asunto terrorista. Él no sabía nada y, además, no se lo creía, y decía: «¿Pero a cuántos han matado? ¿Ochocientas cincuenta personas entre militares, guardias civiles, policías y civiles? ¡No puede ser! Si eso hubiera ocurrido en Francia ya se habrían rebelado las fuerzas del orden público. ¡Tenéis una paciencia!». Y entonces me dijo: «Mañana reúno a la dirección del partido y les cuento todo esto». Les informó de la conversación y entonces el presidente François Mitterrand llamó a Felipe González, tuvieron una entrevista, y Francia cambió radicalmente. Se pusieron a colaborar con nosotros de una manera muy firme, cosa que no había ocurrido con los anteriores presidentes. Y eso fue muy importante para ahogar la posibilidad del renacimiento de ETA.

8

NACIONALISMO

La traición nacionalista

Cuando hicimos la Constitución, los constituyentes teníamos un deseo inmenso de comprometer a los nacionalistas en la construcción del nuevo Estado, hasta tal punto que cedimos en muchas cosas que a la vista de hoy no fueron un acierto. Fuimos muy flexibles para facilitar que ellos participaran en la edificación del Estado. Si hubiéramos sabido por dónde iban a derivar los nacionalistas, no habríamos hecho el título VIII de la Constitución que redactamos. Lo hicimos con el afán de incorporar a los nacionalistas, pero los nacionalistas no solo no se han integrado, sino que han traicionado sus propios principios, sus propias declaraciones de entonces.

Hubo un momento clave, en julio de 1978, cuando un diputado, Letamendia, de Euskadiko Ezkerra, presentó una enmienda para el reconocimiento de la autodeterminación de las comunidades autónomas. Y ahí había que retratarse. Los nacionalistas no la votaron; la enmienda fue rechazada con solo cinco votos a favor. Un diputado nacionalista catalán hizo un discurso extraordinario, con toda la solemnidad, diciendo: «Estén ustedes tranquilos porque nosotros no podemos votar esto. Al hablar de la autodeterminación, de alguna manera existe la idea de la independencia; y jamás nos encontrarán a nosotros en esa idea. Estén tranquilos porque eso no pasa por nuestra cabeza». Fue lo que nos dijeron, y les creímos.

A la vista de lo que ha ocurrido después, el nacionalismo nos engañó, esa es la verdad. Ellos estuvieron muy razonables entonces, asegurándonos que nunca estarían con la autodeterminación ni por la independencia, y hoy están solo por esa vía. En ese sentido somos responsables, tendríamos que haber sabido lo que iba a ocurrir. Porque ya lo habían hecho en 1931 y en 1934.

Un proceso constituyente siempre abierto

En 1982 la LOAPA fue un intento de ahormar las comunidades autónomas, que no hubiera salidas de pata de banco. Creo que se trataba de una ley que habría hecho mucho bien. Pero al declararse inconstitucionales catorce de los treinta y ocho artículos, eso acabó haciendo un daño enorme en España. No dudo de que el Tribunal Constitucional lo hizo con la mejor intención, porque ha hecho cosas muy buenas. Por ejemplo, cuando el País Vasco quiso llevar adelante un referéndum, se produjo una sentencia extraordinaria —de un andaluz, por cierto— condenando eso. Tengo un gran respeto por el Tribunal Constitucional, pero hay algún momento en el que creo que se equivoca o no se atreve a decir lo que quisiera.

En el campo autonómico vivimos en un proceso constituyente siempre abierto. ¿Por qué? Porque se añadió un apartado segundo al artículo 150 de la Constitución, con el que yo estuve totalmente en contra, pero hubo que aceptarlo por el consenso general. Según ese apartado, el Estado puede transferir facultades a las comunidades autónomas sin modificar el reparto competencial que establece la Constitución en los artículos 148 y 149. Siempre he sido partidario de eliminar ese párrafo segundo del artículo 150; si no el proceso seguirá siempre abierto, lo cual

es algo muy poco deseable.

La política del avestruz

El título VIII de la Constitución ha supuesto un cambio muy importante en España y ha tenido grandes beneficios para todos. Pero también ha habido, por una parte, abusos y, por otra, la concepción equivocada de que la afirmación del territorio de una comunidad solo se puede hacer negando la comunidad completa, la nación. Hay muchos que ahora están en esa actitud, no digamos ya el nacionalismo catalán y el vasco. Y ya veremos qué ocurre con lo que está empezando a pasar en Baleares y Valencia…

En este sentido hay cosas que uno debiera tener la capacidad de al menos analizarlas, algo que no te dejan. Es decir, poder preguntarse: «¿En esto hemos acertado o nos hemos equivocado?». Porque puede haber algunas cosas erróneas en la construcción del Estado. Y yo lo que quiero es que se analicen. Alemania ha planteado varias veces la configuración de los *Länder*, y, en función de eso, a veces ha dado más competencias o menos.

Por ejemplo, que el castellano en algunas comunidades autónomas no tenga la consideración que le da la Constitución, a mí me parece mal. Algo habrá que hacer. En Cataluña se está pugnando para que se cumpla una sentencia que establece que el castellano se use en el 25 por ciento del horario escolar. ¡Solo el 25 por ciento para la lengua castellana! Y se han impuesto multas a los tenderos de Cataluña por poner sus rótulos en castellano, ¡que también es la lengua oficial de Cataluña! ¡Oiga, algo habrá que hacer!

Los datos de la realidad obligan a revisar esa misma realidad. Si no, te estás comportando como un avestruz: metes la cabeza en el agujero y no quieres ver lo que está pasando. Esa es mi tesis: no estoy diciendo «quite esto y ponga aquello», sino «vamos a revisarlo con ánimo abierto, con espíritu libre». No es serio decir que todo lo bueno que sucede en una comunidad se debe al Gobierno de la comunidad, y todo lo malo que ocurre en la misma comunidad se debe al Gobierno central. Miremos qué debemos hacer; revisar algo no quiere decir cambiarlo, significa estudiarlo. Y si se llega a una evidencia de que hay que modificar algo, pues hágase.

Lengua y desigualdad

En una entrevista en Televisión Española, en la que me preguntaron sobre la cuestión de la lengua en Cataluña, afirmé que cuando se acepta una cuestión absurda, cuando se asume lo absurdo, es que la sociedad está en decadencia. Una sociedad que persigue una lengua, no es una sociedad democrática; y eso es lo que está pasando. Y no soy optimista al respecto.

En los grandes tramos de la historia, la humanidad siempre ha avanzado, pero en pequeños tramos ha habido retrocesos. Los fascismos en Europa significaron una regresión clarísima, pero si se toma todo el siglo XX en conjunto la sociedad ha avanzado. Hay que intentar que estos tramos de retroceso sean los mínimos y que duren poco. Ahora nos encontramos en un punto en el que estamos dando pasos hacia atrás en lo referido a la igualdad: está aumentando la desigualdad entre los pueblos y entre los grupos sociales. ¿Eso va a ser siempre así o vamos a rectificar?

España como proyecto de convivencia

En la etapa de la República, antes de la dictadura, la izquierda tenía una enorme pasión por España. Los discursos de Indalecio Prieto o de Manuel Azaña eran discursos que demostraban un profundo amor por el país. La izquierda republicana era muy sentimental con la nación: «A España la llevo en el corazón, la llevo hasta el tuétano y desde mis huesos», decían. ¿Qué ocurrió después? Durante la dictadura —y eso lo vivimos los que tuvimos que sufrir la educación en los años cuarenta y cincuenta— el franquismo tomó para sí el concepto de España: se consideraba antiespañol a todo aquel que no estaba de acuerdo con Franco. Eso ha conducido a que haya una cierta resistencia, en personas que hoy tienen setenta u ochenta años, a aceptar los símbolos de España porque los habían protagonizado como exclusivos los dirigentes de la dictadura.

Pero los que no sufrieron aquella educación, es decir, los más jóvenes, cometen un error gravísimo en su resistencia a aceptar España y sus símbolos, como una contradicción con ser de izquierdas. Como he dicho antes, la izquierda fue muy española. Se ha extendido una especie de infección a través de los nacionalismos catalán y vasco, que han inoculado en la gente joven y en la escuela —con el mismo afán propagandístico que en la época de Franco, aunque en sentido opuesto—, la idea de que deben ser contrarios a España.

En el siglo I antes de Cristo pasó por Hispania el historiador Pompeyo Trogo. De sus experiencias en la península escribió: «Los hispanos tienen preparado el cuerpo para la abstinencia y la fatiga, y el ánimo para la muerte: dura y austera sobriedad en todo. Los hispanos prefieren la guerra al descanso, y si no tienen enemigo exterior, lo buscan en casa». O sea, que el tío tuvo una vista impresionante, ya en siglo I antes de Cristo. Y es una profecía cumplida.

Así nos encontramos con que hoy se mantiene, desde la izquierda, una posición completamente ridícula: es una izquierda boba, que piensa que favorecer los símbolos de España, el reconocimiento de España, es una actitud conservadora. La izquierda ha regalado la idea de España a la derecha; y la derecha ahora, en los últimos tiempos, está cediéndola a la extrema derecha, de tal manera que pareciera que España es cosa de extrema derecha. ¡Esto es una barbaridad!

España es un proyecto de convivencia común extraordinario. Es un país magnífico, en el que se vive con unas condiciones —al margen de la capacidad económica de cada uno— que no se encuentran en ninguna parte, quizá con la excepción de Italia. Y rechazar a España, no sentir España como algo que llevas dentro, eso no es de izquierdas; eso es de gente muy reaccionaria que no entiende nada. De gente ignorante. Y estos jóvenes de izquierdas, que dicen ser de izquierdas, no lo son: son de derechas, pero con la etiqueta de izquierda. El desprecio que muestran por el concepto de España es un ejemplo clarísimo de su ignorancia.

Ataque a la Constitución

A los que hoy utilizan la figura del rey como un pimpampum —por ejemplo, los dirigentes de la Generalitat en Cataluña— en realidad no les importa el monarca; lo que quieren es atacar la Constitución, cambiar el reparto de poderes que hay en España. Como la jefatura del Estado es un pilar muy fuerte en la carta magna, deducen que si consiguen darle una patada al rey, se la están dando también a esta. Al menos deberían ser valientes y decirlo abiertamente: son cobardes cuando esconden su declaración contra el monarca, que no es contra el monarca sino contra la Constitución y contra el sistema de convivencia que los españoles nos hemos dado.

Los nacionalistas tienen una concepción muy autoritaria de la sociedad, que no coincide con lo que establece la Constitución. Ellos persiguen una lengua, lo mismo que hacía Franco: él

hostigaba el catalán y ellos persiguen el castellano. ¿Cómo es posible que hayan pasado de víctimas de la persecución a ser ellos los que intentan ahogar la lengua castellana? Que, dicho sea de paso, no se va a ahogar.

Separatismo y federalismo

En este momento hay un pronunciamiento duro del nacionalismo catalán para independizarse de España. Incluso llegaron a proclamar la independencia el 10 de octubre de 2017, aunque a los seis segundos dijeron que la metían en el frigorífico. El País Vasco está en una situación similar; ahora los nacionalistas vascos están haciendo causa común con los catalanes. Pero es que en Baleares está pasando una cosa muy parecida. Ahora allí, un celador de un hospital, después de años ejerciendo su trabajo, no puede realizar esa función si no reúne el nivel de catalán requerido. Están reproduciendo el mismo esquema que en Cataluña, y en Valencia empiezan a verse síntomas también. ¿Qué pretenden? ¿Dividir España en diecisiete estados? Eso es una locura, eso ya ocurrió en la Primera República con los cantones: hubo treinta y dos pueblos y ciudades que se independizaron, una cosa absurda y ridícula. Y parece que eso es lo que pretenden ahora. Yo estoy en desacuerdo y lucharé siempre contra ello.

Otra gente afirma que la solución está en el Estado federal. Pero se trata de un juego nominalista: España ya lo es; el Estado de las autonomías es un Estado federal. Cuando alguien me dice que tenemos a ir a la federación, replico: «Dígame qué quiere modificar, qué debe cambiarse para que España sea federal». No pueden decirlo porque nuestro país ya es federal, lo único que le falta es el nombre. Que quiera ponerle el nombre, pues póngalo. Pero no va a cambiar los artículos, porque ya es un Estado federal.

Del 23 de febrero al 1 de octubre

El 23 de febrero de 1981 y el 1 de octubre de 2017 supusieron los episodios más peligrosos desde la consolidación de la democracia española. En el periodo de la Transición hubo algunos momentos muy comprometidos también, pero una vez que se aprueba la Constitución, las situaciones más graves fueron, sin duda, el golpe de Estado de 1981 y el intento de golpe de Estado del nacionalismo catalán de 2017.

Hay quienes me han cuestionado la relación entre ambos hechos. Hay gente, sobre todo los nacionalistas y sus adeptos, que no lo quieren ver. El hecho de que se trata de dos situaciones comparables lo demuestra una conversación que tuve hace años con el entonces aún príncipe Felipe. Hablando sobre la popularidad que había alcanzado su padre, Juan Carlos I, debido a la actitud que tuvo durante el golpe de Estado de 1981, él, con buen criterio, dijo: «Yo no quiero que mi país pase por otro 23 de febrero para que yo pueda tener esa popularidad». Y no tuvo que esperar mucho, porque el 1 de octubre de 2017 se produjo el intento de golpe de Estado en Cataluña y Felipe VI, dos días después, pronunció un discurso en televisión. Le tocó hacer un papel exactamente igual al que hizo Juan Carlos I en 1981, que es paralizar el intento de golpe, en esta ocasión por un grupo político nacionalista. Hizo lo que tenía que haber hecho el Gobierno.

La equiparación entre el 23-F y el 1-O es clarísima. Se repite hasta la escenografía: Juan Carlos I aparece en la televisión para parar un golpe en 1981, y Felipe VI lo hace en 2017. Es la misma cosa pero planteada de distinta manera: no respetar la Constitución, provocar a las

autoridades ante un hecho que está fuera de toda legalidad.

Como es natural se produjo un juicio y unas condenas, aunque después hubo un indulto. No existe diferencia entre Tejero y Puigdemont, no la hay, en esencia: en ambos casos el propósito es romper la Constitución. Y es lo que siguen persiguiendo los nacionalistas cuando atacan al monarca para alcanzar sus objetivos, que no caben dentro de la Constitución, ni cabrán nunca.

1-O: una sentencia ecuánime

Judicialmente, el tribunal que juzgó el 1-O hizo una labor que debemos considerar encomiable. Otra cosa es que se viera obligado a sacar una sentencia que no tuviera sospechas de estar inclinada a uno u otro lado, y tuviera que afirmar que no hubo rebelión. Yo sí creo que hubo claramente una rebelión, y que las condenas tendrían que haber sido quizá más duras. Aquí hubo un golpe de Estado y hubo rebelión: yo habría ido más lejos en la consideración.

Pero entiendo que el tribunal hizo bien buscando una ecuanimidad, dejándoles decir a los acusados todas las burradas que afirmaron en el juicio, porque querían la garantía absoluta —desde el punto de vista no solo de serlo sino de parecerlo— de que no hubiera ninguna tacha desde la perspectiva de la jurisprudencia, de la democracia y del respeto a la opinión de todos. Por ello los siete magistrados tuvieron que llegar a un cierto acuerdo para que no hubiera ningún voto particular y la sentencia fuera por unanimidad. Yo entiendo cómo funciona eso, y el magistrado Marchena hizo una labor, para mi gusto, muy satisfactoria. La vida está llena de dificultades y obstáculos que hay que salvar, buscando siempre la mayor unidad posible.

Menosprecio de una élite europea

Los tribunales europeos han ignorado deliberadamente que las órdenes de detención europeas son para cumplirlas, no para contestarlas. El primer tribunal en Alemania —en el estado federado de Schleswig-Holstein— que tuvo que pronunciarse sobre la extradición del expresidente catalán Carles Puigdemont, lo componían, para entendernos, tres magistrados de provincias. No habían entendido el asunto. Pero ya otra cosa es que en Bélgica los tribunales estuvieran en una actitud contraria a lo que es el acuerdo general.

En realidad hay una élite europea que siempre menosprecia la capacidad de España y de lo que hagan los españoles. Se vio durante la Guerra Civil, cómo dejaron abandonada a la democracia española. Existen por ahí algunas instituciones que consideran que a los españoles no hay que tenerlos muy en cuenta. Creo que eso no es admisible; hay un defecto grave de desconsideración hacia la capacidad de la magistratura española.

«¡No nos dejan votar!»

En la época del juicio a los líderes del proceso independentista catalán algunas personas manifestaban que se les había condenado por votar. Eso es una gran chorrada. ¿Es que en Cataluña no se vota? Votan más que ninguna otra región porque, como la Generalitat no tiene solvencia ni estabilidad, acaban votando más que los demás. Pero no se puede someter a votación cualquier cosa. Es como si ahora proponen: «Miren, vamos a votar que se meta en la cárcel a todo el que no haya nacido en Cataluña». Eso no se puede votar, ¿verdad?

Esa consideración de que hay que votarlo todo no tiene fundamento. Hay unos cauces que

marca la Constitución, hay unas leyes, y se vota todo lo que se quiera dentro de esas normas y de la Constitución. Lo que no puede inventarse son unas consultas que no están dentro de la legalidad.

Es algo que está resuelto conceptualmente desde el siglo IV antes de Cristo. Entonces hubo un famoso juicio tras la batalla naval de Arginusas, que enfrentó a las flotas ateniense y espartana en el año 406 a. C. Una vez librada la batalla, que terminó con la victoria de Atenas, su flota se dispuso a salvar a los náufragos de las naves hundidas. Pero una repentina tempestad impidió el salvamento, lo que supuso la muerte de numerosos marineros atenienses. Atenas, enfurecida por las muertes de los náufragos, decidió que la Asamblea sometiera a juicio a los ocho generales que mandaron la flota: se acordó juzgar a todos conjuntamente, con petición de pena de muerte, sin estudiar el comportamiento individual de cada uno. Hubo quince miembros de la Asamblea que se opusieron a ese juicio conjunto, pero se retractaron cuando se decidió que ellos debían correr la misma suerte que los generales acusados. Todos se echaron para atrás, salvo uno, que dijo: «A mí no me harán votar contra la ley. Yo no voy a hacer nada que la ley impida». Y ese fue Sócrates. Finalmente se impuso la votación conjunta, que acabó con la condena a muerte de los generales.

Fui testigo de una situación similar cuando hice el servicio militar en Ceuta; en esa plaza había un general que era conocido por ser muy duro. En la ciudad se produjo un escándalo muy grande, porque había aparecido un exhibicionista, al que llamaban «el hombre de la gabardina», que se ponía a la salida de los colegios, se abría la gabardina y exponía su cuerpo desnudo. Todo el mundo estaba a la caza del hombre de la gabardina hasta que lo encontraron. Y resultó ser un cabo primero del Ejército. Entonces, como castigo, el general decidió meter en el calabozo a todos los cabos primeros. ¿Pero cómo se puede hacer esto si está fuera de la ley? Es como los que dicen: «Es que no nos dejan votar». No, lo que no pueden hacer es inventarse una votación que no es legal.

Independencia de boquilla

Los políticos independentistas catalanes que intentaron aquel golpe de Estado se han desinflado: son conscientes de que por ese camino les ha ido muy mal, y no saben qué hacer. Ahora viven en un desconcierto horroroso. Están todo el día haciendo cosas que son más pintorescas que políticas. «Vale, no tenemos la independencia, pero cuando venga el rey no lo saludamos. Pero después cenamos con él». ¡Pero es que esto parece de colegio! Es una cosa tremendamente ridícula.

Todo lo habían puesto en lo que iban a hacer, en la independencia. Y como eso no es posible, están haciendo independencia de boquilla todo el tiempo. Se comportan muy mal, incluso faltan a la educación. Porque el presidente de la Generalitat, que es la máxima autoridad del Estado en Cataluña, está continuamente poniendo en causa al Estado y al jefe del Estado, lo cual es una cosa tremenda. Coloquialmente, es como si el jefe de una tienda de Barcelona se pusiera en contra de la tienda que manda en toda España. Y este comportamiento tiene un efecto contagioso, como se está viendo en Baleares, y también, aunque aún en menor grado, en Valencia. En todo esto España ha dado muestras de una cierta ligereza, de una cierta frivolidad, que ojalá se pueda parar a tiempo.

«España nos roba»

Al morir Franco todo el mundo decía: «Se acabó la dictadura». Y yo les repondía: «Bueno sí, es cierto que acabó, pero sus efectos durarán cien años». Sí, porque la mentalidad que ha sido labrada por un régimen autoritario, fascistoide, durante cuarenta años, pervive; eso queda. Hasta el punto de que hay gente que hoy está todo el día hablando de Franco, políticamente todo lo ligan con el dictador. Hay una frase famosa, que es una broma, pero que transmite mucha verdad: «Contra Franco vivíamos mejor». Y hay algunos que se han quedado sin ideología con la llegada de la democracia.

Estos días, por ejemplo, un criminal de guerra como Putin invade Ucrania, y aquí en España se hacen concentraciones donde la gente grita: «OTAN no». Parece que la OTAN hubiera ocupado Ucrania. No, no ha sido la OTAN, ha sido Putin. Pero hay personas a las que les queda aquello de que, como es la Unión Soviética, hay que defender a Putin porque es lo contrario de lo que representaba Franco. En fin, tienen una melé mental tremenda.

¿Esto del separatismo en Cataluña va a durar? Sí, porque durante cuarenta años en Cataluña a los niños, desde los cinco años hasta que salen de la universidad, les han estado explicando que «España nos roba, que España está en contra nuestra, que nos han robado a nuestros héroes». Incluso hubo un congreso de supuestos historiadores, en el que se sostuvo que Colón era catalán, que santa Teresa era catalana, que Leonardo da Vinci era catalán, que todas las grandes figuras eran catalanas, y que los españoles se las habían robado. Mucha gente ha acabado creyendo que España los está sojuzgando, que la Guerra Civil fue una guerra de Franco contra Cataluña. Una cosa absolutamente de pirados, pero claro, si se lo cuenta usted repetidamente a unos niños de cinco años acaban dándolo por cierto. Y los efectos durarán.

Un discurso real republicano

El mensaje televisado del rey Felipe VI el 3 de octubre de 2017, en respuesta al referéndum ilegal de independencia catalán, fue el discurso más republicano que se ha hecho en España en muchísimo tiempo. Era la defensa de los valores republicanos. ¿Los valores republicanos qué son? No es si hay alguien coronado o no, sino el sostenimiento de la prevalencia de la Ley contra todo arbitrio. Esos son los valores republicanos. Y lo que hizo el rey Felipe fue eso, defender los valores republicanos. Y yo creo que lo hizo en detrimento del Gobierno, que no quiso hacerlo. Lo hizo porque le tocaba hacerlo, porque si no la democracia hubiera tomado un camino muy complicado.

9

REPÚBLICA

Cuatro repúblicas en una

Disponer de criterio propio es lo único que uno posee de verdad. Yo tengo una actitud crítica ante todos los acontecimientos, tanto de la actualidad como del pasado. Y no solo mantengo esta postura crítica, sino que también la manifiesto y la hago pública. En ocasiones se me ha reprochado el hecho de mostrar una actitud poco benévola con la Segunda República, un aspecto que a algunos les resulta más llamativo en un político y hombre de izquierda. Así es, pero tengo una postura incluso más crítica con esas personas que no la conocen, aquellos que piensan que la Segunda República es un conjunto único, uniforme. Y eso no es verdad, es un grave error; dentro de esta hay por lo menos cuatro repúblicas distintas y muy diferentes entre sí. La república de los primeros dos años, entre el 14 de abril de 1931 y las elecciones generales de noviembre de 1933, conocida como el bienio reformista o bienio transformador, es una coalición entre el Partido Socialista y los partidos republicano-burgueses. Se trata de una etapa de políticas reformistas; desde luego en materia de educación y cultura fue algo absolutamente ejemplar, algo que nunca se hizo anteriormente y nunca se ha hecho después.

A esta etapa sigue el bienio negro —también llamado conservador o contrarreformista, que se sitúa entre las elecciones de noviembre de 1933 y las de febrero de 1936—, donde domina una derecha muy conservadora, que deshace todo lo bueno que se había construido en los dos años anteriores. A este bienio contrarreformista le sucede la tercera etapa de la Segunda República, la del Frente Popular, que duró muy poco: de febrero de 1936, al golpe de Estado de julio del mismo año. Y finalmente está la cuarta y última fase, que es la república que se desarrolla durante los casi tres años de guerra. Como se ve, son cuatro repúblicas totalmente diferentes. Hoy en día mucha gente, sobre todo los jóvenes, piensa que esta etapa de la historia de España fue una única cosa, un fenómeno homogéneo que funcionó durante todos esos años como una sola forma de hacer política. Y no es así.

Yo siento un gran respeto y admiración por los primeros dos años de la Segunda República, mientras que los dos años subsiguientes me parecen horrorosos… y después ya entramos en la guerra. El juicio no puede ser muy objetivo, porque la situación era completamente adversa para la república. Pero lo que no acepto es que la gente no tenga conocimiento de las cosas, y hable como si todo ese periodo hubiese sido igual, cuando una etapa y otra no tienen nada en común. A mí de estas cuatro fases diferentes, la que me interesa es la de los dos primeros años, que no fue una república revolucionaria, sino reformista. Frente a lo que muchos piensan, no fue una república de clase; se trató de una colaboración entre clases de la burguesía republicana y el Partido Socialista. En resumen, ocurre que desgraciadamente hay tanto desconocimiento, tanta simplificación, que es muy difícil entenderse con la gente a la hora de hablar de la Segunda República.

Una llama de ilusión

El Partido Socialista fue el partido más votado en 1931, en la primera etapa de la Segunda República, y tuvo un papel preponderante. Durante los dos primeros años se produjeron grandes aciertos, con una enorme transformación del país. Es verdad que entonces prendía una llama de ilusión en el corazón de los españoles, una esperanza grandísima y hubo colaboración entre amplias capas de la sociedad. Luego, cuando triunfó la CEDA, la Confederación Española de Derechas Autónomas, todo eso se vino abajo; más bien, lo derribaron con la piqueta, se destruyó lo erigido en los dos años anteriores. Pero los españoles no debemos olvidar que durante los dos primeros años de la Segunda República se crearon una gran cantidad de escuelas, se hicieron las misiones pedagógicas, se dieron derechos laborales a los trabajadores del campo, que por entonces eran muchísimos… Aunque hoy pueda parecer increíble, antes de esta se organizó un congreso sindical que reivindicaba trabajar de sol a sol. ¿Por qué? Porque los campesinos trabajaban más que de sol a sol; desde antes del orto y hasta después del ocaso. Las condiciones en el campo eran terribles y la Segunda República suavizó muchísimo esas lamentables circunstancias de trabajo.

La guerra preparada

Durante el último periodo de la Segunda República previo a la guerra, el del Frente Popular, se vivía una gran tensión y división interna dentro de sectores socialistas y del conjunto de la izquierda. Se cita como ejemplo el frustrado mitin en la plaza de toros de la localidad sevillana de Écija: el 31 de mayo de 1936 miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas recibieron con pistolas a Indalecio Prieto, representante del socialismo centrista, que no pudo dirigirse a sus simpatizantes y tuvo que marcharse apresuradamente.

En ese contexto de tensión y violencia de la época, la Guerra Civil fue algo preparado por la derecha, a pesar de que se busca justificar por el asesinato del líder derechista José Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936. Eso es sencillamente mentira. Claro que hubo un asesinato y, como todos totalmente rechazable, pero el 1 de julio de 1936 los golpistas ya habían firmado la compra de aviones y munición con los italianos. El historiador Ángel Viñas ha encontrado en los archivos la firma de los contratos mucho antes del 18 de julio, lo que certifica efectivamente la preparación de la sublevación por parte de la derecha. Pero aparte de eso, es verdad que por entonces dentro del PSOE había una guerra interna que no facilitó las cosas.

Besteiro, De los Ríos, Negrín

De entre los dirigentes socialistas de aquella época, tengo un especial respeto por Julián Besteiro. Era un hombre muy culto que cometió errores, es verdad, pero entregado a la verdadera causa socialista. Cuando se pierde la guerra y todos los miembros del Consejo de Defensa huyen, él tuvo la gallardía de decidir permanecer en Madrid. «Yo me quedo —dijo Besteiro—. Lo que sufran mis amigos lo voy a sufrir yo». Después lo encarcelan, lo condenan, lo llevan a Carmona, y ahí, en la cárcel se le infecta una pequeña herida; no permiten que lo atiendan los médicos, como hicieron con Miguel Hernández, y muere.

Además de mi respeto por Besteiro, asimismo siento una gran cercanía con Fernando de los Ríos, que es el más teórico de esos líderes, una cabeza excepcional. Y luego también, por el hombre que fue considerado como el padre de la derrota en la guerra, que era Juan Negrín. Yo he hecho un gran esfuerzo por recuperar la figura de Negrín, que durante años se consideró como un

traidor, y al final se ha demostrado que fue un gran estadista y un gran patriota. Negrín y otra treintena de socialistas fueron injustamente expulsados del PSOE en 1946. Yo tuve la satisfacción de devolver los carnés del Partido Socialista a los familiares de aquellos que fueron apartados después de la guerra, una decisión de rehabilitación política tomada en el año 2008, durante el XXXVII Congreso Federal del PSOE.

Monarquías y repúblicas

Hay una parte de la juventud de hoy que tiene idealizada la Segunda República y también el concepto republicano en su conjunto. ¿Por qué? En parte, como una reacción a la cantidad de inmundicia que el franquismo lanzó contra la Segunda República. Dado que la dictadura pintó la Segunda República como el régimen más terrorífico, se entendía que, por oposición, la república debía ser un modelo. Pero no es un modelo tampoco; hay que ser crítico, hay que ser lúcido. Evidentemente si comparamos la Segunda República con el franquismo no hay parangón posible, porque el franquismo era un régimen sucio, feo, asqueroso, mientras que la Segunda República fue un intento de renovación ideal de los españoles. Pero la república tuvo, por ejemplo ese bienio negro, que fue terrible.

Y claro, si nos vamos a la Primera República española (1873-1874), entonces ya es el colmo: porque aquello fue un desastre total. Fueron ocho Gobiernos en menos de dos años; en los primeros once meses hubo ni más ni menos que cinco presidencias del Gobierno, un verdadero desastre que no podía durar; y no duró. Y además, en el fragor del movimiento cantonalista, se declararon independientes treinta y dos pueblos y ciudades. Un auténtico caos.

Algunos tienen idealizada la república, también en oposición a la monarquía, y creen firmemente que las cosas no cambian. Pero, cuando los datos de la realidad se modifican, y eso se hace evidente, ¿uno qué debe hacer? ¿Seguir aferrado al mismo pensamiento primigenio o cambiar de idea porque la realidad efectivamente ha mudado? En política existe la costumbre de seguir, tozuda e inflexiblemente, con la misma idea: aunque cambien los datos, yo, erre que erre, sigo pensando lo mismo. Pero eso no debiera ser así.

Tenemos de ejemplo cómo, tras la Primera Guerra Mundial, las monarquías cambian absolutamente. La monarquía, a partir de la Revolución francesa, se equiparó con el autoritarismo: se trata de monarquías absolutas y, por tanto, autoritarias, mientras que la república que se crea en Francia equivale a democracia. Y estos dos modelos —república y democracia, frente a monarquía y autoritarismo— perviven durante un tiempo, hasta que tras la Primera Guerra Mundial desaparecen los grandes imperios monárquicos. El alemán, el ruso, el austrohúngaro y el otomano, los cuatro grandes imperios quedan borrados de la faz de la tierra por la Gran Guerra.

En ese contexto las monarquías que subsisten saben que deben convertirse al parlamentarismo, que han de tornarse democráticas. En consecuencia, tras la Segunda Guerra Mundial todas las monarquías pasan a ser parlamentarias, todas se hacen democráticas. Pero al mismo tiempo aparecen repúblicas autoritarias, algo que antes era inconcebible, porque la república se equiparaba con la democracia. Tras el telón de acero todos los países comunistas que rodean a la Unión Soviética, incluida esta misma, son repúblicas autoritarias, una cualidad que antes se asignaba a la monarquía.

Claro, el que hoy no quiera ver esto, es que no tiene intención alguna de cambiar su punto de vista, porque le es incómodo. Pero hay que insistir en que los datos y la realidad han cambiado:

hoy hay repúblicas absolutamente rechazables y monarquías muy tolerables. Por eso suelo poner el ejemplo de la monarquía sueca y la república de Corea del Norte. Yo, sin dudar, abrazo la monarquía sueca. Actualmente, en el mundo occidental, todos los reyes han entendido que tienen un valor representativo de la unidad territorial y hacia el exterior, como primeros embajadores, pero no tienen poder. Es inconcebible que siga habiendo gente que no se haya enterado de que hoy los monarcas no solo es que no sean autoritarios, es que no tienen poder, más que aquel que les otorga la representatividad. Hay, y siempre habrá, individuos trasnochados, a los que les gusta vivir en otro mundo, ese de que «contra Franco vivíamos mejor».

La república coronada

España es una república coronada. Y eso es así, porque las repúblicas, además de ser una forma de Estado, encarnan una serie de valores. Esos principios los ha asumido total y plenamente la Constitución de 1978. Desde mi punto de vista los valores de la vigente Constitución española son republicanos: la Constitución monárquica de 1978 le debe muchísimo a la republicana de 1931.

En una ocasión, viví una situación que me abrió los ojos; no lo había visualizado con esa claridad hasta entonces. Fue en México, con los exiliados españoles que habían marchado a aquel país tras la Guerra Civil, donde hoy todavía quedan algunos, y los sigo, claro. Uno de ellos se me acercó y me dijo: «Nosotros cada año celebramos el día de la república». Yo, inocentemente, respondí: «¿El 14 de abril?» «No, no —me corrigió aquel republicano exiliado —; el 6 de diciembre. Ustedes no saben lo mucho que la Constitución de 1978 le debe a la de 1931; comparten los valores que nosotros defendíamos en aquellos años». Esa conversación me abrió los ojos; efectivamente los valores republicanos están en la Constitución de 1978. ¿Y que además hay un monarca? Pues sí, bueno; por eso hablo de una república con corona, la república coronada.

SEGUNDA PARTE

LA CULTURA

10

LAS LETRAS

Saber y orgullo

He conocido a personas que están en los libros porque han sido muy importantes, no solo en la política sino en las artes y la literatura, y he conocido a personas del campo, analfabetas. De verdad, entre el que está en la cumbre y el analfabeto, ¿la distancia es tan grande en términos reales de la vida humana? No, se trata de una diferencia muy pequeña. Nosotros creemos que sabemos cosas que los demás desconocen. Mientras que el campesino tal vez no es capaz de distinguir un Murillo de un Greco, nosotros nos sentimos muy orgullosos porque los reconocemos al momento. Pero él domina cosas que nosotros ignoramos: sabe sentarse en el campo y apoyar la espalda en un árbol de tal manera que no se cansa; y nosotros, a los dos minutos, ya no podemos aguantar. Sabe que si le pica una tarántula puede calmar ese dolor, esa infección, con el jugo de un higo; y nosotros no.

El saber y la cultura son muy amplios, de una vastedad tremenda: unos dominan una materia y otros, otra diferente. Y los que tenemos erudición nos creemos superiores a los que entienden de una cosa distinta, que tal vez sea más importante. Jamás he considerado que las personas que ocupan un escalón administrativo inferior por eso sean menos que uno. Al contrario, creo que hay que tener cercanía, mostrar preocupación personal cuando tengan algún conflicto o una enfermedad, tanto ellos como su familia.

Además, yo no requiero de mucha gente para trabajar, basta un equipo pequeño. Voy a citar el caso de una directora general, que vino a verme porque necesitaba más personal. Cuando le pregunté cuántos eran en la dirección general, y ella me respondió que ciento cincuenta, le expliqué que yo tenía tan solo nueve personas: «No me digas que necesitas más. Yo puedo vivir con nueve personas en la Vicepresidencia del Gobierno, ¿y tú no puedes arreglártelas con ciento cincuenta en una dirección general?». A veces la gente busca el relumbrón: cuanto más grande es todo, más importantes se creen. Yo soy una persona cercana: jamás grito a los colaboradores, no he tenido ningún conflicto con ellos, y así pueden atestiguarlo. Todos son amigos y nos llevamos muy bien, aún seguimos en contacto. A todas las personas que han trabajado conmigo las llamo por teléfono en Navidad, me intereso por sus hijos, ahora ya por sus nietos en algunos casos. Aunque ya hace años que no trabajan conmigo, cuando nace un nieto yo les envío una ropita, porque son personas con las que he compartido muchas horas de mi vida. Y así debe ser.

«En el teatro eres un Dios»

De joven creé con unos amigos un grupo de teatro que se llamaba Hora Primera; no sé por qué, pero el nombre sentó muy mal a las autoridades; para ellos todo era revolucionario. Después dirigí a la Hispalense y, posteriormente, estuve en el grupo Esperpento, del que surgiría el Centro Andaluz de Teatro. Lo tuve que dejar, creo que fue en 1976, porque con la política no tenía ya tiempo. El teatro, el buen teatro, exige muchísima más dedicación que cualquier otra actividad.

Hay gente que hace teatro o una serie de televisión con un ensayo de un día o dos; hay actores a los que les ponen el pinganillo y les van dando el texto, o les ponen señales en el suelo para que sepan dónde deben situarse. Eso no vale nada. Con menos de seis meses de ensayo una obra no funciona: hay que estar medio año ensayando, dándole vuelta a los temas. A lo que más tiempo he dedicado yo en mi vida, y he disfrutado mucho, ha sido a ensayar obras de teatro. A veces algunas de las obras que me llevaba tanto tiempo preparar, luego las prohibían y no había forma de estrenarlas. Las acababas representando para cuatro amigos, citados clandestinamente, lo que era bastante frustrante.

Pero el teatro es extraordinario. En el teatro eres un Dios: creas personas, las creas tú, y eso es una satisfacción enorme. Para mí fue una parte muy importante de mi vida, quizá no tanto como la lectura, que ha sido mi dedicación. Mi pasión es la lectura, y hay muchos autores que para mí son imprescindibles. A la pregunta de qué novela me llevaría a una isla desierta, respondo que, por lo menos, me dejen media docena; con una sola obra es muy complicado. Tengo libros que han sido muy importantes en mi vida, por ejemplo *El Quijote*. Jorge Manrique es un autor que ha sido clave para mí con las *Coplas* dedicadas a la muerte de su padre, don Rodrigo.

Yo mido las obras si cabe la literatura, toda la literatura, en ellas. Hay ciertos autores en los que está presente toda la literatura: Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare y Joyce. Todo lo que se ha escrito se puede ver en las obras de estos autores. Quizá habría que añadir algún ensayo de Montaigne. Y, por supuesto, también están los clásicos griegos y romanos.

Hay una novelita pequeña, *Helena o el mar del verano*, de Julián Ayesta, que no la conoce nadie y a mí me parece una obra fantástica. La llevo siempre conmigo, es una novela que te enamora desde las primeras líneas.

Shakespeare

Shakespeare me dio la clave del valor de la literatura. Leyendo me enteré de que algunas de sus obras más famosas no eran originales sino que las tomaba prestadas. Investigué y encontré, efectivamente, que había dos o tres obras italianas del siglo XIV que las había adaptado. En principio me pareció que este hecho debilitaba la imagen de Shakespeare, pero cuando cogí los originales y los comparé, me quedé impresionado. Por ejemplo, Shakespeare toma *Antonio y Cleopatra* de las *Vidas paralelas* de Plutarco. Así que cogí la obra de Plutarco; en ella había una escena en el río Cidno, muy bellamente descrita.

Pero luego, en la obra de Shakespeare esta escena no solo era bella, era una cosa maravillosa. Cuando describe la llegada por el río de Cleopatra, en una barca con remos de oro y las velas abiertas al viento de tempestades uno piensa: «Qué maravilla. Cómo se puede escribir así de bien». Entonces me dije: «Esto es la literatura: te cuentan una cosa como esta, que está muy bien narrada, y tú la mejoras infinitamente». Fue Shakespeare quien me impulsó a valorar la literatura.

Existen teorías que ponen en duda que Shakespeare fuera el verdadero autor de sus obras. Lo primero de todo es ¡qué más da! Las obras están ahí, si las firmó otro, Marlowe o quien fuera, no importa, pero no parece que sea así. Ahora acaba de publicarse una novela muy bonita sobre la mujer de Shakespeare, *Hamnet*, de Maggie O'Farrell, un personaje muy abandonado. La novela es muy buena, también da algunas claves de todo esto y explica cómo Shakespeare se convierte en un gran conocedor del teatro. Sabía todo sobre la escena, era el gran maestro. También hay libros que intentan demostrar que Cervantes no escribió *El Quijote*. Yo los he leído, pero no me han convencido nada, y además qué más da. *El Quijote* está escrito.

Un discurso lleno de astucia

Julio César es una obra impresionante de Shakespeare. Tuve la ocasión de abordarla en 2003 en el Grec, en Barcelona, un festival de teatro clásico que tiene lugar todos los años en el mes de julio. Dentro del Grec hay un espectáculo denominado Solos: es una interpretación de una hora exacta en la que un actor sube al escenario, solo. Allí hice una composición de poemas y escenas teatrales. Y una de esas escena fue precisamente la del discurso de Marco Antonio del *Julio César* de Shakespeare, su respuesta a Bruto cuando este intenta convencer al pueblo de Roma de que el asesinato de César está justificado.

El discurso de Marco Antonio es fantástico, lleno de astucia y habilidad. Es impresionante cómo acusa indirectamente a los conspiradores de haber matado a César. Ojalá todo el mundo tuviera esa capacidad para afirmar lo contrario de lo que se ve obligado a decir, sin que le pueda pasar nada porque, en vez de acusarlos, está halagándolos, como Marco Antonio.

La adaptación al cine de *Julio César* por parte de Joseph Mankiewicz, con Marlon Brando como Marco Antonio, es fantástica. Esa película la vi siendo un estudiante de bachillerato. Me escapé para verla y disfruté muchísimo; la ponían en sesión continua y la vi cuatro o cinco veces seguidas. Mucho tiempo después tuve ocasión de ver otro montaje de *Julio César*, a cargo de una compañía inglesa; Ralph Fiennes interpretaba a Marco Antonio y lo bordaba, fue maravilloso.

La firma y la obra

Orson Welles decía que no creía en autores, que creía en obras. Yo estoy de acuerdo y lo he dicho a veces con otras palabras: «No aplaudo la firma, aplaudo la obra». En relación con esto, recuerdo lo que me ocurrió una vez cuando fui a ver una exposición de arte que había en una torre en Cantabria. Según avanzábamos y subíamos, todos me decían: «Espérate a llegar arriba, ya verás qué maravilla». Y al llegar al último piso había una obra de Miró malísima, pero la firmaba Miró. Les dije que esa escultura me parecía una mamarrachada, y todos se cayeron de espalda. Y añadí: «No estoy dispuesto a aplaudir la firma, yo aplaudo la obra y esta no me interesa. Que es de Miró, pues bueno, tendrá valor económico, pero para mí no tiene valor ninguno».

Librería Antonio Machado

En 1969 José María Rodríguez-Buzón y yo fundamos la librería Antonio Machado, en la calle Miguel de Mañara, en Sevilla. Fue algo extraordinario. Yo era profesor y estaba metido en política. ¿Por qué montamos una librería? Porque teníamos muchas ansias de leer y no contábamos con dinero para comprar libros. Como no disponíamos de los medios para crear la librería, fuimos pidiendo créditos por los bancos, que nos los denegaban. Así llegamos a la Caja Rural y nos preguntaron para qué queríamos el dinero. «Nosotros vamos a hacer cultura», dijimos. Como les sonó a agricultura —confundieron cultura con agricultura— nos dieron el crédito, una cifra insignificante: 50.000 pesetas. Y así fundamos una librería, una experiencia maravillosa, absolutamente maravillosa: era fantástico tener todos los libros ahí, sin tener que comprarlos, en contacto con el público, manteniendo conversaciones interesantísimas con verdaderas personalidades que desconocías, y con extranjeros que pasaban por allí.

Después la librería la dirigió durante muchos años mi mujer. Fue una gran experiencia llena de anécdotas. La primera es muy triste, y es que día sí y día no, la extrema derecha nos rompía los

cristales y hacía pintadas diciendo que éramos de ETA. Pero hay otras anécdotas mucho más divertidas. Por ejemplo, en varias ocasiones la gente pasaba por delante de la librería y decía: «Anda, mira, Antonio Machado, el letrista de Serrat». Fantástico. Y luego había gente que llamaba por teléfono —incluso gente de la banca y algún embajador— y decía: «¿Es la librería Antonio Machado? ¿Estará don Antonio esta tarde?». «Pues lo va a tener mal para encontrarlo esta tarde aquí». La librería existió hasta 2004, cuando se cerró.

Cierre de librerías

Las librerías se cierran por dos motivos. El primero es que las grandes superficies se comen a las pequeñas porque ellos negocian con unos márgenes comerciales muy altos y los libreros muy bajos: un 50 por ciento, frente al 25 y, en ocasiones el 30 por ciento. El segundo motivo, todavía más fuerte, es que la política editorial en España es una política equivocada. Aquí se editan muchos títulos, muchísimos: son unos cien mil anuales, pero de tiradas muy cortas. El otro día una amiga francesa que va a publicar en español la traducción de un libro suyo, me comentó que se sorprendió cuando le dijeron que iban a hacer una tirada muy grande. «Ah, sí ¿de cuántos ejemplares?», preguntó ella. «De diez mil», le respondieron en la editorial. A ella esa cifra le pareció una broma.

En España se editan muy pocos ejemplares de cada título y se lanzan muchos títulos nuevos. Para poder sobrevivir, la editorial calcula el número de librerías que se van a quedar con un ejemplar para tenerlo en la estantería. Si son tres mil librerías, pues calcula el precio de manera que, sin vender uno, solo con los tres mil ejemplares que van a comprar los libreros, quede cubierta. Y cada vez que se venda un libro ya es ganancia.

¿Y qué ocurre? Pues que cada semana al librero le llegan quinientos títulos, y, cuando ha terminado de poner el precio, de hacer el albarán, de colocarlo, ya ha llegado otra carga de quinientos títulos. Así, los libreros se pasan el día recibiendo y empaquetando libros, porque a los tres meses hay que devolverlos; si no hay que pagarlos. El librero necesita mucha gestión administrativa que no se puede permitir. Generalmente, en las librerías pequeñas están el librero, su mujer y, si acaso un hijo. Además necesitan alguien que les lleve la administración, un trabajo que puede suponer diez horas diarias. Ante esta situación muchas librerías van echando el cierre. En un año en Sevilla cerraron veintidós pequeñas librerías.

Existe una especie de espejismo, porque también es cierto que se abren muchas librerías; la ilusión de montar una librería es una pasión de los jóvenes. Pero el problema es que cierran enseguida, duran muy poco: a los tres años no pueden seguir adelante, no pueden pagar el alquiler y cierran la librería. Pero mientras que no se hagan tiradas grandes y se haga difusión del libro para que se mantengan esas tiradas, el sector no va a funcionar bien.

La colección Thyssen y las bibliotecas

Durante mi etapa en el Gobierno apoyé bastantes proyectos culturales; por ejemplo, abrí la posibilidad de que el museo Thyssen-Bornemisza viniera a España. Todo empezó cuando me llamó por teléfono el arquitecto Ricardo Bofill: me dijo que estaba en Lugano y que acababa de comer con el barón Thyssen. Hablando con el matrimonio, se había enterado de que tenían que salir de ahí por un problema de impuestos, que deberían haber vivido allí una serie de días para evitar el pago de impuestos y no lo habían hecho, con lo cual entraban en conflicto con Suiza.

Parecía un buen momento para intentar traer la colección de arte a España. Acordamos que vinieran a almorzar el barón y la baronesa, y se unió también Bofill. Como elemento sorpresa, le pedí a Felipe que se uniera, y así logramos convencerlos de que trajeran la colección a España. Ese tipo de actuaciones las hacía siempre que tenía oportunidad.

También estuve trabajando mucho en el campo de las bibliotecas públicas, que había muy pocas, y se incrementaron. Eso a mí me parecía básico. Yo conocía la experiencia de que, cuando en España existían cinco bibliotecas públicas, cinco en todo el país, Pablo Iglesias instaló una en cada Casa del Pueblo. Así se crearon más de mil bibliotecas. Yo era consciente de que era un campo en el que había que apretar, y apretar mucho. Siempre que he podido, aunque hubiera un ministro de Cultura que tenía su autonomía, me he implicado para apoyar la cultura.

Marcel Proust

Para mí Marcel Proust es el compendio de la literatura del siglo XIX. Él cierra el siglo con *En busca del tiempo perdido*, esa gran novela que tiene 3.500 páginas, una obra muy larga, muy descriptiva y con muy poca actividad. No ocurren apenas cosas, se describen. Los lectores no están acostumbrados a eso; a ellos les gusta la actividad y la conversación, y de eso hay muy poco en la novela. Proust era un finísimo observador de la realidad, de la vida que frecuentaba, de la aristocracia y de la burguesía francesa; y él va describiendo todo eso con un primor extraordinario.

Proust abrió un camino y cerró un siglo. Sin Proust no se habrían escrito muchas de las cosas que se han publicado después. Para mí es una lectura que te llena la vida, te hace una persona mejor y más completa, más hecha. Pero con *En busca del tiempo perdido* hay que tener paciencia; es un libro que exige serenidad, tranquilidad, no puedes leer veinte páginas mañana y luego otras veinte porque no te enteras de nada. Es un libro para unas vacaciones. Te anega, te inunda y ya no puedes vivir sin él. He leído las cuatro traducciones que hay en castellano y la versión original, y no ceso de releerlas. Es un libro fantástico.

***El Quijote*, ese desconocido**

El Quijote es la gran novela desconocida; en España se lee poco, menos que en el resto del mundo. En la academia Nobel se hizo una encuesta entre cien grandes escritores preguntando cuál era la mejor novela que habían leído. Entre cien grandes obras, la primera fue *El Quijote*. También estaban Faulkner, García Márquez, pero el primero fue Cervantes. Entre los escritores la obra cumbre es *El Quijote*, pero la gente no la lee. Además se comete el error de obligar a leer a los niños pequeños *El Quijote* sin orden ni concierto y en un lenguaje muy arcaico, muy pasado, que hay que poner al día.

El Quijote es la gran novela: es la creación de la novela. No existía hasta que apareció *El Quijote*. Cervantes no solo da lugar a la novela, sino que crea una gran cantidad de recursos nuevos, desconocidos hasta entonces y que todavía hoy son absolutamente básicos. Voy a poner un ejemplo: en la película *La rosa púrpura de El Cairo*, de Woody Allen, hay una escena en la que un actor sale de la pantalla y empieza a conversar con una espectadora. Eso causó mucha impresión cuando se estrenó la película en 1985. ¡Pero bueno, si eso ya está en *El Quijote*! Se produce cuando Don Quijote se encuentra en una venta, y alguien, en la habitación de al lado, se refiere al *Quijote*. Don Quijote salta contra lo que está oyendo, y así se encuentra con el lector,

personaje y lector juntos en la novela.

Cervantes es impresionante, extraordinario, es el más moderno. Los ingleses aprendieron muchísimo de *El Quijote*; todas las grandes novelas inglesas del siglo XIX tomaron mucho de la obra de Cervantes.

Guerra y Paz

Yo fui bastante amigo del escritor mexicano Octavio Paz. El me escribió una carta que es para sentirse muy orgulloso. Me dijo: «He conversado de poesía con miles de personas, pero jamás he tenido una conversación sobre poesía tan buena como la charla que tuvimos tú y yo allí en Madrid». Fue una conversación muy bonita y recuerdo perfectamente la situación. Estábamos Paz y yo en el Hotel Palace tomando un café cuando pasó Guillermo Cabrera Infante, que era un tipo muy divertido y, al vernos, dijo: «Esto es una novela de Tolstói, Guerra y Paz».

La Regenta y cinco novelas más

Lo que voy a decir es una heterodoxia, pero como lo creo lo digo: *La Regenta* me gusta más que *Madame Bovary*. Tengo una gran afición por el tipo de novela que inicia Gustave Flaubert con *Madame Bovary*. Hay seis novelas básicas para mí; siempre he pensado en dar un curso sobre esas obras del siglo XIX referidas al adulterio, pero nunca he tenido la ocasión. Para mí son absolutamente apasionantes: junto a *Madame Bovary* están *La Regenta*, de Leopoldo Alas; *Mi primo Basilio*, de Eça de Queiroz; *Ana Karenina*, de Tolstói; *Effi Briest*, de Fontane, y, por fin, una totalmente desconocida en España, *La muñeca*. Es una obra de Boleslav Prus, un escritor polaco, que en su país tiene la misma categoría que aquí *El Quijote.*

La novela de Flaubert que inicia la emancipación de la mujer a través de la infidelidad, es muy importante. Pero Leopoldo Alas a eso le incluye la vida social. Describe tres círculos que se tocan: uno es la Iglesia, donde quien manda es el magistral de la catedral, Fermín de Pas, que es un poder en la ciudad de Oviedo, llamada Vetusta en la novela. Por cierto, la novela empieza diciendo: «La heroica ciudad dormía la siesta»; ese inicio es impresionante. Luego está el casino provincial, que es donde está la burguesía y ahí el que manda es Álvaro Mesía, el galán de la ciudad. Finalmente está el palacio de Vegallana, que es la aristocracia, que mandaba también como la Iglesia y la burguesía. Y el pueblo, ¿dónde está? Está detrás del muro, al otro lado del casco antiguo. Y esa es la descripción maravillosa del orden de la sociedad burguesa y aristocrática que hace Alas y que no está en Flaubert.

Semprún, el mudo

Coincidí en el Gobierno con Jorge Semprún, ministro de Cultura. En el Consejo de ministros no hablaba, no decía nunca nada. Era tremendo. Habló solo una vez para defender que se concediera la licencia de televisión a Canal+, la televisión del grupo Prisa. Fue el único día que habló en el Consejo. Así es la vida. Yo he leído alguna novela muy buena suya. Pero he llegado a pensar si no la habría escrito él, porque no era capaz de decir nada. La vida es así, te llevas sorpresas. Son misterios, que uno no sabe por qué, pero suceden así.

¿Libro digital o en papel?

Entre el libro físico y el digital me decanto claramente por el papel. Y si el libro está intonso, y hay que abrir las hojas con un cuchillo, me gusta más todavía, aunque quedan pocos así. He probado el libro digital y me parece que se puede leer. Lo he usado en el tren, en el AVE en el que viajo con tanta frecuencia; no está mal, pero no tiene comparación con el de papel. El libro físico no va a desaparecer, los periódicos en papel sí, van a desaparecer todos.

Prefiero el libro en papel porque tiene tacto, tiene olor, tiene roce y tiene memoria locativa: uno recuerda que la frase equis estaba en la página de la izquierda o de la derecha, que iba detrás de no sé qué. En la pantalla eso es imposible, allí está todo perdido. Mientras que en la pantalla todos los libros son idénticos, en el papel, no: un libro es grande, otro pequeño, este tiene papel verjurado, el otro lo tiene amarillo; todos son diferentes.

Hay una escena en la película *Domicilio conyugal*, de Truffaut, en la que Antoine Doinel llega con un libro de NR, una editorial francesa, y dice: «Déjenme, que voy a abrir el libro», y tiene que seguir el rito, la ceremonia de rasgar los pliegos del libro con el cuchillito. Esta escena es el ejemplo claro del disfrute de abrir un libro, de tocarlo, de conocerlo, de leerlo u olerlo. No tiene nada que ver con el digital. No soy contrario a que la gente lea en la pantalla, se puede leer, pero para mí es un mundo yerto, es el cadáver del libro. El libro está vivo cuando lo tocas, le metes un papel, doblas una esquina, escribes en él, y ese no es el caso de la pantalla.

Redes sociales, redes criminales

Las nuevas tecnologías están facilitando muchas cosas en la vida, y no hay que rechazarlas. Si no seríamos como los luditas, que creían que había que destruir las máquinas porque quitarían el trabajo a los hombres. No, no hay que rechazarlas, pero debiera haber una cierta conciencia de que existen aspectos en la tecnología muy perjudiciales para todos, entre ellos lo que llaman redes sociales, El error de las redes sociales empieza por el nombre: son redes criminales, en las que se ocultan, parapetados anónimamente, los individuos más cobardes de la sociedad. Se ponen detrás del burladero, y empiezan a soltar productos de odio, un odio tras el cual siempre aparece la violencia. Eso contamina a mucha gente, sobre todo a los más jóvenes. Desde las redes se dedican a disparar sin ton ni son contra todos, sin asumir ninguna responsabilidad, sin que nadie les pueda exigir nada; esto me parece un envenenamiento de la sociedad.

Si un político tiene como principal manera de comunicarse el empleo de ciento cuarenta caracteres es que no tiene nada en la cabeza. Al final es un reflejo de que hay una parte de la actual generación política que no es la mejor. No es que los Gobiernos o sus miembros no debieran estar en las redes sociales, es que nadie debería estar allí. Las redes nacen como un espíritu de comunicación, lo que está muy bien, pero se han envenenado hasta tal punto que hay que evitar que la gente esté en ellas. Las nuevas tecnologías han traído ventajas inconmensurables: poder enviar un documento o una carta al momento está muy bien. Pero yo sigo escribiendo cartas con pluma estilográfica y en papel verjurado, en papel bonito, porque eso forma parte de la sentimentalidad individual y colectiva de una sociedad que ahora ha saltado por los aires.

No distingo un correo electrónico de otro, son todos iguales. Sin embargo, las cartas las identificas perfectamente por el color del papel y por el tipo de letra. Uno sabe inmediatamente quién envió una u otra carta. Se ha perdido mucho en la comunicación a través de las nuevas tecnologías, aunque, por otra parte, facilitan mucho las cosas, sobre todo en el terreno administrativo e industrial, donde la comunicación es tan inmediata. Con las videollamadas,

afectivamente, se ha ganado mucho: puedes estar hablando con una persona de la que a lo mejor te separan diez mil kilómetros de distancia.

Pero las redes sociales están condenadas por ellas mismas: son redes criminales. Este hecho es grave también porque siempre hemos sabido que no se coge el agua con las manos, porque se escapa. Pues esto de las redes se va, no hay manera de controlarlo. No se puede establecer una policía de las redes, no hay manera. Habría que hacer un enorme esfuerzo de concienciación. Ahora mismo es una moda, pero ya va habiendo gente que dice que se vive mejor sin tanto ruido, sin tanto *tweet*, sin tanto Facebook, e incluso sin tanto teléfono móvil.

Literatura y vida

La literatura y el arte aman la vida. En realidad son la representación de la vida. Las personas se pueden dividir en dos categorías: los soñadores y los pragmáticos. El pragmático no vive más que el presente, en sacarle partido como garantía de seguridad para el futuro. Es el *carpe diem*, el aprovechar el día. En el Imperio romano, a los generales triunfantes, cuando volvían a Roma, se les agasajaba con un desfile por las calles. Pero siempre había alguien detrás diciéndoles: «*Memento mori*», recuerda que vas a morir. Es decir, que esa idea de que no te envanezcas porque no eres tan grande, eres como los demás, es un pensamiento que orienta o que debería orientar la vida.

Para el soñador, el arte, la literatura, el cine son extraordinarios, porque vive más el pasado que el presente, con los recuerdos que idealiza. Y también en el futuro y en los sueños que tiene —que generalmente no se le cumplirán—; disfruta soñando con lo que va a tener o ser. Pensar en las escenas que se han vivido y los sueños del futuro. Al soñador le gustan la vida, los árboles, la naturaleza, lo que está vivo. Pero también hay cosas vivas que se pueden encontrar en un museo, aunque sean una representación de hace muchos años. Pero están representando lo vivo. Amar la vida es amar la literatura o dicho al revés, quien ama la literatura, ama la vida.

Para mí los personajes de las novelas son personajes de mi vida. Viven conmigo, son mi familia, son mis amigos: a veces hincan de tal manera su personalidad dentro de ti, que son más fuertes que personas con las que estás viviendo en la realidad. Los libros han sido para mí una escuela de sabiduría popular extraordinaria. Antonio Machado —Juan de Mairena, que era Machado, claro, un personaje apócrifo— decía una frase a sus alumnos: «Cuando me oigáis hablar o decir algo con cierta autoridad, pensad que eso siempre lo he aprendido del pueblo». Yo podría decir eso mismo, podría dar mi propia versión: «Pensad que lo he leído siempre en libros de gente que escribe para el pueblo».

¿La pluma Parker o los libros?

Una anécdota de mi infancia es la primera vez que gané un concurso en el colegio. El colegio tenía un sistema según el cual, a final de curso, pedía a los padres de los alumnos que hicieran un regalo para los colegiales más sobresalientes. Se hacía una lista por notas y, según esa lista, los alumnos iban eligiendo. Los obsequios se colocaban en el descansillo de la escalera, que era muy amplio, y los chicos nos poníamos en fila, de acuerdo a nuestras calificaciones.

Ese año yo fui el primero, con lo cual podía elegir lo que quisiera. El director, don Pedro, me sugirió: «Coge la pluma Parker». La pluma era lo más valioso; recuerdo que era el modelo 21. Pero yo veía ahí dos libritos que me gustaban y dije: «No, yo quiero los libros». Y él insistía:

«No, no, la pluma Parker». Yo cogí los libros: eran las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, y *El abismo y otros cuentos*, de Iván Turguéniev, un autor ruso de categoría. Y así, con esos libros, me aficioné a la lectura. Además, en la escuela teníamos una hora de biblioteca. Cada día, a las cinco, salía de clase y me iba a la biblioteca: leía lo que hubiera ahí, que era un mueble grande lleno de libros. Al principio siempre te daban a leer la biografía de Miguel de Mañara y cosas así, y después tú ibas eligiendo. Yo leía a Lope de Vega, me gustaban mucho sus comedias; de ahí me viene mi afición al teatro.

Pero todo eso es posterior a algo que sucedía en mi casa: en invierno, sentados alrededor de la mesa camilla, mi padre nos leía en voz alta. Recuerdo que nos leía *Los miserables*, de Victor Hugo, y un tomo muy grueso de un folletón que se llamaba *Pablo y Virginia*, de Bernardin de Saint-Pierre. Mi padre nos leía eso, haciendo las pausas, y a mí me entusiasmaba. Yo me hice un lector muy pronto; fui muy lector, muy exagerado. Cuando la editorial Aguilar sacó las obras completas en papel biblia, yo me aficioné: me sentaba a leer un tomo de las obras completas de un autor y no me levantaba hasta que lo terminaba. Leía durante tres días seguidos, lo devoraba todo.

Leí también un tomo de teatro de Ugo Betti, que aquí no lo conoce ni lee nadie. Recuerdo una obra suya —*Corrupción en el palacio de justicia*— que me impactó mucho. Había otro autor que me gustaba mucho: Michel de Ghelderode, un belga desconocido en España. Escribía un teatro magnífico; yo he dirigido y actuado en un par de obras suyas que a mí me encantaban y que hoy han desaparecido del mapa. Ya no existe ningún libro de Ghelderode en las librerías. En fin, he sido muy lector, sí.

Pablo Iglesias a través de Machado

Cuando yo descubro a Antonio Machado, él me lleva a descubrir a Pablo Iglesias. Machado, que había vivido en el pueblo valenciano de Rocafort, se traslada a Barcelona ante el avance de las tropas franquistas. Ahí escribe en el diario *La Vanguardia* una serie de artículos denominados *Desde el mirador de la guerra*. Y en uno de los artículos, del 16 de agosto de 1938, titulado «Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias», él cuenta que, siendo un niño de trece años se acercó a un mitin en Madrid —cree recordar que en El Retiro— en el que hablaba el fundador del PSOE. Y en ese artículo afirmaba: «La voz de Pablo Iglesias tenía para mí el timbre inconfundible —e indefinible— de la verdad humana».

A mí esa frase me golpeó. Yo tenía dieciséis años y me dije: «¿Quién será este Pablo Iglesias?». Éramos un grupo de estudiantes muy aficionados a la lectura y, en casa de uno, encontramos una biografía de Pablo Iglesias, escrita por Juan José Morato. La leí y así me enteré de quién era Iglesias. La verdad es que Machado, con ese artículo, me orientó en la senda de mi vida: yo fui al socialismo a través del conocimiento de Pablo Iglesias que me facilitó un poeta como Antonio Machado. Y desde entonces soy muy machadiano, mucho. Recientemente, dediqué a Machado mi discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, titulado «Soledad y sociedad en Antonio Machado».

Censura comunista

Yo nunca me acerqué al Partido Comunista. Un día coincidí con dos chicos cuando veníamos de una manifestación: yo no sabía quiénes eran; resultaron ser comunistas. Empezamos a hablar de

literatura y me preguntaron qué estaba leyendo en ese momento. Les contesté que *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler. «Eso está prohibido», objetaron. «Claro que está prohibido, lo he comprado a escondidas», aclaré. «No, no, está prohibido por el partido, por el Partido Comunista», replicaron, a lo que respondí: «¿Ustedes pertenecen al Partido Comunista y prohíben los libros? ¿Tienen un índice como la Iglesia? Jamás podré pertenecer a ese partido, jamás, porque si ejerce la censura para leer, eso no es un partido, eso es una iglesia». Una comunidad cerrada que tiene su índice, su cofre, donde meter los libros que nadie puede leer, más que el preboste… Y desde entonces, desde aquel momento, supe que no podría ser comunista, y eso que yo era muy niño.

Werther, de Goethe a Truffaut

Las penas del joven Werther, de Johann Wolfgang von Goethe, se encuentra entre mis lecturas predilectas. Leído con ganas de enterarse de lo que sentía su protagonista, es una escuela romántica, una escuela de hacer románticos. Hay que tener en cuenta que cuando se publicó la novela, en 1774, se producen numerosos suicidios de jóvenes que la habían leído. Decidieron quitarse la vida como Werther porque, al igual que él, estaban enamorados de una mujer que no podían tener. Eso causó un extraordinario impacto en Europa. Yo no llegué a suicidarme, pero la novela tuvo una gran repercusión en la formación de un espíritu romántico. Y hay muchos así.

Por ejemplo, François Truffaut, en *La Femme d'à côté* (*La mujer de al lado*), muestra una escena de una conversación en una cafetería entre los protagonistas masculino, interpretado por Gérard Depardieu, y femenino, al que da vida Fanny Ardant, en la que él le confiesa que está enamorado de ella. Mientras, por una ventana, se ve a una chica joven que está dándoles de comer a los hermanitos pequeños. Eso es una escena tomada del *Werther*. También existe una fotografía de François Truffaut, durante su estancia en el ejército, tumbado en la litera leyendo el *Werther*. O sea que Truffaut era un gran amante de la novela de Goethe.

11

EL CINE

Un fanático de Truffaut

Siempre he sido muy aficionado al cine y hay muchos directores que me gustan. Pero por ninguno siento el cariño que siento por François Truffaut. Me parece una personalidad tan entrañable, tan cariñosa, tan ingenua y, a la vez, tan inteligente, tan lúcida… Su cine siempre me ha maravillado, desde el primer documental que hizo, sobre una pareja que se encuentra en un concierto. Después está *Los cuatrocientos golpes*, que filmó con película caducada —recogida de la basura, porque no tenía medios— e hizo un largometraje grandioso, con ese final, con el niño corriendo por la playa buscando el amparo de la sociedad. Después viene la etapa de Antoine Doinel, *Los besos robados*, *Domicilio conyugal*, *El amor a los veinte años*, *Amor en fuga*, *La noche americana*. Soy un apasionado de Truffaut, con esa personalidad tan inteligente, con el cine en las tripas. Los que tienen el cine en las tripas son los que hacen las películas de verdad, películas que llenan, que te completan, que te sirven. El cine es útil para vivir. Él no necesitaba técnica, la tenía en su propio cuerpo. Soy, si se puede decir así, un fanático de Truffaut. Lamentablemente, murió muy joven.

La duquesa cinéfila

La duquesa de Alba era muy cinéfila, iba mucho al cine. Tanto al cine en versión original, como a salas comerciales. El cine a ella le entretenía; a su marido Jesús Aguirre, también le gustaba mucho. La duquesa de Alba iba muchísimo al cine, incluso en su época final, cuando estaba físicamente deteriorada; entonces la tenían que bajar a la sillita de la reina por las escaleras.

El cine «por de fuera»

Los cines de verano fueron mi escuela cinematográfica; de niño iba todas las noches, absolutamente todas. Ponían dos películas seguidas y la sesión terminaba sobre las dos de la madrugada. Había un cine de verano en Sevilla que se llamaba el Prado, pero no entrábamos en el recinto porque éramos unos niños y no teníamos recursos; nos subíamos a los árboles, y a eso lo llamábamos ver el cine «por de fuera». Y es cierto que se veía estupendamente. Los árboles estaban cuajados de niños; recuerdo que contábamos los besos a gritos. En aquella época no nos gustaba el romanticismo de los besos, nos parecían algo horroroso.

Durante el resto del año íbamos a un local que se llamaba San Juan de la Cueva. Era un cine para niños, donde proyectaban todas las películas de Fu Manchú, y todas las de Ken Maynard y su caballo Tarzán, que recibíamos con gritos. En este cine infantil solo proyectaban los domingos por la mañana; éramos centenares de niños, todos gritando y avisando: «¡Que viene el indio, que viene el indio!». Y lo pasábamos de maravilla.

En el cine de verano, ya de adultos, la gente también avisaba. Los espectadores chillaban «¡cuidado, cuidado!», cuando aparecía alguien por detrás con un puñal, y también agitaban

mucho los brazos. Todo eso era muy habitual en aquellos tiempos. También era costumbre que todo el mundo en el cine de verano comiera pipas de girasol. Al final de la noche el suelo del cine quedaba siempre cubierto de cáscaras.

Literatura y cine

El cine no es una obra literaria y, por tanto, las adaptaciones que siguen textualmente una obra escrita suelen ser fallidas. El director de cine tiene que tener una gran libertad para adaptar la obra, en caso contrario no saldrá bien. Los cineastas ingleses han sido muy buenos adaptando la literatura al cine; han llevado todo Shakespeare a la pantalla y han rodado películas excelentes. *Ricardo III* era una gran película, pero no se trata de la obra llevada al cine, es la película. Me decanto claramente por las versiones inglesas; sus adaptaciones de los clásicos han sido geniales.

La versión moderna de *Mucho ruido y pocas nueces* se hizo sin respetar la obra original y es una película estupenda, una comedia inteligentísima. Hay ocasiones en las que los autores de la novelas se quejan porque consideran que el director se ha desviado mucho. Pero es que precisamente se tiene que desviar, porque si no, la película no vale nada; son dos lenguajes distintos. Hay muchas películas que no funcionan precisamente por eso.

Muerte en Venecia y *El Gatopardo*

Si tuviera que elegir una película para llevarme a una isla desierta, ¿por cuál me decantaría? *Muerte en Venecia* y si no, *El Gatopardo*, ambas de Visconti. Soy muy amante de Visconti, con esa personalidad y esa sensibilidad excepcionales. *Muerte en Venecia* está basada en la novela de Thomas Mann, pero está rodada con muchísima libertad: Gustav von Aschenbach, un escritor enfermo, va a Venecia a descansar; allí se enamora de un chico joven. La película es una preciosidad, con una sensibilidad exquisita. Y la música de Mahler le va muy bien a la película, sobre todo en el momento en que Aschenbach se marcha y tiene que volver al hotel porque se han equivocado con los baúles, y suena el adagio del cuarto movimiento de la Quinta sinfonía de Mahler. Está estupendamente bien situada esa música, es una gran película.

El Gatopardo es otra película magnífica. Lampedusa tiene unos relatos estupendos que son muy poco conocidos y que a mí me gustan muchísimo. Y la novela me apasiona. La película es puro cine: la novela describe un baile en pocas páginas, pero Visconti decidió poner veinticinco minutos de baile en su largometraje. Es un atrevimiento tener a los espectadores pendientes de un baile durante casi media hora: se trata de una escena larguísima, pero también bellísima. Además la película tiene un lema, un mensaje. Y Burt Lancaster está impresionante; también me gustó mucho en *Confidencias*, otra película de Visconti, esta vez con música de Mozart. Visconti era muy especial para la música, acertaba siempre.

Música escogida

Durante las conversaciones con Manuel Lamarca que dieron lugar al documental y a este libro, el director me pidió que escogiera varias piezas musicales que me gustaran especialmente y que pudieran incluirse en el largometraje. Aunque esa elección es una labor casi imposible, me decanté por tres piezas.

Dentro de la música clásica instrumental, opto por la «Sinfonía Concertante para violín, viola y

orquesta K 364» de Wolfgang Amadeus Mozart. Es una pieza que te eleva el espíritu, te hace volar fuera del planeta.

En cuanto a la ópera me decanto por el aria «Lascia la spina, cogli la rosa» (Deja la espina, toma la rosa) de Georg Friedrich Händel, incluido en su oratorio *El triunfo del tiempo y del desengaño*. Años más tarde Händel utilizó la música de esta misma aria en su ópera Rinaldo, bajo el nombre de «Lascia ch'io pianga» (Deja que llore). Es lo más entrañable que uno puede escuchar y el mensaje más fraternal de la vida: te está diciendo que, aunque la rosa tenga espinas, no elimina ni la belleza ni el aroma de la flor; la vida es un camino de espinas, pero con rosas. Y, finalmente, de toda la música moderna, que es inabarcable, elijo «Imagine», de John Lennon, que refleja muy bien la época que he vivido.

TERCERA PARTE

LA VIDA

12

AMOR

Ser humano, ser romántico

Yo me siento de una época del pasado, el romanticismo. La vida moderna ha eliminado grandes conceptos que antes eran normales, pero el ser humano, aunque no lo reconozca, aunque no se dé cuenta y no tenga conciencia plena, es un ser romántico. Quevedo decía del ser humano que seremos polvo, «mas polvo enamorado». El amor está en todo: hacia los padres, hacia los hijos y los nietos; y luego está el gran amor, el enamoramiento, que es lo que ilumina la conciencia, porque es el impulso hacia el otro, es fundirse con otro ser. El enamoramiento es el momento cumbre del ser humano: eso lo he vivido yo con una gran intensidad y creo que, consciente o inconscientemente, lo siente todo el mundo.

Con cinco años me enamoré de una vecina que se llamaba Azucena, a la que veía de balcón a balcón. Nunca la vi de cerca. Fue mi primer amor. Ella tenía dieciséis años y yo cinco. Mucho tiempo después su marido ha venido a buscarme para que le dedique mis libros a Azucena. Pero a ella no la he visto, y no la quiero ver, porque ya sería una persona totalmente distinta.

La deshumanización de las relaciones

La gente se inventa cosas, como eso del poliamor y las nuevas formas del amor. Los sentimientos humanos están descritos desde hace siglos, y estas novedades después pasan y se olvidan. No creo que sean interesantes para las personas. Asistimos a una deshumanización de las relaciones. Antes los seres humanos tenían mucho tiempo y reflexionaban mucho. Ahora falta tiempo: la vida se ha complicado, el tema de los desplazamientos es horrible, ir en vehículo y tener que aparcar se hace imposible, hay muchas distracciones como la radio, la televisión, teléfonos móviles…

O sea, que el día no tiene horas y ya nadie se sienta un rato a pensar, a reflexionar. En consecuencia, no es que no se comprenda el amor romántico: es que no se tiene espacio ni tiempo. De todas maneras, especialmente en el género femenino, el amor romántico existe. ¿Y dónde se refugia? Pues en las novelas y las películas. Así sienten el romanticismo, aunque no sea en una pareja real, lo sienten a través de la pantalla, a través de la lectura; no está tan perdido el amor romántico. Los que dicen que este es un vestigio del machismo, de la dominación del hombre sobre la mujer, no han entendido nada y, seguramente, no han sentido nada. Eso indica una incomprensión absoluta de lo que es el amor.

Cruz y delicia

A mí me parece que el único corazón entero es aquel que está roto por amor. La persona que no ha tenido una rotura de amor es que no tiene corazón; si nunca ha sentido que su corazón se rompe por amor, no sabe lo que es el latir de un corazón; eso es un corazón muerto. En la *La Traviata* se dice que el amor es *«croce e delizia, delizia al cor»* («cruz y delicia, delicia en el

corazón»). El amor es una cruz porque se trata de una especie de alienación: uno siempre busca la confirmación de que el otro le quiere y eso nunca lo puedes tener plenamente. En esta alienación entregas tu voluntad al otro, lo que implica que además de una delicia sea una cruz, un sufrimiento: el amor es gozar y sufrir, ambas cosas.

El poeta inglés Alfred Tennyson escribió en el siglo XIX: «Es preferible haber amado y haber perdido, que no haber amado nunca». Esa frase responde a un concepto histórico; en el siglo XV Juan del Encina ya decía: «Más vale trocar placer por dolores que estar sin amores». O sea que, efectivamente, no experimentar el amor en la vida es una condena mucho mayor que haber sufrido por amor.

Ya en el siglo XI en el libro *El collar de la paloma*, Ibn Hazm de Córdoba afirma que se puede morir por amor. Así es, a lo largo de la historia siempre se ha muerto por amor; allí están las grandes leyendas amorosas: *Romeo y Julieta*, *Los amantes de Teruel* y tantos otros casos… Eso no es una enfermedad, es un delirio: hay casos históricos en que los dos amantes llegan a una penetración tan inmensa de sus almas que deciden desaparecer del mundo y se suicidan, mueren por amor.

Amores soñados

El amor romántico existe: hay muchas pruebas, aparte de las que tenga cada uno en su vida personal. Pero existe otro amor, que también proporciona mucho placer, y es el amor platónico, el que no se consuma pero que se vive. Porque soñar es también vivir. Así, hay amores soñados, que no han tenido la posibilidad de sustanciarse en un plano físico o personal, pero que hacen gozar, si bien no de la misma manera. El amor platónico, sublime, entregado, existe y no es incompatible con el amor fogoso, con el amor apasionado. Hay algunos que son apasionados, otros platónicos y en ocasiones ambos llegan a coincidir. Porque el amor está en el corazón y en el cerebro: la imaginación juega un papel extraordinario en el amor.

Amor exclusivo

En la novela vampírica *Carmilla*, del irlandés Joseph Sheridan Le Fanu, se afirma: «El amor es egoísta y cuanto más apasionado más egoísta es». Realmente cuando un hombre está enamorado de una mujer —o una mujer de un hombre, o dos mujeres o dos hombres— quiere al otro para sí y no lo desea compartir. Hay otras culturas que admiten la poligamia, pero en el mundo occidental normalmente el sentimiento amoroso pretende ser exclusivo, y de ahí se generan los celos. Los seres humanos sienten celos cuando alguien pretende compartir a la persona que es el sujeto de su amor. Si uno mira las grandes pasiones que movían a la sociedad —según nos describen las obras teatrales clásicas de cinco siglos a. C.—, descubre que son las mismas de ahora: el amor, los celos, el poder, el dinero. Es decir, los celos son una cosa de hace casi treinta siglos.

El amor es exclusivo, pero eso no quiere decir que sea egoísta. La comunicación que se establece entre dos seres en realidad es una proyección hacia el otro: yo me convierto en el otro y el otro se convierte en mí. No se debe entender como un impulso egoísta, es un impulso generoso, de buscar el complementario, y ser correspondido.

Contemplación y posesión

La contemplación es una forma de posesión. Disfrutar de la contemplación es una manera de poseer. Por ejemplo, ¿necesito tener tanto dinero como para comprar los cuadros de Velázquez, los de Vermeer, las obras de arte que a uno más le emocionan? Pues no: voy al museo, contemplo una obra, y mientras la contemplo, la estoy poseyendo, es mía. No hace falta tener título de propiedad. La contemplación de la belleza es una forma de apropiación, de pertenencia, de propiedad. Miras un cuadro y sientes: es mío, no pertenece a los demás durante el tiempo que yo lo contemplo.

Porque ¿para qué quiero tenerlo en casa si al final no lo voy a mirar? Los cuadros hace tiempo se colgaban en las paredes para demostrar la propiedad: los paisajes no eran más que el retrato de la finca, que se enseñaba para que quedara constancia. Pero en realidad, si tú contemplas el cuadro en un museo o donde sea, en ese momento tú eres el propietario.

Pues igual ocurre con el amor. La contemplación es una forma de posesión: hay una mujer que te enamora —a lo mejor no vas a hablar nunca con ella, no la vas a ver en persona; quizá la veas solo en foto, en televisión, en el cine— y puedes amarla mucho, puedes poseerla incluso más que uno que ha estado viviendo y disfrutando físicamente con ella. Yo he sentido un intenso amor romántico, platónico, por ejemplo, por Audrey Hepburn. Aunque parece que, como dicen algunos hoy, ser platónico, ser romántico son simples tonterías. «¿Cómo va a ser lo mismo acostarse con una mujer que contemplarla?», se preguntan. Bueno, ese es un punto de vista, pero no el mío.

Amor femenino, amor masculino

La igualdad total entre el hombre y la mujer no es posible: somos diferentes. Esto no quiere decir que no deban existir los mismos derechos para ambos —todos somos absolutamente iguales en ese sentido—, pero las formas de comportamiento no son las mismas. Hombres y mujeres viven el amor de manera diferente. La mujer es más sutil, tiene más finura a la hora de confeccionar una relación amorosa. El hombre es más directo, más impaciente. Ella, al contrario de lo que se piensa, es más celosa que el varón. Pero cuando el hombre siente celos, en ocasiones actúa de manera animal, lo que desemboca en la violencia, con torturas y asesinatos, contra las mujeres.

Aunque generalizar en este terreno es muy comprometido, se puede afirmar que el hombre agota antes su impulso amoroso que la mujer, mientras que ella es más constante. Las infidelidades no están hechas para dañar a la otra persona; el enamoramiento es una cuestión de química. Puede parecer una explicación demasiado material, pero cuando suena la campanilla de un nuevo enamoramiento se olvida todo, incluso a la mujer o al hombre con el que has estado conviviendo amorosamente. Es inevitable.

La roca de la rutina

Cuando hay una convivencia entre personas a veces se generan roces y desavenencias, pero eso no impide continuar la relación. En el caso del amor en pareja es algo diferente: lo importante es el cortejo, subir la escalera. Una vez que ya has alcanzado la cima, la meta, luego llegará la rutina; se dice que donde se rompe la barca del amor es contra la roca de la rutina. En la pareja ese es el mayor peligro para que desaparezca la relación amorosa. Por ello hace falta tener una cierta inventiva. En cambio, en las relaciones de amistad no existe ese escollo.

Amigos y amantes

Con frecuencia se afirma que es muy difícil la amistad entre un hombre y una mujer sin que haya un impulso erótico. «No se es amigo de una mujer cuando se puede ser su amante», escribió Honoré de Balzac. Pero no creo que eso sea verdad, al menos no siempre. Se puede perfectamente tener una relación amistosa entre un hombre y una mujer sin que haya una atracción erótica, entre otras cosas porque lo primero que entra por los ojos es la figura, el rostro. Si el rostro no agrada, a uno o a otro, va a ser más difícil que se produzca ese llamado amoroso.

13

FAMILIA

Unos padres magníficos

Yo tuve mucha suerte con mis padres, una suerte inmensa, porque fueron personas auténticas. Los dos tuvieron una infancia complicada. Mi padre llevaba los animales al campo desde que tenía cinco años. Tuvo que aprender a leer y escribir solo, sin maestros. No conoció la escuela. Mi madre tampoco fue a la escuela. Ella ya era la cabeza de familia con once años; la única que trabajaba y llevaba un salario a su casa. Vivía con su abuela y con su tío enfermo, tuberculoso, porque sus padres habían muerto muy pronto.

Mis padres sabían lo que era la dureza de la vida. Se casaron muy jóvenes y tuvieron muchísimos hijos, hasta trece. Siempre demostraron una fe totalmente incondicional porque yo siguiera con los estudios, porque tuviera conocimientos. Fui el decimoprimer hijo y el primero que ingresó en el bachillerato y que estudió en la universidad. Ellos siempre manifestaron que yo tendría capacidad para eso. En mi casa los chicos, con diez años, se iban a trabajar a un taller, y las chicas, a coser. Conmigo fue muy diferente.

Yo traté de adulto más a mi madre, porque mi padre murió joven, con sesenta y cuatro años. A pesar de no haber pisado la escuela, mi madre tenía una cultura extraordinaria. Dominaba muchos aspectos de la vida social y cultural y las conversaciones con ella eran realmente muy interesantes. Tenía pasión por sus hijos, y todos fueron buena gente, salvo uno… Uno que fue un poco oveja negra. Pero los demás todos fueron gente muy seria, muy trabajadora, en ello mis padres tuvieron un papel importantísimo.

Mi padre tenía una autoridad nata, una autoridad propia. No tenía que levantar la voz: te miraba y ya sabías lo que podías hacer y lo que no. Hay una anécdota de un hermano mayor. Cuando murió mi padre, este hermano mío ya estaba casado y tenía cinco hijos. O sea, que era una persona absolutamente emancipada. Bueno, pues al fallecer mi padre, mi hermano me confió: «Alguna cosa buena tendría que tener esto, a pesar de la pena por la muerte de papá». «¿Qué cosa buena?», le pregunté. Y, ante mi asombro, respondió: «Pues que ya podré comprarme zapatos marrones». Porque a mi padre le gustaban los zapatos negros. Y mi hermano, casado y con cinco hijos, no se compraba zapatos marrones porque a mi padre no le gustaban. Mi padre tenía una autoridad que iba más allá de la capacidad de condicionar a los demás; se condicionaban solos porque no se quitaban de la cabeza su autoridad. En fin, me siento muy afortunado por los padres que tuve: los dos fueron unos seres magníficos.

Infancia austera y feliz

Nosotros éramos una familia muy numerosa sin muchos recursos económicos. Nuestra casa, con trece hijos, era una diversión total: entre tantas personas siempre había alguien sacando los pies del tiesto, alguien que decía algo inconveniente, que hacía algo que te causaba risa. La casa era una fiesta con tantísima gente y lo pasábamos en grande. ¿Que había dificultades económicas?

Pues claro, en general todo el mundo las tenía, pero en nuestro caso, con tantas personas en casa, eran más marcadas. Pero eso no se nota cuando hay paz familiar, cuando la gente se lleva bien. Y los niños tienen además una capacidad enorme para pasar por encima de la falta de recursos.

Hay dos cosas de mi infancia que fueron dramáticas. Una menor, y es que el frío para ir al colegio era muy intenso, porque yo iba en camisa y los demás niños llevaban impermeables, llevaban abrigos. Yo los miraba, y eso me parecía algo inalcanzable. La otra que me golpeó muy seriamente, fue la muerte de una hermana cuando yo contaba diez años. Consuelo murió de tuberculosis, que era la enfermedad de la época: con dieciséis años enfermó y con veinte murió. Entre los dieciséis y los veinte años mi hermana era un pozo de saber, un pozo de alegría. Era muy aficionada al cine. Tenía un cofrecito con prospectos de películas, eran miles: nos sentábamos con ella y los repasábamos. La muerte de Consuelo fue un golpe muy duro: era algo incomprensible, inaprehensible, no lo creía. Fuera de eso, mi infancia fue extraordinariamente festiva y feliz. Mis recuerdos de la infancia son recuerdos de felicidad.

«Este niño os va a sacar de la pobreza»

Yo era un niño, no diría que introvertido, pero sí excesivamente responsable para mi edad. Con frecuencia yo oía cómo las vecinas le decían a mi madre: «Este niño os va a sacar de la pobreza». Lógicamente, yo sentía un peso enorme sobre mis hombros y pensaba: «Con nueve, diez u once años, ¿cómo voy a sacar a toda la familia de la pobreza?». Eso me marcó. Cuando yo volvía del colegio, y mis hermanos y otros vecinos se ponían a jugar, no me unía a ellos hasta no haber terminado exactamente lo que tenía que estudiar. Cuando finalizaba era tan juguetón como los demás, pero primero estaba mi obligación.

Además nosotros también colaborábamos con la economía familiar. Íbamos por los campos buscando chatarra y se la vendíamos al chatarrero: la cargábamos en carros de batea que alquilábamos. Era un niño muy serio; tenía muy buenas notas, las mejores. Era el mejor alumno del colegio, y sentía esa obligación moral de serlo. Yo soy como era entonces. A mí nada me gusta más que encerrarme con libros, tomar notas y subrayar tal y cual frase, pensar que a lo mejor la voy a usar para alguna conferencia, aunque luego quizá no vuelva a tocar ese tema. Me apasiona buscar, que una anotación me lleve a otro libro, componer el conocimiento que quiero adquirir. Para mí eso es una diversión estupenda.

Doy muchas conferencias al año, aunque no sobre todo lo que estudio… Y como me interesa todo, estudio cosas de lo más disparatadas. La gente que vive conmigo se extraña y me pregunta: «¿Pero también esto te interesa?». Sí, es que me interesa todo. Yo gozo preparando un conocimiento; si tengo que redactar páginas y páginas lo hago. ¿Para qué? No, para nada; sencillamente es que yo quiero estar enterado de esto. Y así también era yo de niño. Y luego, también un poco travieso. Recuerdo que, estando en quinto o sexto de bachillerato, organicé una huelga en el colegio. Era algo absolutamente infantil: nos fuimos andando a San Juan de Aznalfarache y volvimos. Estábamos orgullosos de lo que habíamos hecho, y yo fui el cabecilla. O sea, que no fui un niño retraído; era tímido, estudioso, serio, pero también un poco gamberrete.

El tiempo robado a los hijos

La política a mí me ha dado muchas satisfacciones, pero me ha robado el tiempo de contacto con mis hijos que yo hubiese querido. Los fines de semana me los guardaba absolutamente para estar

con mi hijo. Yo estaba prácticamente toda la semana en Madrid y él vivía en Sevilla: llegaba el viernes por la tarde-noche a Sevilla y el sábado y el domingo eran exclusivamente para estar con él. Mis amigos me decían: «Si tú estás mucho más tiempo con tu hijo del que nosotros pasamos con los nuestros». «Sí, pero hay muchos días en los que no lo veo», les respondía.

Cada día hacía los deberes del colegio por teléfono con mi hijo. No era difícil, salvo cuando se trataba de tareas geométricas. Entonces sí que era muy complicado; ahora, con las videollamadas, sería facilísimo. Por ejemplo, mi hijo me decía: «Tengo que hacer la construcción de un pentágono». Y entonces yo le daba las instrucciones de palabra: «Pon un punto y escribe A, y después otro punto y escribe B. Luego traza una línea de la A a la B y haz un punto C…». Y todo esto por teléfono.

Yo sufría muchísimo por la distancia. También preparaba todos los exámenes con mi hijo. Con él y con mi hija. Yo he hecho tres bachilleratos: el mío, el de mi hijo y el de mi hija, y disfrutaba con ello. A veces venían los amigos y me decían: «Oye, que vamos a ir a tal sitio». Y yo les respondía: «No, no, tengo un examen». Para mí no suponía ningún sacrificio, era maravilloso ayudar a mis hijos. En fin, la única cosa en que me ha incomodado la vida política es en haberme robado tanto tiempo de estar con ellos. Me he perdido muchos momentos de mis hijos: siento que no es justo, en eso la política ha sido muy dura conmigo.

14

VIDA

Razón y emoción

Yo soy muy racionalista, soy de la cultura de la razón, de los ilustrados franceses y no creo en cabalismos. La vida es más causal que casual. Puede haber casualidades, claro, puede haberlas, pero la razón es la línea del comportamiento del ser humano. También es cierto que la razón se puede poner en ocasiones al servicio del corazón; creo que hay que ser esclavo de la razón, pero con la libertad de la emoción. Por otro lado también soy un sentimental. La emoción es centro de la vida: sin emoción no hay nada. En el arte y en la literatura, si no hay un atisbo de emoción, un estímulo emotivo, no hay vida. La vida es emoción.

Sin pasión no hay vida

La pasión no solo es necesaria en la política, sino también en la vida. En la vida, lo que uno ama llega a conocerlo mejor. Cuanto más se ama, más capacidad se tiene para penetrar en profundidad en la esencia de las cosas. Yo no concibo una actividad política ni literaria sin pasión; con la frialdad, con la lejanía eso no es posible.

En ocasiones se piensa que las personas que aman un tema no pueden estudiarlo, porque no serán objetivas, porque su pasión las va a cegar, desviar de la objetividad. Yo no lo creo: hay que tener pasión por las cosas que vives. La indiferencia y la distancia no estimulan el conocimiento de las cosas. No se puede concebir un profesor de literatura que enseñe poesía sin estar apasionado, no es posible. Eso es una máquina, un robot.

Triunfar es intentarlo

Se habla mucho de tener éxito en el trabajo, en los estudios. Triunfar no es un objetivo para mí. Triunfar es intentarlo. Como cuando se habla de viajes, lo importante es disfrutar del camino. Eso lo saben bien los que se dedican a escalar grandes montañas, porque lo que al final importa es subirlas. Una vez que has alcanzado la cumbre, miras para acá, miras para allá, y ya está. Pero que lo que realmente has disfrutado es el camino.

Ya no hay viajeros como los de antes, ahora solo hay turistas. Antes los viajeros iban a una ciudad, se quedaban tres meses y llevaban cuarenta maletas en el barco. Ahora vamos con una maleta de ruedas, nos quedamos una noche, y volvemos rápido a casa. La gente ya no viaja, ahora son turistas que van con la cámara para después ver las fotos en casa con sus amigos.

Por eso es importante saber rozarse con la sabiduría, con los libros, con las personas que saben. El roce con la sabiduría es más importante que el éxito profesional. Y existen sabios en el mundo que a lo mejor no tienen ningún título. Cuando se habla del éxito profesional se piensa más bien en un arquitecto… Pero un jardinero también puede ser una persona que triunfa, porque es una profesión muy bella en la que se puede disfrutar mucho de la vida cultivando rosas; eso es fantástico.

Mirar con ojos de niño

El ser humano tiene que ser curioso: solo la actividad de una profesión no llena. La persona tiene que mirar con ojos de niño durante toda su vida. El niño tiene unos ojos que lo abarcan todo. Le interesa todo, las cosas más increíbles que después nunca va a volver a tocar en su vida. Quiere saber de algo y pregunta: «¿Y esto qué es?». Así tiene que ser el ser humano en la etapa de adulto. Siempre con los ojos abiertos, siempre pensando «a ver si me entero de algo nuevo, a ver si aprendo algo».

Quiero aprender, quiero estar siempre en periodo de aprendizaje, porque es lo que me llena. Sabemos que hay millones de conexiones entre las neuronas que necesitan de esa gimnasia, y por tanto una sola actividad no te permite hacer ese ejercicio mental. A mí me gusta diversificarme. Yo he tocado muchas cosas en la vida, probablemente sin mucho éxito, y me siento muy satisfecho por esas experiencias.

Buena persona, mala persona

El último calibre que uno puede manejar para enjuiciar a un ser humano es saber si es buena o mala persona. A la buena persona uno está dispuesto a perdonarle muchas cosas. Si es mala persona, no. La mala persona, cuanto más lejos, mejor. En la vida política, al final del todo, yo siempre me he preguntado: «Pero ¿es buena o mala persona?». En la actualidad el concepto de buena persona ha degenerado y a veces se utiliza como sinónimo de inútil. Pero ser una buena persona es muy importante, tiene más valor que los galones y los entorchados, mucho más.

La amistad traicionada

Al igual que el amor traicionado nunca fue amor, la amistad traicionada nunca fue amistad. Todos hemos oído alguna vez la frase esa de «me traicionó un amigo»… Pues no sería tan amigo. O estaba haciendo comedia y, a pesar de no ser tu amigo, aparentaba serlo. O quizá es que eres una persona tan equivocada, que creías tener un amigo cuando no era así. Yo he experimentado algunas traiciones, que considero más bien minitraiciones. ¿Por qué digo mini? Porque a mí no me han afectado tanto. Cuando he descubierto el verdadero rostro de una persona, me he dicho: «Bueno, pues soy un inocente; qué le vamos a hacer. La culpa la tengo yo por ser un ingenuo».

¿Víctima o verdugo?

«Es preferible sufrir una injusticia que cometerla, porque quien la comete se convierte en injusto y quien la padece, no», dijo Sócrates. Él era una persona muy desprendida, muy generosa, y prefería sin duda ser antes víctima que verdugo. Y de hecho así fue. Y somos muchas las personas en el mundo que pensamos así. Hay otras que no; por beneficio, por miedo, optan por ser verdugos.

Esta frase deriva hacia otra disyuntiva: ¿qué es peor, que cincuenta culpables no sean sancionados o que un inocente sea castigado? Yo creo que es mucho peor que se castigue a un inocente que liberar a cincuenta personas culpables. Y ahí es donde sí existe mucha diversidad en la vida, porque hay mucha gente inflexible e insensible, que antepone la mano dura a la verdadera justicia.

El pasado, el mejor profeta

¿Existe el destino en el sentido del *fatum*, el hado del mundo clásico, como algo inevitable? Yo no creo que el destino esté escrito. Como dijo Antonio Machado «ni el pasado ha muerto, ni está el mañana, ni el ayer, escrito». Por tanto el sino no está fijado y el hombre lo puede cambiar. Uno mira con unos ojos y otro mira con otros; y el pasado es distinto para cada uno, habiendo sido el mismo para todos. Decía lord Byron que «el mejor profeta del futuro es el pasado». Si quieres saber qué va a suceder, estudia el pasado, que te lo va a decir.

Andalucía, una fuerza incontenible

Andalucía es la región con más personalidad propia de todas las que componen España. Todas tienen su identidad, sin duda, pero la fuerza del andaluz es tal que, por ejemplo, el habla andaluza se ha extendido mucho hacia otros lugares. La distinción entre la «i griega» y la «elle» ha desaparecido en la pronunciación y esa falta de diferencia es muy andaluza. El seseo, el hacer el plural sin marcar tanto las eses, todo eso es una extensión del andaluz. ¿Por qué? Porque el andaluz cuando habla es muy partidario de la economía del lenguaje, es decir, de hacer el mínimo esfuerzo. Y, a pesar de ello, se entiende.

Existe una influencia muy fuerte del andaluz en otras regiones: en el habla, pero también en todo lo demás. Un ejemplo clarísimo es el flamenco, la fuerza de la música andaluza. Y para mí, que soy andaluz, cuando volvía a casa cada semana en avión —a partir de 1992 lo hago en el AVE— y ponía el pie en la pista de aterrizaje del aeropuerto, yo ya tenía otro aire, otro espíritu. La luz. El azul del cielo. Para mí suponía un gran cambio: era sentirme bien, en Andalucía. Algunos países latinoamericanos poseen algo parecido, y ciertas zonas italianas también. Pero Andalucía tiene una fuerza incontenible, que he sentido continuamente en mi ser.

Disfrutar la vida

Hay gente que se amarga mucho la vida y encuentra problemas en todo. Yo nunca comprenderé ese tipo de obsesión. Porque la vida es maravillosa, es fantástica y hay que disfrutarla. Se goza mirando árboles, viendo un río, jugando con un niño, leyendo… se puede disfrutar con todo en la vida. Lo que ocurre es que muchas personas ya no reflexionan, no saben valorar lo que tenemos. Por lo general, la gente busca lo que no tiene y no disfruta lo que tiene. Siempre quiere alcanzar algo y, cuando lo consigue, pues se lanza de cabeza por otra cosa. «Disfruta lo que tienes», sería mi consejo.

Si pasas por toda una larga vida y no has descendido un poco al infierno, es que ha sido una vida vacía, sin sustancia. Porque la vida tiene sinsabores, tiene dolores y estos forman parte de ella. Si nada de eso te ha ocurrido jamás en toda tu existencia, es que has sido, lo que en terminología popular se llama un pánfilo: no te has enterado de nada.

15

MUERTE

Aceptar la muerte para vencerla

La única forma de vencer a la muerte es aceptarla. Aceptándola, la muerte desaparece como amenaza. Yo no la temo: si haces una elaboración mental de que la muerte es un paso más de la evolución desde niño a adulto, entonces es una transformación más, no una amenaza. Desaparecer una vez que has cubierto una vida, y la mía ya es muy larga, no me da ningún miedo. Yo tengo además muy alto el umbral del dolor, de manera que eso no me preocupa. Lo que temo es la invalidez, la dependencia de otra persona: dejar al final de tu vida a un hijo o una hija encadenado a cuidar de tus necesidades, me parece espantoso. Si puedo evitar ser dependiente, y no arruinar la vida de los demás, lo evitaré.

No hay otra vida

No creo que tras la muerte haya otra vida como la que cuentan algunos. Sí hay otra vida en el sentido de que la materia se va a transformar y va a continuar en otra cosa, en plantas o animales. Pero en una vida tras la muerte, en la reencarnación y todo eso, no, no creo. No soy religioso, aunque respeto mucho las creencias de las personas, porque es una salvaguarda que tienen para resolver sus frustraciones. Entiendo que las personas religiosas lo que hacen es conectar y comunicar con un ser que creen que es superior, de una bondad extrema.

En realidad es como pasar el puente para cruzar un río, donde hay un ser superior en la otra orilla. Pero resulta que cada religión cruza un puente distinto, y todas dicen que las otras creencias son falsas, que solo ellas son las auténticas, las verdaderas. Yo soy más tolerante. Creo que todas las creencias son válidas, que valen todos los puentes para comunicarte con un ser superior. Lo que pasa es que yo no los cruzo, pero respeto a la gente que los usa: esa gente que no tiene otra cosa que pensar que lo que sufre aquí se lo premiarán después. En el fondo se trata de una forma de paralizar la rebeldía, pero, en fin, algunos lo viven y sienten así.

Una vez le pregunté a un político si él era partidario —yo no lo era— de abrirle la cabeza a la gente, extraerle el catecismo que tenía dentro, y meterle otro diferente. Y me respondió que sí. Eso me parece inconcebible: yo no quiero sacarle el catecismo a nadie, que cada cual piense lo que quiera. De niño nos llevaban obligadamente a la iglesia, y allí yo intentaba imitar esa especie de éxtasis en el que entran algunos; pero no me salía. No soy de esos.

La vida eterna, menuda hartura

La humanidad, en su evolución, va situando la muerte cada vez más lejos. Cuando se establecen las pensiones en España en 1919 con el nombre de retiro obrero, se fija en sesenta y cinco años la edad que da derecho a una pensión. Pero la edad media de vida entonces en España era de cuarenta y dos años. Ahora la esperanza de vida está en ochenta y algo; la hemos doblado desde el año 1919.

Y cada día se descubren cosas nuevas que ralentizan el envejecimiento, pero ¿hasta el punto de que no lleguemos a morir? Eso sería una catástrofe. No se podría ser más infeliz que viviendo eternamente. Hay literatura que trata de eso, de la hartura de la gente pensando que va a vivir ciento cincuenta o doscientos años. Eso es horroroso. Habría suicidios colectivos. La gente se mataría; se tiraría por los barrancos para dejar ya la vida. Porque no se puede vivir eternamente.

16

FUTURO

La semana laboral de cuatro días

Creo que la semana laboral de cuatro días es algo factible. Hace años propuse una serie de medidas futuras de gran alcance, entre ellas una que se recogió muy poco en España. En el congreso del Partido Socialista francés que se celebró hace cinco años, presentaron una enmienda sobre la semana de treinta y dos horas, y en aquel momento la llamaron «enmienda Alfonso Guerra». Finalmente se votó pero no resultó aprobada.

Estoy convencido de que el tiempo de trabajo hay que repartirlo. ¿Por qué? Pues porque cada día la sociedad exige más tiempo de ocio. Como el trabajo es escaso y existe un volumen de desempleo grandísimo —en Europa hay trece millones de parados, en España, más de tres millones—, repartir las horas de trabajo da la posibilidad de que haya más gente trabajando. Porque el empresario no se va a limitar a producir cuatro días, va a querer seguir con el ritmo laboral de cinco jornadas. Es una medida que beneficia en todos los sentidos y no es verdad que vaya a arruinar a las empresas; son leyendas que se crean para no hacer lo que se debería.

De las catedrales a los centros comerciales

Con catorce años, en la Casa Americana —que es la biblioteca donde iba de niño y donde leí todos los autores norteamericanos— un día vi un ejemplar de la revista *Life* que traía unos dibujos sobre cómo sería el mundo en el año 2000. Los dibujantes habían hecho unas ilustraciones al estilo Verne, una aproximación de lo que vendría. Yo no lo creí. Pero sí, fue así. En el año 1954, ver esas ilustraciones de los nudos de carreteras entrecruzándose a distintos niveles me parecía imposible, como un laberinto. Y esas son las carreteras que tenemos hoy. También había ilustraciones de viviendas con infinidad de electrodomésticos, tal y como sucede en la actualidad. Yo no lo acababa de creer; a mis catorce años pensaba que estaban inventándose ese futuro. Pero no, estaban acertando, estaban profetizando. O sea que aquello, que a mí entonces me pareció una fantasía positiva, resulta que después se ha hecho realidad. Aunque en los últimos años ha crecido la desigualdad, el mundo ha caminado hacia la comodidad, hacia mayores niveles de libertad, de asistencia médica, de ocio. En ese sentido ha habido una gran conquista, se ha atendido mucho a los derechos de las personas.

De todo lo que se adivinaba en esa revista del año 1954, quizás lo único que no ha sido positivo, es el consumismo; esta tendencia casi patológica de consumir, consumir y consumir. Hasta el siglo XX las catedrales eran el refugio de la gente cuando estaba desolada por algo. Ahora las catedrales son los grandes centros comerciales: se ha identificado la felicidad con comprar y consumir. Por eso las tiendas de confección, las grandes marcas, cambian el patrón de los vestidos cada tres días. La gente compra ropa, la usa muy poco porque tiene muy poca calidad y se estropea muy pronto, y vuelve a comprar y comprar. En eso la sociedad ha ido hacia atrás. Tenemos que volver a un consumo más responsable, que nos permita vivir mejor con

menos.

Vivir con menos

¿Tenemos problemas de energía ahora mismo? Claro. ¿Debemos buscar una manera de solventar esos problemas y recurrir al ahorro energético? ¿A la bicicleta y al patinete en lugar del automóvil? Durante la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos había escasez de alimentos: había que alimentar a los ejércitos y a toda la nación. En ese contexto el Gobierno realizó una llamada para que cada uno en su casa cultivara productos de la huerta en macetas. Y cada americano tuvo varias jardineras donde plantó tomates, pimientos, etc. Llegó un momento en que el 42 por ciento de la producción agraria procedía de las macetas, ¡en un país tan grande como ese! Es decir, que recurrir a producir —ya sea energía o alimentos— de una manera no industrial, no es algo exclusivo de hoy, ya ocurrió en otras ocasiones.

Lo que ocurre ahora es que la sociedad tiene que acostumbrarse a tener menos cosas, a vivir más la vida sin necesidad de acumular. Nosotros acumulamos cantidades de objetos que no sirven para nada: muchas de esas cosas son regalos, cosas que no sabes dónde meterlas. Cuántos bosques salvaríamos si cuando llega la Navidad los regalos no se envolvieran y se entregara la caja tal cual. Ahorraríamos bosques y bosques, que hay que talar para conseguir el papel de envolver. Son pequeñas cosas, en las que la gente no está formada. No se hace un esfuerzo didáctico, un esfuerzo pedagógico, para que se asuma que hay lujos que no aportan nada y que cuestan una barbaridad.

En una película de Woody Allen, cuando unos personajes quieren cruzar de acera para ir a un bar que está enfrente, uno de ellos pregunta: «¿Pero no vamos en coche?». Y así hacen: cogen el automóvil para simplemente cruzar la calle. Allen lo pone como un ejemplo extremo para comprender el absurdo sobre el que hemos montado la sociedad. Con menos posesiones viviríamos más felices: en el futuro, sin duda, vamos a tener menos.

Con frecuencia se repite la anécdota de que, cuando éramos pequeños, a los niños en Reyes se les regalaba una caja con cualquier tontería. Y el niño hacía un agujero en la caja, le ponía una cuerda y jugaba, arrastrando el «camión»; disfrutaba muchísimo y ni siquiera atendía a lo que había dentro, solo prestaba atención a la caja. Pero hoy los niños acumulan infinidad de regalos, cantidades y cantidades que no son capaces de usar y no pueden disfrutar. Y como eso, hay numerosos aspectos en la vida que habría que reformar. Pero no se reforman porque no hay conciencia, y la conciencia se educa con la pedagogía, y como no hay pedagogía… Pues hagámoslo ya. Si empezamos ahora, dentro de unos años habrá una generación con otra manera de pensar. Hay que hacer pedagogía para convencernos de que seremos más felices teniendo menos, según el principio de ¿qué es más importante: ser o tener? Y para ser de verdad conviene no tener tantas propiedades. Cuando hay muchas cosas, ninguna está presente en tu vida.

Energía nuclear, dilema moral

La nuclear es una energía que aporta un gran valor a la sociedad, pero tiene una contrapartida, y es que sus residuos no se eliminan ni en quinientos años. Se trata de una energía que beneficia a la generación presente, pero que puede perjudicar a muchas generaciones futuras. De esta manera estás comiéndote el futuro de las generaciones próximas para que a ti te vaya bien. Esto tiene otra contrarréplica, y es que en ese tiempo la ciencia ya descubrirá cómo hacer desaparecer los

residuos. Bueno, es una promesa, no una realidad. ¿Y si hay un terremoto y se lleva por delante el almacén de residuos y contamina un continente entero? Eso es muy peligroso.

Los franceses han sido inteligentes porque han optado por tener muchas centrales nucleares, pero pequeñas. De manera que cualquier accidente afecta en menor medida que si se tratara de una gran central. Pero yo sigo teniendo una prevención muy grande, que es de carácter moral: ¿tengo derecho a crear algo que va a estar emanando una radiación mortal durante quinientos años? Tengo muchas dudas de que se pueda tener el derecho moral para hacer eso: estamos robando la decisión a muchas generaciones futuras. La energía del futuro será la fusión nuclear, que permitirá una producción energética muy alta. Pero ¿realmente necesitamos tanta energía?

Las armas nucleares son un peligro mayor, porque están en manos de personas que no son todo lo conscientes que debieran, como está pasando ahora en Rusia, donde hay un señor que puede apretar el botón y, además, nos está amenazando. Eso puede destruir completamente la Tierra. También podemos acabar con nuestro planeta por problemas climáticos, aunque tendrían que pasar muchos años. Pero corremos el riesgo de deteriorar la Tierra hasta el punto de que muchas zonas sean inhabitables. Y ese peligro existe.

Voluntad política

No hay nada imposible. Pongo un ejemplo: a principios de los años ochenta se hizo una reunión de Naciones Unidas para estudiar cómo se podría terminar definitivamente con la pobreza y las enfermedades contagiosas. Allí se preguntaron cuánto dinero haría falta, y dieron una cifra: creo recordar que era añadir cuarenta mil millones de dólares a los cuarenta mil millones que ya se dedicaban a ello. Y la conclusión fue: no hay dinero.

A mí se me ocurrió que el problema podría resolverse mediante un impuesto para la pobreza, de un dólar por cada barril de petróleo. La respuesta de los técnicos fue que si se aumentaba el precio del petróleo en un dólar por barril, la economía del mundo se iba a resentir de manera terrible. Por entonces el barril de Brent estaba a veinte dólares. Y ahora está a 112 dólares. ¿No se podía añadir uno cuando costaba veinte cuando ahora hemos llegado a 112 y la economía no se ha destruido? ¡Es que falta voluntad de hacer las cosas! La pobreza y las enfermedades contagiosas por falta de agua potable o de alimentos se pueden evitar. Lo que ocurre es que no hay voluntad política para hacerlo.

Ecología: revolución de pensamiento

El agua es uno de los grandes retos del planeta. No existe duda de ello. Pero ¿de verdad podemos decir que en el mundo falta agua si tres cuartas partes del mundo lo son? Lo que pasa es que necesita tratamiento. En el mundo ahora mismo existen unos dos mil millones de personas que no tienen agua potable. Eso significa infecciones y muertes continuas, sobre todo en los niños. ¿Se puede resolver? Sí, claro: lo primero que hay que hacer es un uso moderado del agua, que no se hace.

Cada vez que se entra en un cuarto de baño y se tira de la cadena se descargan cuatro litros y medio de agua potable, dependiendo de la cisterna. Cada vez que alguien se ducha, gasta veinte litros de agua potable por minuto. Para lavar y fregar el suelo se usa agua potable. ¡Cuando sabemos que hay dos mil millones de seres humanos que no tienen agua potable! ¿Cómo es posible que no se haya creado un doble sistema de agua reciclada para todos esos usos? Y ahora

dicen que eso costaría mucho. ¡Pero empiécenlo ya! Háganlo obligatorio en las nuevas viviendas, y así dentro de unos años todo el mundo lo tendrá. Pero no se quiere llevar adelante; no hay voluntad. ¡Abaraten ustedes la implantación de placas solares en las viviendas, en las casas, hagan un esfuerzo para reducir sus costes! Decidan una bajada de impuestos para que todo el mundo tenga una parte, al menos, de la electricidad garantizada mediante placas. Eso significa una revolución en la mentalidad de políticos, industriales y filósofos. Una revolución que no se quiere hacer porque es cómodo vivir como lo hacemos. Hay que salir de la comodidad; ahora que se habla siempre del confort, de la zona de confort, pues salgamos del confort.

Hay que inventar, elaborar, desarrollar. Hay ejemplos concretos de que en este punto se está haciendo una labor muy positiva, pero tendría que ser a gran escala. Por ejemplo, en zonas de África donde no hay electricidad ninguna, ahora se utilizan focos que se alimentan del sol y que iluminan las cabañas. Y es una energía gratuita. Pero esto hay que hacerlo a gran escala, lo que significa cambiar el pensamiento, dedicarse a cosas importantes y no a otras que son superfluas.

Ahora, con la guerra de Ucrania, hay muchos ejemplos de cómo se puede ayudar a la gente. Y el futuro sería más pacífico, más placentero, más tranquilo. Se pensaría —ahora se piensa muy poco— se reflexionaría, algo que da una gran satisfacción, porque orienta tu vida hacia lo que debe ser y no hacia lo que no vale y no sirve. Pero, como digo, más que una revolución industrial sería necesaria una revolución de pensamiento.

El que paga, no contamina

El cambio climático es otro ejemplo de que ya vamos tarde, con retraso. Tenemos un pensamiento equivocado, que reza: «El que contamina debe pagar». A mí ese razonamiento no me gusta. A mí me gusta mucho más el que dice: «El que paga, no contamina». Es decir: si usted dedica el dinero, no a las multas que le van a poner por contaminar, sino a medidas preventivas que evitan la contaminación, usted descontamina. Pues eso es lo que interesa. El que contamina y echa basura al río debe pagar y que la sociedad se beneficie de lo que ha destruido. ¡Hombre no, oblígalo a que ponga un filtro y recicle antes de que llegue a los ríos, antes de que contamine! Ese debería ser el enfoque.

Demografía y migración

Los bajos índices de natalidad son otro de los problemas de la humanidad. Los países desarrollados muestran una tasa de natalidad muy baja, mientras que en los países en desarrollo es muy alta. Eso quiere decir que los países más desarrollados, con más cultura, cada día pesan menos en la población mundial: Europa, cuando era el centro de todo, contaba con el 30 por ciento de la población, ahora está en el 6 por ciento. O sea que cada vez su peso es más reducido.

Así ocurre que en los países desarrollados no hay garantía de poder atender las necesidades de la sociedad desde el punto de vista de la mano de obra, con lo cual vienen emigrantes de otros países menos avanzados. Pero también sucede que en los países desarrollados ni se quiere tener más hijos, ni se desea que vengan emigrantes porque entonces estos van a modificar la cultura, la religión y las costumbres. O sea que nos encontramos ante esta contradicción, porque la inmigración es una necesidad vital en los países desarrollados, a menos que crezca la natalidad.

Pero no parece que la natalidad vaya a aumentar. Primero, porque culturalmente la gente se casa muy tarde, si se casa, y tiene hijos muy tarde. Y, además, económicamente, no les llega para

tener familia numerosa. Entonces el dilema es evidente: o usted tiene más hijos o usted necesita emigrantes. Decir no a las dos cosas es imposible: significa la decadencia de los países. El problema migratorio está muy unido al problema demográfico, como se observa en Europa, que tiene las menores tasas de natalidad en España e Italia.

Neopuritanismo y revancha

La cultura de la cancelación, el boicot a lo que no se considera políticamente correcto, en realidad es un producto del neopuritanismo, mezclado con una cultura del resentimiento. Los que creen que han estado relegados de una manera u otra, ahora quieren tomarse la revancha, vengarse. Se está llegando al extremo de limitar la vida en cualquier ámbito de esa persona que un día dijo una frase contraria a lo que piensa un grupo determinado; de tal manera que esa persona queda absolutamente eliminada de la existencia.

Hay un caso muy claro que es el de Woody Allen: se abrieron dos causas para investigar si la acusación por parte de su exmujer era cierta o no. En los dos procedimientos quedó clarísimo que no era así. Pero no importa: en algunos países sus películas ya no se pueden estrenar, y hay actores que han manifestado que jamás volverán a trabajar con él. Es la cancelación de la vida; en realidad es cadena perpetua para todo, por cualquier presunto delito o falta, sea verdadero o falso, grande o pequeño. A partir de la oposición de unos grupos —que son minoritarios pero que van creciendo— se impone una cadena perpetua, y la persona señalada ya nunca más podrá recuperar su presencia normal, no solo en lo relacionado con el supuesto delito, sino en su actividad habitual.

Ese es un ejemplo del puritanismo bochornoso que hoy en día está quemando libros o sacando de producciones a actores que ya han rodado la película, porque un día hicieron o dijeron tal cosa. En cada caso podrá ser merecida o no la condena y muy rechazable lo que hizo o lo que afirmó una persona, pero no se puede extender el castigo a todos los ámbitos de la vida. La idea de que la rehabilitación es el objetivo de las personas condenadas ha desaparecido, porque nadie piensa que vayan a poder rehabilitarse ni tener una segunda oportunidad. Con lo cual realmente estamos volviendo atrás, a situaciones que han sido rechazadas por el mundo entero. Como la quema de libros, por ejemplo, que representa lo peor de lo peor. Si ahora un grupo se siente menospreciado o herido, hace una pila de libros y le prende fuego, cosa que está fuera absolutamente de la Ilustración, de la tolerancia y el respeto a las posiciones de los demás.

Feminismo y diversidad

El siglo XX se caracteriza por muchos cambios profundos, pero quizás el más llamativo de todos es la revolución de la mujer; cómo esta se incorpora a las actividades que antes jamás había desarrollado. Eso arranca en la Primera Guerra Mundial, cuando muchos hombres se ven obligados a ir al frente y sus puestos de trabajo se cubren con la participación de la mujer. Cuando acaba la guerra, la inmensa mayoría de esas mujeres deciden no abandonar los trabajos y seguir participando en las actividades que antes tenían vetadas. Incluso desde el punto de vista formal, mientras que al principio de la Primera Guerra Mundial las mujeres iban cubiertas desde el cuello a los tobillos, cuando esta termina pocos años después, y se entra de lleno en los años veinte, en el charlestón, se produce una mudanza en la vestimenta, que se acorta y se vuelve transparente; el cambio es profundísimo.

A partir de ahí, durante todo el siglo la mujer va ganando terreno y ocupando posiciones que no había ostentado antes. Paulatinamente va ganándose el respeto y la participación social en igualdad de condiciones que los hombres. Pero ahora, en el siglo XXI, ha aparecido otro fenómeno, que es un movimiento antifeminista —aunque muchos lo califiquen de feminismo— y es lo que llaman «la diversidad». Me parece —uno se pierde ya entre tantas denominaciones— que hay hasta trece grupos, en función del género y las preferencias sexuales. Y eso está matando al feminismo.

De hecho, ahora estamos viendo que en las manifestaciones feministas hay dos bandos: unos representan el feminismo y otros «la diversidad»; hay que tener mucho cuidado porque estos nuevos grupos radicales pueden destrozar lo que se ha conseguido a lo largo de muchos años. La revolución que la mujer ha emprendido en el siglo XX —y que ahora debe continuar— se está viendo paralizada por esa radicalidad un tanto ridícula que representan algunos grupos. Estos son todavía minoritarios, pero pueden crecer porque avasallan a los demás con esta forma de argumentar: «Si tú no estás con nosotros es que eres antifeminista, eres un machista». Y ante esta actitud alguna gente se acobarda y deja de expresarse con libertad.

El lenguaje inclusivo

Yo soy muy crítico con lo que se denomina lenguaje inclusivo, que no tiene ninguna relación con el feminismo. El feminismo es otra cosa. La lengua es de los hablantes. Las personas que hablan son las que conforman la lengua, y luego hay unas academias que recogen eso y lo convierten en norma. Los académicos no se inventan los cambios, los certifican e incorporan cual notarios. La lengua es propiedad de los hablantes; las organizaciones políticas, sociales o culturales no pueden cambiarla a su antojo. Y aquí lo que está sucediendo es que se quiere modificar por decreto. La lengua española tiene dos géneros: el marcado, que es el femenino, y el no marcado, que se corresponde con el masculino. ¿Por qué se considera no marcado? Porque comprende al masculino y al femenino. Y eso está siendo tomado por grupos pretendidamente feministas como una depreciación del género femenino, de la mujer. Pero no es verdad. Eso es lo que los hablantes han construido, y si los hablantes lo cambian, pues la academia lo debe recoger.

Pero lo que no puede ser es que políticos —y políticas— decidan cómo se tiene que hablar. A mí eso me parece tan absurdo como decir: «Vamos a decidir cuándo llueve». No, ustedes no pueden decir cómo hablan los hablantes, ellos son los que tienen el poder y la capacidad de cambiar la lengua y darle otra significación a las palabras. Pero no es posible imponernos otro lenguaje. No tiene sentido decir continuamente, «los hombres y las mujeres», «los trabajadores y las trabajadoras»… Los hablantes han decidido que eso no es necesario, y usted, ya sea político o intelectual, no tiene capacidad para cambiarlo. Si al final todo el mundo acaba hablando de una manera, pues así será. Pero no porque usted lo decida.

Esta actitud trasluce una especie de vindicación por la cultura del resentimiento: hacer algo que me valga para acusar al otro de que no está haciendo las cosas como debe. No tiene sentido. La lengua la deciden los que hablan y no los políticos.

Animalismo y veganismo

Tener un sentimiento positivo, de compasión, de afecto, de empatía con los animales me parece muy bien, *ma non troppo fanatico.* Ha habido personas muy duras en su vida con las personas y

muy amables con los animales, y no se trata de eso. Me parece muy bien tener la libertad de comer lo que uno quiera y no comer lo que uno no quiera. Pero imponerle a personas sin capacidad para oponerse que deben comer esto o no comer lo otro —por ejemplo, en el caso de los niños— eso ya me parece de fanáticos. Respeto absolutamente la libertad de amar naturalmente a los animales, cuidarlos y pelear para que se les trate bien, pero eso no puede sustituir los sentimientos humanos, no puede estar por encima de estos.

El riesgo del voto electrónico

No soy en absoluto partidario del voto electrónico. Por un lado está la manipulación electrónica que se puede hacer a la hora de emitir y contabilizar los votos. Y por otro lado, hay que contemplar la presión a la que puede verse sometido el votante. Porque no sabríamos quién está votando, cuál es su voluntad o cuánta presión y cuánto condicionamiento existe por parte de las personas que lo rodean. Yo estoy profundamente en desacuerdo. Se ha escrito mucho contra ese sistema, pero a la gente le gusta por aquello de la modernidad, de que hay que abrazar todo lo nuevo. «Eres un antiguo y no quieres ponerte al día», te reprochan. No, no, mire usted, es que esto no da las garantías que ofrece el mecanismo de votación actual.

El sistema de recuento del voto que hay en España es inapelable; es imposible el pucherazo en nuestro país. Supone un modelo para el mundo, porque todos los partidos que contienden en unas elecciones tienen el acta de cada una de las mesas. Se suman los votos y nadie puede sostener lo contrario de lo que estos dicen. Existen copias del acta, y no es posible introducir ningún elemento de falsificación. Y esto que se ha conseguido con todas las garantías, ¿ahora vamos a tirarlo por la borda por la comodidad de que desde casa yo le doy a un botón y voto? ¡Por favor! ¿Y quién está votando? ¿Existe suplantación de personalidad o no? ¿Se produce un condicionamiento de la voluntad de la persona? Seguro. Yo soy rotundamente contrario al voto electrónico y creo que los partidarios no alcanzan a comprender la gravedad que supone.

Relaciones virtuales y vida social

No creo que nos encontremos en un proceso de deshumanización. Hay casos, y no son pocos, pero no significan la totalidad. Existen ejemplos que nos dejan ver que las relaciones humanas han perdido fuerza, pero son casos aislados. En general, la gente tiene una comunicación muy intensa, las amistades, los amigos, las chicas, unos y otros se reúnen con frecuencia y se ríen, disfrutan mucho con la conversación. Luego hay gente que da muestras de lo contrario. Yo cito con frecuencia el caso de uno que se hizo muy amigo de otro en internet, y al final resultó que vivía en el piso de abajo y nunca lo había saludado, ni había tenido contacto con él, mientras que por internet habían tenido una relación muy intensa. Pero la mayoría de la gente hace una vida social muy plena.

Si miramos hacia atrás, existe más incomunicación que hace años, cuando las personas vivían en los patios y hacían la vida juntos, con un lavadero común, etc. Ahora los pisos o apartamentos se han individualizado mucho, pero no hasta el punto de que se haya perdido la comunicación. En otros países puede ser. En Alemania, por ejemplo, cuando empezaron a hacer grandes urbanizaciones, todas absolutamente iguales, al principio los padres tenían que ponerse en la puerta de la finca a la llegada de sus hijos para que identificaran cuál era su casa.

Pero la gente hoy en España sale a la calle, sigue viviendo allí. Los niños menos; los niños que antes eran los que ocupaban la calle, ahora se quedan más dentro de casa. Ese es un esfuerzo

educativo que habría que hacer: sacar a los niños y que no estén con los aparatitos dentro de la vivienda. Pero en Sevilla, en mi ciudad, encontrar una mesa para tomar una cerveza es una misión casi imposible. Por la tarde está todo lleno: todos hablan muchísimo, hay mucho ruido, y existe una gran capacidad de conexión entre los seres humanos.

Soy mucho más partidario de las relaciones reales que de las virtuales; a mí estas últimas me parecen una estafa. Hay gente que ha hecho amistad a través de internet, se ha enamorado y se ha casado, pero luego, al poco tiempo, se ha separado. La relación personal es lo mejor que tenemos: la amistad, el amor, el juego con los niños, eso es personal, no hay otra cosa mejor. Relacionarnos con personas es el corazón de nuestra vida. La persona que se aísla, que se mete en el ordenador, que cree que está viviendo una vida nueva con las gafas de realidad virtual, eso como curiosidad está bien, pero como vida es una estafa.

Lecciones de la pandemia

La pandemia ha producido un efecto brutal, ha muerto muchísima gente, millones de seres humanos. Pero ha tenido la parte positiva de que, por una vez, en solo diez meses, se ha encontrado la vacuna contra un virus, cuando lo habitual es que se tarden diez años. ¿Pero cómo es posible que esta vez se lograra en solo diez meses? Pues por una razón: porque todo el mundo se puso a trabajar en busca de la vacuna; todos los laboratorios, todas las grandes empresas; al final se desarrollaron varias. O sea que se podía hacer mejor, y se ha demostrado que se ha hecho mejor.

Nos amenazan pandemias futuras, porque se ha visto que el cruce entre animales puede generar unos virus que no están controlados y que crean un gran desconcierto cuando aparecen. La de la vacuna del COVID-19 es una experiencia prometedora; cuando venga lo que vaya a venir —porque va a haber virus muy variados— ya sabemos que tenemos capacidad en los laboratorios para crear rápidamente un remedio. Y eso abre una vía de esperanza grande.

Entregar las llaves de la democracia

Creo que en el futuro viviremos mejor, al menos en algunos aspectos, porque la gente será más razonable, menos consumista. En cuanto a la energía y el agua, habrá que limitar su uso. En lo que respecta a la democracia, en este momento hay una amenaza real de que pueda desaparecer. No mediante un golpe de Estado militar sino por consunción, por unas leyes que se votan y se hacen democráticamente, pero cuyo objetivo no es democratizar la sociedad. Lo que está ocurriendo en Hungría o en Polonia es un ejemplo de ello: esos gobiernos han sido elegidos por votación popular, y las leyes se aprueban por mayoría en las cámaras, pero el contenido de esas leyes no democratiza la sociedad, sino todo lo contrario. Ese es el peligro, que los demócratas entreguen la llave de la democracia a los que no lo son. Para mí esa es la amenaza del futuro.

Un mundo desaparecido

¿Qué le diría yo a alguien que leyese este libro dentro de cien años? Pues que no pusiera la atención en la persona que le habla, sino en el fresco, en el mural que podría construir sobre una época, a través de mis palabras. Que no atienda mucho al personaje que dice tal o cual cosa, sino que tome las teselas de las razones que se dan para una cosa y para otra. Que se haga una

composición total de la época que vivió el personaje que está leyendo, y que pudiera hacer una referencia a su propio tiempo, cien años después. Probablemente habrá cosas que le sorprendan, no de lo que yo digo, sino de lo que hay detrás de mis palabras, de la composición de un mundo, seguramente desaparecido para él. Quizá pueda mirarlo con nostalgia, o tal vez con sorpresa o incredulidad, porque el mundo va a cambiar tanto en los próximos cien años que será muy difícil reconocerse en el que vivimos ahora.

EPÍLOGO

Cuánto tiempo ha pasado, cuántas cosas
que has vivido olvidaste. Pero aún puedes,
si miras hacia atrás, ver a lo lejos
a aquel muchacho apenas parecido
al hombre que ahora eres.
ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Estas páginas postreras del libro están especialmente dedicadas al lector que ha llegado hasta aquí en su lectura de un libro que tiene su historia interna, la que yo pretendo revelarle tal como la he vivido.

A finales del año último recibí una llamada de un desconocido para mí, interesándose por mi participación en un documental cinematográfico acerca de mi vida. Mi natural escepticismo sobre el interés que puede tener mi vida para los demás me hizo desatender el ofrecimiento. Pero los intentos no cejaron, aunque limitándolos ya a un posible encuentro con el solicitante para que pudiera explicarme cuáles eran los motivos de su interés y en qué consistía el proyecto que me proponía. Más por educación que por convicción, acepté una entrevista en la que se produjera una más detallada explicación. Pero acudí al encuentro con una decisión tomada previamente, no aceptaría participar en el proyecto de documental.

Nos entrevistamos en el salón de entrada de un hotel sevillano. Se presentaron dos personas, Manuel Lamarca y un colaborador. En unos minutos pude apreciar los argumentos que apoyaban su deseo de rodar el documental: una pasión desbocada por el cine y una gran identificación con los planteamientos que he desarrollado durante toda mi actividad política. No fueron, sin embargo, estas las razones que doblegaron mi voluntad contraria a prestarme a iniciar el rodaje.

El motivo que me impulsó a actuar en contra de mi decisión de no aceptar fue la indefensión de medios materiales que aprecié en el autor del proyecto: no contaba con una productora que financiara el film, solo podría recurrir a su ahorro particular que, siendo su actividad habitual la de profesor, no podría ser muy cuantioso. Me venció por la vía de los sentimientos. Era tan fuerte su pasión por el documental y tan mermados sus recursos que, en un instante, hice un trato conmigo mismo para no desdecirme por completo. Aceptaría colaborar con el proyecto, pero lo limitaría a cuatro días de rodaje, dos en la primera semana y otros dos en la siguiente. Así me conformaba a mí mismo; no me negaba, como era mi decisión previa, pero no le dedicaría mucho tiempo.

Durante cuatro días conversamos en una habitación alquilada de un hotel. El equipo se reducía al director-guionista, Lamarca, y un cámara, Teo. Además, claro, estaba yo que iba contestando a las preguntas que me planteaba el director. Terminado el rodaje, unas diez horas de grabación, el montaje lo redujo a dos horas y media. Lo revisé y solo propuse cambiar una cifra que yo había equivocado. Cito este dato para dejar constancia de que no he pretendido modificar nada a pesar de que mis respuestas era improvisadas, no tenía conocimiento previo de las preguntas que me realizarían.

Este es, quizás, el posible valor del documental, las opiniones que emito son totalmente

improvisadas. No responden, como en otros libros, a un patrón de frases elaboradas, incluso corregidas, sino que obedecen a un criterio directo, sin atender a convencionalismos establecidos, lo más alejado de la boba práctica de «lo políticamente correcto».

Terminado el documental y revisado por mí, se me planteaba la duda sobre qué interés podría tener para un espectador contemplar a una persona emitiendo opiniones sobre esto y aquello.

Mi sorpresa fue inmensa al conocer que había recibido el premio al mejor documental en el Festival de Cine del Pacífico que se celebra en Vancouver, Canadá. Aún no alcanzo a entender cómo ha podido interesar un documental en el que un desconocido para el público canadiense habla ante una cámara. Pero no se detuvieron las razones de mi sorpresa cuando recibió una mención especial en el Festival de Cine de Londres, y el premio de la crítica en un festival de India.

Es posible que las mismas razones que a mí me cuesta aceptar hayan sido las que han impulsado a la editorial La Esfera de los Libros a pensar en su traslación a las páginas de un libro. Esta es la explicación de la edición que ahora tienen los lectores a su disposición.

Las ideas que expresó en este libro son mis ideas, aunque sean compartidas con otras muchas personas a través de conversaciones y de los libros leídos durante toda nuestra vida. Nuestra cultura, la grande o pequeña cultura de cada uno, es deudora de los impulsos recibidos por la lectura, por la música, el arte, el cine y muy especialmente por las conversaciones mantenidas con personas ilustradas y con otras sencillas, lejos de la erudición, pero cultas a su manera.

He tenido la gran fortuna de beneficiarme de una época gloriosa de la socialdemocracia europea, de haber tenido relaciones amistosas con muchas de las figuras más sobresalientes de la época.

No es cosa menor haber compartido conversaciones y amistad con Willy Brandt, con Olof Palme, Bruno Kreisky, François Mitterrand, Jacques Delors, Helmut Schmidt, Oskar Lafontaine y, claro, Felipe González. De las importantes figuras políticas del siglo XX alcancé a conversar con Tagle Erlander, el jefe de Gobierno de mandato más largo en democracia, veintitrés años como primer ministro de Suecia, lo que le permitió hacer la gran transformación del país.

Las circunstancias de mi vida me han permitido intercambiar opiniones con Mijaíl Gorbachov, compartíamos la dirección de una revista internacional, o con Helmut Kohl, un conservador con ideas terminantes sobre Europa.

En Hispanoamérica he tenido la suerte de intimar con personas tan importantes para la región como Raúl Alfonsín, un verdadero hombre de la Institución Libre de Enseñanza, Ricardo Lagos, Julio María Sanguinetti, Omar Torrijos, un militar que abrazó la democracia, y con Fidel Castro, que hizo el camino inverso, de esperanza de un pueblo a labrar un régimen autoritario.

En esa época tuve ocasión de aprender de figuras que marcaron la marcha de Europa, si no del mundo. Si comparamos con la situación presente comprobaremos la orfandad política de la que adolece hoy Europa.

Téngase presente que en diez años, de 1986 a 1996 desaparecen Olof Palme (asesinado) y Bruno Kreisky, Willy Brandt y François Mitterrand. De aquella brillante hornada solo quedan, aunque retirados de la actividad política, Jacques Delors y Felipe González.

He querido citar a todas estas personalidades porque estoy seguro de que los hallazgos que pueda haber en las opiniones que emito en este libro serán en muchos casos hijos del aprendizaje que he tenido con personas cultas y experimentadas. El libro recoge los puntos de vista de aquel joven provinciano, enamorado del teatro y la poesía, que luchó durante veinte años en

clandestinidad contra una malsana dictadura y que, más por azar y por responsabilidad que por vocación, desempeñó un cierto papel en el Gobierno de España y que hoy quiere creer que todavía sus opiniones encuentran eco en algunos españoles.

ALFONSO GUERRA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Alfonso Guerra González, 2023
© Manuel Lamarca Rosales, 2023
© La Esfera de los Libros, S.L., 2023
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2023
ISBN: 978-84-1384-665-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.